

PENSAMIENTO DOMINICANO

E. RODRIGUEZ DEMORIZI

CUENTOS
de política criolla

LIBRERIA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA





E. RODRIGUEZ DEMORIZI

CUENTOS
de política criolla

LIBRERIA DOMINICANA, EDITORA

Santo Domingo, R. D.

1963



CUENTOS DE POLITICA CRIOLLA





COLECCION PENSAMIENTO DOMINICANO
Julio D. Postigo, Director

I N T R O D U C C I O N

¡Entusiasma pensar en los cuentos de toda especie que llevaron a España los compañeros de Colón al retorno del viaje del Descubrimiento!

¡Cómo deformarían la verdad, como buenos andaluces, amigos de la hipérbole, muchos de estos marinos que de inmediato se juzgaron paladines de la más grande hazaña de los siglos!

Podría decirse, pues, que los primeros cuentos del Nuevo Mundo —en propiedad de la Isla Española— hay que buscarlos en las Crónicas de Indias, particularmente en Pedro Mártir de Angleria, quien se dió a la desenfadada tarea de recoger de la marinería colombina relatos de viajes y cuanta noticia de toda laya utilizó en sus *Décadas*. “Así me lo cuentan, así te lo digo”, decía en su primera *Década*.

Lo mismo puede afirmarse de las obras de Las Casas, de Fernández de Oviedo, de Juan de Castellanos, de Bernal Díaz del Castillo, del Inca Garcilaso y aún del *Diario* de Colón, donde podríamos rastrear no pocos cuentos, base de mitos y de patrañas que la rigurosa historiografía moderna desplaza de continuo, tales como la Fuente de la Eterna Juventud, Los Caribes, la Sierra de Plata, El Dorado, el Origen del Hombre. Al cuento del Becerrillo, de ámbito borinqueño, por ejemplo, y a otros del mismo estilo que aparecen en las Crónicas de Oviedo, que nos tocan tan de cerca, se agregan sus breves relatos de las *Quinquagenas* acerca de casos de la



Española: del codicioso Pylo, que se ahorcó en Santo Domingo, y del valor báquico del carcelero del Homenaje, Cristóbal Pérez, que, bebiendo por siete, no se emborrachaba (1).

Los cuentos, las leyendas, las tradiciones, el relato, espigas del mismo haz, nacen aquí desde temprano: de la contienda entre indios y españoles, apenas dos años después del Descubrimiento, surge la tradición de la Aparición de Las Mercedes, en el Santo Cerro, y poco más tarde la de La Altagracia; de las penurias y del abandono de La Isabela se forja la espantable conseja de los hambreados hidalgos que al saludar con el chambergó empenachado aparecían descabezados; de la constante amenaza de las invasiones germinan las leyendas de los entierros de oro, de las llamadas *botijas* y de los anhelosos buscadores de *botijas*; y así nacen también las fantasías del Tesoro de la Familia Alvarez y del fabuloso Tesoro de Cofresí, que ya campea bizarramente por todos los géneros literarios, la historia, la poesía, la novela, el cuento (2).

(1) Podría formarse una muy interesante antología, *Cuentos del Descubrimiento y la Conquista*, extractando de las *Crónicas de Indias* todo lo que en sí constituye un cuento. Colón, es claro, ocuparía las primeras páginas: nadie tuvo más desorbitados ojos para contemplar las cosas de la Isla, ni imaginación más rica en las letras de su tiempo. *Sus aptitudes de cuentista*, valgan los términos, eran insuperables.

También sería digno de recogerse el Anecdotario de los tiempos coloniales, labor iniciada entre nosotros por el inolvidable Fray Cipriano de Utrera. De época posterior, ya de fines de la Colonia, es el curioso libro *Anecdotes de la revolution de Saint Domingue* racontées par Guillaume Mauviel, 1799-1804. Saint Lo, 1885, 151 págs. Trata de Haití y de diversos lugares de la República Dominicana.

(2) No se pretende aquí realizar un estudio cabal de la evolución del cuento en Santo Domingo, ya doctamente estu-

Hasta en los documentos oficiales de la Colonia aparecía el *cuento*. Las frecuentes y copiosas *Informaciones* de entonces están plenas de cuentos creados por la astucia y la fantasía de los litigantes y de los petionarios que inventaban proezas y servicios suyos o de sus antepasados, algunos no mas que presidiarios que el azar convirtió en descubridores o en conquistadores, presuntuosamente alzados a émulos de Ojeda (3).

Oviedo, en sus *Crónicas*, recogía toda la chismografía de su tiempo, desde su celda del Homenaje, vilipendiando al indio, mientras que Las Casas, por el contrario, adoptaba o inventaba los más fantásticos cuentos en su apasionada defensa de los aborígenes, tal en su *Des-*

diado por don Sócrates Nolasco en su *Antología* y por el Dr. Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura dominicana* (Río Janeiro, 1945), sino de ofrecer una nueva aportación en tan apasionante asunto. Además de las dos obras citadas véase Juan Bosch, *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, en la revista *Espiral*, de Bogotá, N. 80, de julio 1961, reproducidos en su reciente libro *Cuentos escritos en el exilio...*, 1962.

Quizás el primer juicio crítico, acerca de un libro de cuentos, publicado en la prensa dominicana, fué el de José Joaquín Pérez, "*Bibliografía, Cuentos de hoy y de mañana. Cuadros políticos y sociales por Rafael de Castro Palomino. Con un Prólogo de José Martí*", en la *Revista científica, literaria...*, S.D., No. 18, 12 octubre 1883.

(3) Usamos el término *cuento* en su sentido más lato —sin rigurosos encasillamientos retóricos que obligarían a enfadosas explicaciones— y acogemos como cuentos lo que una crítica estricta, fuera de lugar en este caso, señalaría como un cuadro de costumbres, un relato, una narración, una anécdota, un episodio, un *sucedido*. Lo esencial es que a la forma indefinida del cuento se añada lo característico en esta Antología: *lo político, lo criollo*. La propia definición de Bosch, maestro en la materia, "un cuento es el relato de un hecho que tiene indudable importancia", ya revela de por sí lo difícil que será, en muchos casos, señalar los límites del cuento y el relato. Con razón dice Barba Salinas que "al escribir cuentos se corre el riesgo de caer en la narración o en el cuadro de costumbres".

trucción de las Indias, creando desde entonces la famosa leyenda negra, la detracción de España, cuya vindicación es obra secular aún inconclusa.

Nacen así mil y mil cuentos, muchos de los cuales no llegan a tomar forma literaria; que no pasan de la tradición oral; que se transforman o se pierden en las simas del olvido.

Las primeras referencias, impresas, relativas al cuento en Santo Domingo, las hallamos algo lejanas, en *El Duende*, de 1821, periódico del Doctor José Núñez de Cáceres. Es, pues, el ilustre prócer de nuestra primera Independencia el primero en aludir al cuento y al cuentista: a sus propias fábulas las llama "*cuentecillos*, que aunque en boca y cabeza de los animales, como que en cierto modo y a manera de quien no quiere la cosa, pueden aplicarse a los hombres.. Como el Señor *cuentista* vivía en la Corte de Tiberio, ¡ay, que no es nada!...".

No sería excesivo señalar que el primer cuento aparecido en nuestra prensa, en *El Duende*, del 29 de abril de 1821, obra de Núñez de Cáceres, fué el siguiente, que no por breve deja de ser cuento, y que por tal lo tuvo su autor:

Vaya de cuento... Un padre para consolar a su hija de cierta pena que la consumía, le ofreció casarla con un joven bien hecho y garboso.

La niña con esto se despeja, ya come, se adorna y restableció su salud: el padre, con pasatiempos quería eludir la promesa; mas la niña que no olvidaba lo esencial, le dijo un día:

Ou donc est le jeune mari.

que vous m'avez promis... (4).

Tal eran, siglos atrás, los cuentos de *El Sobremesa y alivio de Caminantes*, de Timoneda, y los de Esteban de Garibay.

Es claro que durante la ominosa dominación haitiana, de 1822 a 1844, hubo un apagamiento casi absoluto de la actividad cultural; que no puede haberla donde no hay periódicos, donde ya eran nostálgico recuerdo *El Duende* y *El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo*.

Con el resurgimiento de la prensa, en 1845, apareció el cuento, no en sus condiciones retóricas, pero si en embrión. Eran los cuentos, los relatos burlescos contra los haitianos, de Manuel María Valencia, de Félix María del Monte, de José María Serra, de Nicolás Ureña de Mendoza, que circulaban en *El Dominicano* y demás voceros de la época.

En ese trascendental período, que va de 1844 a 1865, lo antihaitiano constituye la nota autóctona predominante, pero sin exclusión de otros temas y de otras formas, mas cerca del costumbrismo en boga en toda Hispanoamérica.

En *El Dominicano*, aparecido a fines de 1845, se publicaron —además de los festivos relatos contra el haitiano— *La Torre Negra*, leyenda exótica, y una serie de Anécdotas; en *La Española libre*, de 1852, A los gorriones, por *Un Gorrero arrepentido*; en *El Progreso*, de 1853, *Un cuento burlesco*, por *Un Festañador*, y se inició, en el mismo excelente periódico de Nicolás

(4) El cuento breve, como se sabe, estuvo en boga, nuevamente, a fines del siglo pasado. En la revista *El Lápiz*, (S.D., edición del 18 de enero de 1891), tan dada a esta clase de publicaciones, se reprodujo uno de los *Cuentos cortos* de Enrique Fontanills, de apenas 13 líneas.

Ureña, la publicación de traducciones del francés: *El premio de los pichones*, de Alejandro Dumas; *Un misterio, M. Brown o el Posadero de Albany*, *Un vals de Strauss*, por Jules Lecomte. En *El Dominicano*, de 1855, otra versión del francés, *Diálogo de los árboles*, de Bernardino de Saint Pierre, y asimismo, influídos por Larra, los artículos de costumbres *Manía de la época*, sobre “el continuo lamentarse” y *Fisiología del miope*. En 1856, en *El Oasis*, periódico de la juventud estudiosa, vió la luz la novela *Elvira y Manfredo* —a imitación del Conde de Monte Cristo, de Dumas— que su autor definía: “Protesto seriamente que esta novelita no es mas que pura invención; que el objeto que en ella me he propuesto es censurar el crédito ciego que aquí se acuerda a cualquier aventurero...” No faltaron entonces los cuentos versificados —al estilo de Fernán Caballero— como *Las dos vecinas*, *Cuento en verso*, publicado en *El Dominicano* en 1855. Un lustro más tarde Federico Llinas dió a conocer, en *El Correo de Santo Domingo*, su *Alinoe*, leyenda del Siglo XV, acerca del célebre fortín de La Navidad (5).

Las lecturas de novelas y cuentos se hicieron más amplias y comunes desde 1845. Se leía a los Hermanos Grimm; los *Cuentos de hadas de Andersen*; *Las mil y una noches*; los cuentos de Perrault; los *Cuentos fantásticos*, de Hoffmann, en su edición madrileña de 1839; los *Cuentos y poesías folklóricas* de Fernán Caballero y los *Cuentos de mamá, tradiciones granadinas*, en 1853;

(5) Por entonces estuvo en Santo Domingo, como representante diplomático de España, don Antonio María Segovia (El Estudiante), de quien se recuerda, en la *Historia del romanticismo español*, de Allison Pears, la lectura, en el Liceo de Madrid, de Cuento romántico. Segovia publicó un *Diálogo* en el periódico dominicano *El Eco del Pueblo*, del 8 de marzo de 1857.

las celebradas *Tradiciones peruanas*, de Palma, después de 1872, que tanto influirían en toda la América, y entre nosotros en César Nicolás Penson; las *Escenas fantásticas* de José Selgas, de 1876, que han sido puestas junto a los cuentos de Hoffmann y de Poe; y posteriormente las *Cosas que fueron*, cuadros de costumbres, de Pedro de Alarcón, cuyo título reapareció en obra del hostosiano Emilio C. Joubert. Los *Cuentos* de Fernán Caballero, *Tío Curro de la Parra* y *La oreja de Lucifer*, podrían señalarse como antecedentes de algunos cuentos criollos. Los cuentos de Catulle Mendes se conocían en Santo Domingo por lo menos desde 1888: en el periódico *El Orden*, del 21 de enero de ese año, se publicó una versión española de su cuento *Miss Carlino*.

El cuento dominicano propiamente dicho, retóricamente puro, se diría, no aparecía aún sino mediatizado por el cuadro de costumbres y por la anécdota.

En 1865, al término de la Restauración, nuestra guerra con España, se inicia en la literatura dominicana el período indigenista, que alcanza hasta fines del Siglo. En pugna con lo español se acude a lo indígena, tanto en la poesía como en la novela, la narración y el cuento, dando lugar a obras tan notables como las *Fantasías indígenas*, de José Joaquín Pérez; como el *Enriquillo*, de Galván; y otras obras menores lindantes con el cuento, como *La bella Catalina*, de Apolinar Tejera, y *La boca del Indio*, de Alejandro Llenas. El tema indígena, por un tiempo olvidado, resurge luego en *Toeya*, de Virginia de Peña de Bordas, y particularmente en *Indios*, de Juan Bosch.

El proceso histórico del cuento se halla en nuestras revistas literarias de fines del Siglo pasado y principios del presente, de las que basta examinar las principales,

aún sea ligeramente, en cada una de las etapas de ese período de nuestras letras, sin dudas el más brillante.

La primera revista dominicana exclusivamente literaria fué *Flores del Ozama*, de 1859, de la admirable generación de los Meriño, García, Galván y Rodríguez Objío; pero no fué sino años más tarde cuando el cuento empezó a aparecer regularmente en una revista dominicana: en *El Lápiz*, dirigida por José C. Pérez, cuya primera edición circuló en Santo Domingo el 18 de enero de 1891. En sus páginas, profusamente ilustradas, se publicaron extensos extractos de las *Memorias de la vida literaria*, de los Goncourt; uno de los *Cuentos cortos* de Enrique Fontanills; *Antonio Ruiz, Inmigrante útil* y *Tinglado Mártir*, las pseudo biografías-burlescas de Gastón F. Deligne, que pueden tomarse como cuentos; el capítulo V de la novela *Dolores*, de José Ramón López, por entonces en Venezuela, en el exilio, pero ya con ánimo de volver a su Patria. En la edición de enero de 1892, de *El Lápiz*, figura su cuento *No hay*, que incluiría en *Cuentos puertoplateños*. Pero el periódico *El Porvenir*, de Puerto Plata, se le adelantó a *El Lápiz*. Fué el primero en publicar los cuentos de López: en su edición del 25 de abril de 1891 apareció el cuento *Muertos y duendes* —tomado de *La Opinión Nacional*, de Caracas, del 10 de marzo de 1891— y en la del 14 de mayo de 1892. *En el cielo*, también escrito en Caracas. Con ambos se inicia su obra *Cuentos puertoplateños*. En el glorioso periódico de Isabel de Torres de vez en vez aparecía el cuento, entre ellos *Cuento persa*, anónimo, en la edición del 22 de agosto de 1875; *Los cinco dedos de la mano*, cuento árabe, por Florián Pharaon, en la del 27 de agosto del mismo año; *El cazador*

de elefantes, cuento persa, anónimo, en la del 3 de junio de 1877.

En febrero de 1892 desapareció *El Lápiz* y al siguiente mes nació la excelente revista *Letras y Ciencias*, de los ilustres hermanos Federico y Francisco Henríquez y Carvajal. No fué la ejemplar revista, de vida relativamente larga, rica en el cuento y la novela. En su etapa de 1892 a 1898 fueron escasas sus muestras de literatura narrativa. Valga al menos señalar que el primer cuento aparecido en *Letras y Ciencias*, en abril de 1893, después de un año de existencia, fué *Toñín*, de Virginia Elena Ortea, que tanto se distinguiría como cuentista.

Otro escritor que podría incluirse entre los cuentistas dominicanos más fecundos, fué Rafael Justino Castillo, quien publicó en *Letras y Ciencias* algunos de sus olvidados cuentos, entre ellos, *La casita verde*, *Su carta*, *Monólogo*, *Los tres amores*. Asimismo aparecieron en la revista *Un Rey destronado*, de Federico Henríquez y Carvajal; *Coincidencia y Vieja historieta*, de Rafael Abréu Licairac; *Angelina*, de Fabio Fiallo; *El Prisionero*, de José Ramón López, no incluido en *Cuentos puertoplateños*; *Suicidio*, de Manuel Eudoro Aybar; y *La primera derrota*, el celebrado cuento criollista de Carlota Salado de Peña, uno de los primeros en que se usó el lenguaje campesino (6).

Las traducciones insertas en *Letras y Ciencias* fueron también escasas: *Las naranjas*, de Alfonso Daudet, versión de C. N. Penson; *El fin de una bandera*, de Octavio Feuillet; y *El Proletario de la pluma*, novela corta de Arthur Zapp, versión castellana de Enrique

(6) A la introducción del lenguaje campesino en la literatura dominicana (1821) se refiere nuestro artículo *Del habla dominicana*, en el *Boletín del folklore dominicano*, S. D., No. 1, 1946.

Velez. Muestra de las simpatías de que gozaban en Santo Domingo los grandes cuentistas franceses son las notas necrológicas de la revista acerca de la muerte de Guy de Maupassant, en 1893, y de Alfonso Daudet, en 1897.

El Hogar (1894-1895), de Fabio Fiallo, fué la revista que publicó en su época mayor número de cuentos éxoticos, algunos de ellos traducidos por José Isaac Pou y por C. N. Penson: *El Espejo*, de Daudet; *La Cantadora*, de Manuel Reina; *Alegrías lejanas*, de René Maizeroy, traducción de Pou; *El velo de la Reina Mab*, de Rubén Darío; *Después del duelo*, *Dulce dolor*, *Las apuestas*, *Los dos amantes*, *El Hada mentirosa*, de Catulle Mendès, traducción de Pou; *Mal por bien*, de Nicanor Bolet Peraza; *El único amor*, de Maupassant; *La batida*, de Georges Ohnet, traducción de Penson; *Pitoche*, de Julio Dondon; *Cuento*, de Jules Lemoine; *Las dos palomas*, de Ivan Turgueneff. Y es de advertirse que ninguno de los cuentos publicados en *El Hogar* aparece en la antología de mayor boga entonces a pesar de ser anterior a la revista: *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses contemporáneos*, Introducción y noticias literarias de Enrique Gómez Carrillo, París, Garnier Hermanos, 1893, que contiene cuentos de Alejandro Dumas hijo, Daudet, Federico Mistral, Emile Zola, Jean Richepin, Judith Gautier, Paul Margueritte, Jules Lemaitre; G. Courtelines, F. Champsaure, A. Silvestre, Marcel Prevost, C. Mauclair, A. Scholl, R. Maizeroy, B. Bonnetain, Ch. Maurras, L. Hennique, M. Barres, L. Claudel, P. Arene, J. Reibrach, H. Rebell, G. Sarrazin y H. Le Roux.

En agosto de 1896 fué fundada en Santo Domingo la bella revista *Ciencias, Artes y Letras*, de Rafael Jus-

tino Castillo, Luis A. Weber y Andrés Julio Montolío, en la que apareció frecuentemente el cuento, entre ellos *El perdón* y *Un drama entre joyas*, de Coppee; *Poncio Pilatos*, de Anatole France; *Drama en un acto*, de Catulle Mendès; *Mesa redonda*, de Maupassant, traducción de Castillo; *El ayuno*, de Zolá; *La partida de Billar*; *Cuento soñado*, por Emilia Pardo Bazán; *Una venganza*, de Jacinto Octavio Picón. Castillo traducía también a Tolstoy. Por entonces se leía al celebrado Eca de Queiroz, como lo revela el ensayo crítico de Castillo, *El Primo Basilio*, inserto en una de las últimas ediciones de la revista, en 1897.

En el siempre recordado *Listín Diario*, el periódico de mayor prestigio en la República durante más de medio Siglo, se publicaron no pocos cuentos, entre ellos, en 1896, de Rafael Justino Castillo, Rafael A. Deligne, Rosa Smester, Eugenio Polanco y Velásquez, J. M. Rodríguez Arresón.

En agosto de 1898 vió la luz en Santo Domingo la magnífica *Revista ilustrada*, dirigida por M. A. Garrido y animada por el joven Tulio Manuel Cestero, luego autor de *La Sangre*, que le dió generosa cabida a la literatura narrativa, tanto de autores nacionales como de extranjeros. En sus bellas páginas encontramos *Salvó su honor!*, de Francois Coppee; tres cuentos criollos de Andrés Freites, *Cuento histórico*, *Es soluble?* y *Un puesto de frutas*; *Una página de amor*, de Federico Henríquez y Carvajal; *La leyenda de Santa Hilda*, de *Contes a Madame*, de Jacques Normand; *Los diamantes*, cuento mitológico, de Virginia E. Ortea; *La pesca maravillosa* y *Emancipación*, de Catulle Mendès; *Adios!*, de Maupassant; *Julito*, cuento sencillo, de R. Octavio Galván; *El fin de la novela*, de Ulises Heureaux

hijo; *Honor campesino*, *El sueño de una novia* y *Querebella doméstica*, de R. J. Castillo (7).

La aparición de una revista como *La Cuna de América*, fundada en 1903, había de constituir poderoso estímulo literario. La espléndida presentación de *La Cuna* fué incentivo para que los cuentistas aparecieran asiduamente en sus bellas páginas, espejo de la vida literaria y galante de la época. Por ellas pasaron Freites Roques, Jesusa Alfáu, Amiama Gómez, C. N. Penson, Joaquín Ulises Alfáu, Renato de Soto, Ulises Heureaux hijo, y de modo especial José Ramón López, cuyos cuentos vieron la luz en *La Cuna* antes de ser recogidos en su celebrado libro *Cuentos puertoplateños*.

La magnífica revista *Blanco y Negro*, aparecida en Santo Domingo en 1908, fué entonces la publicación dominicana que llevó a sus páginas mayor cantidad de cuentos y de escritos exóticos diversos, traducciones admirables del Lic. C. Armando Rodríguez y de otros. Entre los escritores extranjeros aludidos se contaron Teodoro de Banville, Catulle Mendes, Jacques Normand, Georges de Porto Riche, Alfonso Daudet, Máximo Gorki, Roberto Bracco, Oscar Wilde.

La tendencia a *lo francés* que asoma en las versiones de Dumas, de Saint Pierre y de otros autores galos aparecidas en los primeros periódicos dominicanos, tenía, además del motivo literario, una razón histórica: en nuestros intelectuales del Siglo XIX, particularmente en los de la primera mitad, predominaba la cultura francesa como consecuencia lógica de la dominación de Francia en Santo Domingo de 1801 a 1809, período en que las actividades del espíritu recibieron el renovador

(7) *La Revista Ilustrada* vivió hasta 1900. Véanse los cuentos citados en las ediciones 1, 4-6, 10, 12-15, 19-21.

impulso de la autoridad francesa, y luego de la dominación haitiana, de 1822 a 1844, que de nuevo nos impuso la lengua francesa. Y a esto se agrega la circunstancia de que nuestro derecho se nutrió del derecho francés, de los Códigos napoleónicos, de la jurisprudencia francesa, que obligó a nuestros intelectuales al uso del francés como lengua científica; y no sólo para los abogados sino también para los médicos, muchos de los cuales hicieron su profesión o la perfeccionaron junto al Sena, como Alejandro Llenas, Juan F. Alfonseca, Francisco Henríquez y Carvajal y tantos otros. Pero todavía podría agregarse otra razón de nuestras simpatías por la Patria de Hugo: ya está dicho que Francia dominó toda la Isla, a dominicanos y haitianos, pero diferenciándonos, juzgándonos de otra raza mas civilizada y tratando de evitarnos la perjudicial confusión entre ambos pueblos.

El francés, nuestra lengua científica, fué, pues, en cierto modo, nuestra lengua literaria. Nuestro romanticismo fué francés, incluso en el aspecto político, y tan sólo español en parte del aspecto literario. La lengua, el espíritu de Francia, lo teníamos por todas partes, pero sin menoscabo de nuestra entrañable hispanidad.

El cuento francés, desde los de Voltaire hasta los de Catulle Mendes, tuvo gran boga en Santo Domingo, y asimismo los del norteamericano Edgar Poe: el nombre de uno de sus cuentos, *Ligeia*, es el de una encantadora mujer criolla. *Graciela*, la novela de Lamartine, popularizó entre nosotros ese bello nombre. Así se originaron otros tantos nombres de nuestra onomástica romántica, particularmente inspirados en los libros que nos llegaban de Francia, Patria del cuento, como la llama Gómez Carrillo.

Ya bien entrado el Siglo presente, en 1914, en su artículo *Gustavo Adolfo Mejía y "Mi libro de Cuentos"*, Vigil Díaz señalaba las influencias extrañas prevalecientes en los cuentistas dominicanos de la época: "Su arte sobre todas las cosas —decía— tiene la claridad ateniese y el simbolismo embrujador del itálico D'Annunzio y de los inolvidables galos Flaubert y Alfonso Daudet. El procedimiento nuevo y pictórico de sus cuentos es el mismo del exquisito mago Mendes, mezclado con el descriptivo de Zola, Balzac y el psicológico Díaz Rodríguez, Maupassant y el viejo león siberiano Tolstoy". Y agregaba otros nombres: Hoffman, Poe, Anatole France, Verlaine, Lorrain, Pierre Louys, Ibsen.

Pero la influencia francesa en nuestras letras no nos era privativa sino de toda la América. Los sucesos regionales, las guerras, las revoluciones y demás incidencias de la vida americana suministraron a los novelistas —y cuentistas— como señala Mariano La Torre, "episodios y tipos ajenos a la influencia europea y han hecho del cuento o novela corta de América un género evidentemente autóctono". Pero si Europa dió la técnica —agrega— América dió el motivo desarrollado con esa técnica.

Al margen de las influencias exóticas, en la literatura narrativa se da el caso frecuente de la reelaboración de temas. Así, por ejemplo, el cuento *De gato y gallina*, de Luis A. Bermúdez, publicado en 1895, no es mas que la reelaboración del cuento *Marrero*, aparecido en *El Dominicano*, de Santo Domingo, del 15 de febrero de 1846; la narración *Una decepción*, de Manuel de Js. Troncoso de la Concha, es amplificación de *Los gobiernistas*, de Joaquín M. Bobea; y la anécdota *Mentalidad guerrillera*, también de Troncoso de la Concha,

apareció antes en una de las *Serpentinas* de José Ramón López. A su vez en los cuentos de López hay claras reminiscencias de los de Luis de Taboada. El delicioso cuento *Las cerezas*, de Fabio Fiallo, es trasunto de *La Oropéndola*, de Andre Theuriet. José Ramón López, además, se contó entre los numerosos usufructuarios de la maravillosa cantera de *El Conde Lucanor*: el cuento *de lo que le contesció a un hombre bueno con su fiyo y un asno*, aprovechado nada menos que por Lafontaine, lo utilizó López en su cuento *La opinión pública*. Los divertidos cuentos del portentoso *Tomás Carite*, publicados por Bermúdez en 1895, se inspiraron en las *Aventuras del Barón Munchhausen o Aventuras del Barón de la Castaña*, de popularidad universal. El cuento que se le atribuye al dominicano Amable Nadal, de pies irregulares, que al serle robados sus zapatos exclamó *Ea Dios, que le sirvan!*, no es mas que una adaptación o repetición del siguiente cuento de Timoneda, del Siglo XVI: "Hurtando a un capitán en Flandes de su aposento unos borceguíes hechos de molde para sus pies, porque los tenía lisiados y tuertos, hallándolos menos, dijo: ¡ Plega a Dios que le vengan bien a quien me los hurtó!".

Esa licencia de la reelaboración literaria, que a veces degenera en imitación servil y en plagio, es bien antigua: sabido es que Tirso de Molina, vecino de Santo Domingo por el 1618, tomó del Bocaccio, para *Los cigarrales de Toledo*, "argumentos y situaciones de sus cuentos".

Durante largos años el ámbito de nuestras letras fué semejante al de Venezuela. La política, que influye poderosamente en lo literario, que en las Patrias de Duarte y de Bolívar tiene notorio parentesco, creó, pro-

piamente, la modalidad prevaleciente en el cuento *criollo, lo político*, tanto en los que nacieron en Venezuela bajo la dictadura de Guzmán Blanco como en los que surgieron en Santo Domingo en tiempos de la dictadura de Ulises Heureaux.

En todo el Siglo XIX las relaciones intelectuales entre Santo Domingo y Venezuela fueron bien intensas: en sus comienzos residió aquí, junto a sus parientes dominicanos, Rafael María Baralt —que también fué costumbrista— y al finalizar la Centuria y a principios de la siguiente, sus compatriotas Eduardo Scanlan, Rufino Blanco Fombona, Andrés A. Mata, Manuel María Bermúdez Avila, Juan Antonio Pérez Bonalde, Manuel Flores Cabrera.

Y a su vez los dominicanos, atraídos por el ambiente cultural de Caracas, o empujados por el oleaje político, se radicaban allí y terciaban en las lides literarias, entre ellos José Ramón López, que se distinguiría como cuentista en sus *Cuentos puertoplateños*; Tulio Manuel Cestero, en su novela *La Sangre, Una vida bajo la tiranía*; Victor M. de Castro, en el relato anecdótico, en *Cosas de Lilís*; el poeta y cuentista Fabio Fiallo, quien publicó en Caracas, en 1902, su *Primavera sentimental*, con prólogo del celebrado estilista venezolano Manuel Díaz Rodríguez; Manuel Eudoro Aybar, que desde allá enviaba sus cuentos y poesías. A su regreso de Venezuela, Victor M. de Castro abrió el camino a la inagotable cantera de anécdotas políticas del Presidente Ulises Heureaux, la figura de mayor atracción en el anecdotario dominicano. A sus *Cosas de Lilís* (1919) siguieron *Otras cosas de Lilís* (1921), de Gustavo E. Bergés Bordas; en 1943 apareció, enriquecida por nuevos testimonios de personas que conocieron a Lilís, la obra

del venezolano-dominicano Horacio Blanco Fombona, *El tirano Ulises Heureaux*; en 1955 circuló la segunda edición de *Anédoctas de Ulises Heureaux*, por su compatriota Augusto Vega; y al siguiente año *Lilís y Alejandrino*, de Vigil Díaz. A estas obras puede agregarse nuestro reciente libro *Cancionero de Lilís, poesía, dictadura y libertad*, que incluye no pocas anécdotas de Heureaux.

Los escritores venezolanos, cuentistas y costumbristas, predominaban, junto con los franceses, en las revistas y periódicos dominicanos, a través de sus grandes revistas, *El Cojo Ilustrado* y *Cosmópolis*. Así hallamos en la prensa dominicana a Urbaneja Achelpohl y Pedro C. Dominici, en *Letras y Ciencias*, en 1894 y 1895; y asimismo a Nicanor Bolet Peraza, a Andrés A. Mata, a Zumeta, cuyo cuento, *Una cicatriz*, fué muy alabado por Andrés Julio Montolio en su encomiástico artículo *César Zumeta*

Quien lea los cuentos de política, de Venezuela y de Santo Domingo, comparativamente, advertirá la estrecha identidad que hay en ellos; la misma raíz les une con escasas diferencias de nombres, de lugares y de estilo. Bastará para comprobarlo la lectura de *Andanzas de un guerrillero*, de Carlos Paz García; de *Revolucionarios urbanos*, de Miguel Mármol; de *La Delpinada*, crónica del ocaso de Guzmán Blanco, de Pedro Emilio Coll, todos de la época de *El Cojo Ilustrado*, de 1892, y de *Cosmópolis*, de 1894 en la que colaboraban los dominicanos José Ramón López y Manuel Eudoro Aybar.

Los Cuentos de acero, de Jorge Borges, publicados en 1924, que son como parte viva de la siniestra biografía del tirano Juan Vicente Gómez, corren parejas

con estos *Cuentos de política criolla* (8).

Claro que las influencias literarias se producen en cada escritor según su temperamento: en Fabio Fiallo, el poeta y cuentista, prevalece la influencia francesa directamente o a través de sus amigos de Venezuela; en José Ramón López, el cuentista, predomina la influencia venezolana, la contaminación literaria de sus gratos días caraqueños, hasta su retorno a su Patria, en 1896, época precisamente en que, en boga el cuento en Venezuela, también está en boga en Santo Domingo.

El proceso histórico del cuento dominicano había de tener —parecerá increíble— colapso lamentable: tras su última floración, particularmente en la recordada revista *Bahoruco*, de Horacio Blanco Fombona, el cuento perdió vitalidad, y quedó disperso, esporádico, aventado por la tormenta política para darle paso al discurso político, al artículo político, a las excrecencias políticas que eran precio de la vida del hombre de letras. Juan Bosch, cuyo surgimiento como cuentista constituyó un acontecimiento literario —saludado proféticamente por Pedro Henríquez Ureña, entonces en su Patria— dejó el país para brillar y triunfar rotundamente en otras playas. Tomás Hernández Franco perdió lo mejor de su edad y de su talento prodigioso en la vana escribanía política. Ramón Marrero Aristy, el sorprendente autor de *Balsié* y de *Over*, fué absorbido por la infanda política que le costo la vida, y así tantos otros que se desviaron de las bellas letras arrastrados por las con-

(8) Algunos de estos *Cuentos de política criolla* se asemejan, por su factura e intención, a *La baja*, del uruguayo Javier de Viana. Los que reflejan nuestras luchas revolucionarias se relacionan, asimismo, con los *Cuentos militares* del chileno Olegario Lazo y con los *Cuentos de la guerra de Secesión*, del norteamericano Ambrosio Bierce.

tingencias sociales del país en las últimas tres décadas.

Huelga tratar aquí de los cuentistas dominicanos ya consagrados por don Sócrates Nolasco en su admirable *Antología del cuento dominicano*, en cuya jugosa y atildada introducción se encarecen los méritos de cada uno: de Julio Acosta hijo, Manuel del Cabral, Nestor Caro, Hilma Contreras, Rafael Damirón, G. A. Díaz, Virgilio Díaz Ordoñez, Fabio Fiallo, Federico García Godoy, Máximo Gómez, Federico Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Tomás Hernández Franco, Antonio Hoepelman, Miguel A. Jiménez, Ramón Emilio Jiménez, Ramón Lacay Polanco, Angel Rafael Lamarche, José Ramón López, Ramón Marrero Aristy, Miguel Angel Monclús, Francisco E. Moscoso Puello, Virginia Elena Ortea, Virginia de Peña de Bordas, José Joaquín Pérez, José María Pichardo, Freddy Prestol Castillo, José Rijo, Manuel de J. Troncoso de la Concha, Julio Vega Batlle y Otilio Vigil Díaz. También figura en la obra el propio antologista, sin disputa uno de los mejores cuentistas dominicanos.

Es de imaginarse la desazón cívica que se producía ante la imposibilidad material de incluir a Juan Bosch en una *Antología*, ya que su nombre era de los prohibidos en las dos últimas décadas. Bosch, de estilo y maestría paralelos a Horacio Quiroga —cuyo famoso cuento *A la deriva* no supera a algunos del dominicano— acaba de reintegrarse honrosamente a su Patria. Y ya empieza a enriquecer su bibliografía con sus magistrales *Cuentos escritos en el exilio y apuntes sobre el arte de escribir cuentos*. A la calidad egregia de estos *Cuentos* se añade el valor e importancia del ensayo que les precede, básico en la materia.

El cuento tuvo gran boga e importancia en la vida dominicana, tanto en la urbana como en la rural, en el pasado. El cuento es hijo mimado del Ocio, y en el pueblo dominicano de antaño el Ocio era el fruto cotidiano de la haraganería y la pobreza. Donde hay gente ociosa ahí está el cuento, chisporroteando contra los hielos del aburrimiento. En las tertulias de la vieja Ciudad Romántica nacieron, por el 1890, las *Cosas añejas* de Penson, y en las veladas campesinas se renovaron los inacabables repertorios de Juan Bobo y Pedro Animales (9)

El cuento, pues, sinónimo de mentira, de invención, aparece repetidamente en esa modalidad del idioma que podría llamarse la jerga picaresca. Cada expresión se explica por sí misma: Vivir del cuento, No me vengas con cuentos, Va de cuento, El cuento del Tío, Déjate de cuentos, ¿No me cuentas?. A cuento, Está en el cuento, como me lo contaron te lo cuento, Es un cuento muy largo, Como se lo cuento, Ese es un cuentista, Esos son cuentos, No estoy para cuentos, Ahí está el cuento, Esos son cuentos de camino, Ese hombre es un cuento, Del cuento la mitad, Cosa de no contar, Vaya con el cuento, Ese es un cuento, Embustes y cuentos de uno nacen ciento, El cuento para que sea cuento es preciso que venga a cuento, Me salió con un cuento, Aplícate el cuento, Hacer un cuento a lo vivo, Adornar un cuento,

(9) Los cuentos de Juan Bobo y Pedro Animales fueron recogidos por Manuel José Andrade en su valiosa obra *Folklore de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1948, 2 vols., 622 págs. La edición original, en inglés, se publicó en Nueva York en 1930: *Folk-lore from the Dominican Republic*. Véase, además, Terrence Leslie Hansen, *The types of the Folktale in Cuba, Puerto Rico, the Dominican Republic and Spanish South America*. University of California Press, Los Angeles, 1957, 202 págs. (Folklore Studies, 8).

Cuentan y no acaban, Te voy a contar un cuento, Cuéntame, Colorín colorado este cuento se ha acabado...

Cada momento, cada situación, cada ambiente, tiene su clase de cuento, ya que su diversidad es infinita. Hay, así, los cuentos de aparecidos, de viejas, de muertos, de velorios, de misterios, de magia, de brujerías, fantásticos, maravillosos, prodigiosos, moralizantes, sacro-profano, cómicos, de camino, (10) de política, militares, de revoluciones, históricos, galantes, poéticos, viejos, idealistas, románticos, sentimentales, de salón, campesinos, típicos, criollos, indígenas, picarescos, rurales, urbanos, provincianos, psicológicos, legendarios, alegóricos, novelescos, anecdóticos, sociales, costumbristas, tradicionalistas, literarios, populares, folklóricos, de adivinanzas, de encantamientos, de madrastras, del diablo, humanos, de animales, infantiles, de suegras, espirituales, realistas, filosóficos, sucios, colorados, color de rosa, color de cielo, de todos colores, de frases versificadas y cantadas, encadenados, acumulativos, de nunca acabar...

(10) El *cuerito de camino* —que se remonta a *El sobremesa y alivio de caminantes*, de Juan de Timoneda— merece mención particular, lo que justificará la reproducción de este extenso párrafo del discurso pronunciado por el Dr. Federico Henríquez y Carvajal en su ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua, publicado en *Clío* en mayo de 1933:

“Hay un cuento corto y a veces recortado, no de difícil cultivo y apenas cultivado, que permanece aún al margen de la literatura vernácula, el cual procede de un hecho —un sucedido— casi siempre imaginario. *Cuento de camino* se le llama y tuvo su origen, sin duda, en el relato con que un viandante, o un romero, entretiene a la caravana en las horas largas de un viaje a pié o en asno cansino.

“El cuento de camino, hecho, episodio, paso o incidente, es una breve parcela en la ruta de la vida. Carece de descripciones. Campestre, rara vez urbano, es su ambiente y su escenario. Lo sucedido es siempre cómico; por excepción, dramático; nunca trágico. La escena se llena, en la mayoría de los casos, con un solo personaje. En ocasiones actúa en el cuento una pareja. Esta ha solido ser un dúo amartelado: él y ella.

“Diéronle pasto y auge algunos hechos, hiperbolizados por la fantasía tropical, que provenían de la lucha armada entre los

El cuento, la anécdota, el apólogo, la fábula, se confunden a veces. Con apariencia de cuento se hace el más verídico relato; con apariencia de anécdota se inventa no más que un cuento. Pero lo que interesa en este libro no es propiamente el hecho en sí, real o fantástico, sino la obra literaria, por una parte, y por la otra lo psicológico, la manifestación de la psicología criolla en el escabroso terreno de la política. Lo picaresco de la política es la gran sementera del cuento criollo. Y, es claro, el cuento es la mejor expresión de ese sustancial aspecto de nuestra sociología.

bandos políticos, en la segunda mitad de la décimonona centuria. Pero ha caído en desuso y va cayendo en olvido. Son gajes del progreso. El automóvil y la carretera resultan incompatibles con el *cuento de camino*.....

Coetáneos fueron —por una extraña coincidencia— los más distinguidos cuentistas de los celebrados y a veces repetidos cuentos de camino. Eran tres, no más, y habían visto la primera luz de la vida, al amor del dulce hogar, cuando corría el segundo lustro de la segunda mitad del siglo XIX. Dato curioso: meciéronse sus respectivas cunas —como para complacer, al mismo tiempo, a las tres regiones que integran el territorio dominicano— en sendos puntos cardinales de la rosa de los vientos: Este, Sur y Norte.

“Con efecto: Alejandro Woss y Gil oyó su canción de cuna en concierto con los dos ríos que cruzan la llanura en donde se posa, como un ave, la villa de la Santa Cruz del Seibo; Francisco Leonte Vásquez oyó la suya, no menos pastoril, en Moca, la villa heroica y jardín de Ceres, ubicada en el gran valle de La Vega Real; y Deogracias Martí, a su turno, en la urbe trinitaria y capitolina, Santo Domingo de Guzmán, que ha sido y es la Ciudad Primada de las Indias y acaso torne a ser la Atenas del Nuevo Mundo.

“El ingenio floreció a menudo en cada uno de los tres destacados cuentistas. Pero el ingenio, florecido en cada uno de ellos, en cada cual se distinguió por una cualidad característica. El humorismo fué la nota dominante en el cuento regocijado del cuentista mocano. El tono agridulce, burlesco, a veces satírico e intencionado siempre, predominaba en el cuento o sucedido del agudo cuentista capitalaño. El cuentista seibano —el cual podría ser considerado también como santiagués pues en Santiago vivió de niño y de adolescente— con un ingenio de más intensa filosofía de la vida y de más extensa cultura literaria, había logrado

Podría decirse que el verdadero cuento dominicano, autóctono, es el de las revoluciones, porque es el que, hasta ahora, ha revelado mejor el ambiente, lo típico, la psicología dominicana en uno de los aspectos más dramáticos de su historia: las contiendas civiles que se inician en 1844 y que llegan muy cerca del presente. De lo prevaleciente en cada país nace lo mejor de su literatura. *La Sangre*, que corresponde a su subtítulo, *Una vida bajo la tiranía*, que es una de las mejores novelas dominicanas, recoge el eco de las revoluciones anteriores a la muerte del Presidente Cáceres. Y aún antes, la obra de Galván, proclamada como la más notable de la literatura dominicana, no es sino la novela de la revolución de Enriquillo. Al mismo género revolucionario pertenecen *La Mañosa, novela de las revoluciones*, de Juan Bosch, y asimismo los galdosianos episodios del Dr. Max Henríquez Ureña, *La Independencia Efímera* y *La Conspiración de Los Alcarrizos*, de las más bellas y mejor logradas obras dominicanas. El cuento dominicano por excelencia, el de más jugo, ha sido el de las revoluciones, que empieza a florecer por el 1895. En los anteriores predominaba el costumbrismo: más que cuen-

armonizar la ironía sajona, fina hoja de un estilete, con la gracia andaluza, hecha de sal, de miel y de vino.

“El cuento de camino, breve o comprimido, ha sido de referencia, jamás de lectura. Solía surgir, como un relámpago o una exhalación en el cruce de dos calles, o en el encuentro sobre la misma ruta campestre, y ponía a veces una gota de miel, un grano de sal o un rayo de sol, en el insípido y en el nebuloso palique de la tertulia nocturna.

“Pero —¡y es lástima grande!— el cuento de camino ha caído en desuso y va cayendo en olvido. Ya lo dije: con ese cuento son incompatibles los automóviles y las carreteras. Ello no es óbice, claro es, para recoger —como dádiva de la memoria que los antiguos oyentes de los citados cuentistas le hagan al folklore dominicano— algunos de los mejores para ser conservados, en un florilegio, como flores espirituales del ingenio de los tres cuentistas de los cuentos de camino”.

tos eran cuadros de costumbres. Luego, tras el cuento influido por franceses y venezolanos, llegó a su más brillante período, al predominio del cuento campesino, por obra, de modo particular, de Juan Bosch, de vivo acento dramático (11).

Del examen de las antologías del cuento en la América hispana se llega a la conclusión de que la política prevalece en ellas, más que en toda otra parte, en Santo Domingo, Venezuela y México, que es donde la lucha política, revolucionaria, ha sido más intensa (12).

(11) El tema campesino, lo *campesino*, puesto de moda en los últimos años —particularmente por Bosch— combatido por el celebrado crítico Pedro R. Contín Aybar, ha sido defendido por Julio Acosta hijo (Julín Varona) en su artículo *Lo campesino en la tendencia del cuento dominicano*, en el periódico *La Opinión*, S. D., 7 junio 1938.

(12) El cuento dominicano, picante, anecdótico, agudo, chispeante, a veces más travesura que cuento, campeó casi como única preocupación intelectual en el formidable grupo de políticos y de hombres de armas, habitualmente ociosos, que formaban en La Vega, tres décadas atrás, Quero Saviñón, Manuel Sánchez, Moreno Piña, Zenón de los Santos, a los que se unían el Doctor Morillo, José Manuel Lara —Pochón—, Manolito Fernández, Pepe Alvarez —Cometón—, que vivían inventando cuentos, de los que ellos mismos eran, tantas veces, los protagonistas. No quedaban atrás, en Santiago, César Perozo, Vicente y Cesar Tolentino, Panchito Pereyra —enlazado a la familia del genial Juan Antonio Alix— quien fué el más extraordinario cuentista oral de su tiempo en el Cibao, cuyos cuentos se confundían con sus propias anécdotas. Perozo, como un García Sanchiz criollo, llegó a ir de Teatro en Teatro, por el Cibao, haciendo cuentos, muchos de su propia cosecha, a veces bien divertidos. Tomás Hernández Franco merece mención aparte: era el cuentista nato, de imaginación desorbitada, que no sólo escribió cuentos y relatos apasionantes, como *Deleite*, la extraordinaria historia de un caballo, sino que, además, en su chispeante conversación lo convertía todo en un cuento. Otro hacedor de cuentos, en San Francisco de Macorís, fué el abogado Manuel R. Castellanos —Nonón— cuya especialidad era lo pornográfico. En Santo Domingo debemos recordar, entre los vivos, al poeta y abogado don Porfirio Herrera, quien posee un gran caudal de cuentos que sabe decir con gracia y donosura.

¿Pero cómo y cuándo apareció nuestro cuento de política criolla? Nació sin dudas con las contiendas políticas entre *santanistas* y *baecistas*, como en este cuento publicado en el valiente periódico *El Eco del Pueblo*, de Santo Domingo, en diciembre de 1856, días de enconada persecución del baecismo contra el santanismo, y que parecería tomado del *Sobremesa y alivio de caminantes*.

UN CUENTO

Había en cierta ciudad un loco a quien mordió cierto día un perro.

El pobre hombre no dió queja alguna al dueño del fiero animal, aunque formó proyecto de vengarse cuando se le presentase la ocasión oportuna: a este fin echó mano de una lanza con la que anduvo armado de ese día en adelante, hasta que halló la ocasión oportuna de ejercer una venganza.

Una fuerte herida puso fin a los días del animal mordedor.

El dueño del perro elevó inmediatamente la queja ante el Alcalde, y este Magistrado hizo comparecer al loco.

Impasible y silencioso oyó el pobre hombre las reconvenciones del Juez, hasta que entre otras observaciones, le hizo la pregunta de que por qué en vez de darle tan fuerte herida no le había dado un golpe con el asta de su lanza.

El loco entonces rompiendo el silencio contestó: yo no le dí con el asta, porque él no me mordió con el rabo.

Los que dicen hoy que se ataca demasiado a los hombres del pasado, los que nos critican que agucemos

la lanza contra tanto perro mordedor, respondemos: ¿Nos mordieron ellos con el rabo?

Cuentos y relatos de política criolla, o Antología de costumbristas dominicanos, serían títulos quizás más apropiados para este libro, pero su limitación nos hace preferir el *de Cuentos de política criolla*. Por esa estricta limitación figuran aquí tan solo algunos de los cuentistas que abrevaron en el agitado manantial de la política criolla: José Ramón López, los olvidados Joaquín María y Lorenzo Justiniano Bobea, Victor M. de Castro, Manuel de Js. Troncoso de la Concha, Otilio Vigil Díaz, Ramón Emilio Jiménez, Rafael Damirón, Jafet D. Hernández, Max Henríquez Ureña y Agustín Aybar, de quienes se habla en otras páginas. Quizás huelgue explicar la ausencia, en esta Antología, de cuentistas de la última generación: basta apuntar que en las últimas décadas no era fácil que ningún escritor se expusiera a las torcidas interpretaciones a que podía prestarse un cuento político. Y al callar llaman Sancho (13).

Se trata, en fin, de cuentos escritos a la manera antigua —todavía lejos del cuento moderno, sujeto a las leyes esbozadas por Undurraga— mas bien como un

(13) Al margen de los cuentistas cabría mencionar a los que fueron y son aún objeto de la mayor cantidad de cuentos, de atribuciones, de *acumulos*, como dice el pueblo: Lilís, el valiente e ingenioso Presidente Ulises Heureaux y varios de sus más leales amigos, Alejandro Woss y Gil, el todopoderoso Gobernador de Samaná General Alejandro Anderson y el General Eugenio Miches, que inspiraron sendos libros, *Lilís y Alejandrino*, por Vigil Díaz, *Macabón*, por Luis Bourget, y *Cosas viejas*, por Francisco Elpidio Beras. Lilís, a su vez, era un maravilloso hacedor de cuentos, recargados de malicia y de intención. Con un cuento, y nada más, amonestaba en muchos casos o resolvía algún problema político. A los que publicaran contra él una copla subversiva les hacía un cuento; a los que le aconsejaban que ya debía abandonar el Poder, les hacía uno de sus mas

relato en que la preocupación mayor es el rasgo final, la salida ingeniosa, que es paradójicamente el punto de partida del cuento, su motivo inspirador.

La Sociología podría extraer de cada uno de estos cuentos un prototipo, un arquetipo criollo: el de la malicia —en sus diversas modalidades: el marrullero, el socarrón, el conservador, el oportunista o vividor—; el de la incivilidad, el de la ignorancia, el de la fanfarronería, el del valor, el de la hombría de bien, el del desinterés, el del civismo; lacras y virtudes de nuestro pueblo.

El cuento de política criolla, pues, es el mejor espejo de nuestra barbarie civil, de la peste revolucionaria que una y otra vez, casi de modo permanente, agostó la República. Si alguno de estos cuentos, por contener demasiada verdad, nos causa asombro o espanto o sonrojo, valdrá seguramente como incentivo para que el cuento no se repita. No se justificaría la publicación de este libro si no contuviera alguna intención social, de reforma, de la enmienda en todos los órdenes de que está menesterosa la sociedad dominicana.

divertidos cuentos, en los que ponía su simulado acento campesino, blando y pausado, incomparable en la persuasión. Como había sido hombre de pelea desde la mocedad, en los días de la Restauración, había atesorado ese inmenso caudal de cuentos que surgen en los campamentos, en las largas horas de tregua. De ahí nacía, en los militares dominicanos, esa viva afición al cuento. De ahí que muchas hazañas militares no fueran sino cuentos del vivac.

Lástima que no se hayan recogido algunos anecdotarios ya en trances de desaparición: el del Cantor del Yaque, Juan Antonio Alix, y el del matrero Gollito Polanco, en Santiago; el de *los dones*, en La Vega; el del Parque Colón, en Santo Domingo, sin dudas el más rico de todos y de mayor interés político.

En su reciente ensayo, *Contribución de Latinoamérica al cuento de Occidente*, publicado en la ya afamada revista *Espiral*, del admirable Clemente Airó (Bogotá, 86, 1963), Antonio Undurraga hace esta honradora mención, tras de hablar de T. M. Cestero y de Bosch: "Otro cuentista dominicano singular es Virgilio Alejandro Díaz Grullón".

Como el destino del cuento es deleitar, que el lector disfrute aquí de algún deleite: al menos el de las emociones de nuestra tragicomedia cotidiana de antaño.

Y a la vez aprenderá no pocas cosas divertidas o graves o desconcertantes de nuestra Sociología. Contribuir a su conocimiento es también objeto de este libro, quizás bien oportuno en esta hora de la vida dominicana en que lo político satura sus más hondos estratos y en que pugna, como siempre, pero quizás inútilmente, por prevalecer sobre el desinterés, sobre la civilidad y el patriotismo, que a la postre habrán de imponerse en la República.



JOSE RAMON LOPEZ

Nació en Monte Cristi el 3 de febrero de 1866, hijo de José María López Escarfulleri y de Juana Lora. Habiéndose trasladado a Puerto Plata en los primeros años de la infancia, se consideró siempre puertoplateño. Perteneció a la viril juventud adversa a la dictadura de Ulises Heureaux. El 29 de julio de 1885 se evadió de la cárcel de Puerto Plata, junto con Agustín Morales y Juan Vicente Flores, yéndose luego a Venezuela, donde se dedicó al periodismo. A su regreso al país, por el 1896, fué Secretario particular del Presidente Heureaux, Lilís, maestro en el arte de ganarse a sus más enconados adversarios, gran hacedor de cuentos: podría decirse que en el subconsciente de José Ramón López había un Lilís, picaresco y parabólico, psicólogo y sociólogo consumado, como lo demostró en su importante ensayo La alimentación y las razas, en sus cuentos y en los innumerables artículos políticos que publicó en la prensa dominicana hasta vísperas de su muerte.

Fué uno de nuestros más sagaces periodistas. Intervino activamente en la política, llegando a ocupar una curul de Senador. Murió en la ciudad de Santo Domingo el 2 de agosto de 1922.

Obras: La alimentación y las razas (1898), reproducida en Revista dominicana de cultura, No. 1, 1955; La paz en la República Dominicana, 1915; Cuentos puertoplateños, 1904; Nisia, novela, 1898; Manual de Agricultura, 1920; Geografía de Santo Domingo, 1915;



Dolores, novela, Capítulo V en la revista El Lápiz, Santo Domingo, de julio de 1891; La República Dominicana, 1906; Censo y catastro de la común de Santo Domingo, 1919.

Los cuentos de López reproducidos aquí proceden de Cuentos puertoplateños, salvo La política cimarrona y Moralidad social, tomados de la revista La Cuna de América, S. D., 1904, p. 358 y 534.



AL POBRE NO LO LLAMAN PARA COSA BUENA

El vale Juan era mendigo habitual y vivía en la sección de los Mameyes.

Una mañana lo encontré en la población mejor ataviado que de costumbre. Llevaba una camisa de listado muy aplanchada, un pantalón de fuerte azul bien limpio, y montaba un buey de silla, con aparejo nuevo y una jáquima muy blanca pasada por el narigón.

—Vale Juan —le dije, empuñando su única mano— ¿cómo va?

—Ahí entreverado— me contestó.

—Pues, ni tan mal es, a juzgar por las apariencias. Hoy parece usted un potentado rural.

—Es que ya yo estoy muy escamado y sé lo que les espera a los pobres. Me mandó a buscar don Francisco y me dije: pues me pongo los trapitos de cristianar y arreglo a *Bonito* que parezca el buey de un Presidente. Y así me he puesto.

—Hombre, qué idea tiene usted de los pobres...

—Es que la gente no sabe distinguir, y yo no quiero que me confundan. Hay dos clases de pobres. Pobres a *nativitate* y pobres de mala fortuna. Los primeros, aunque hayan de heredar riquezas, nacen pobres.

Un individuo haragán, estúpido o sinservir, siempre es pobre a *nativitate*, y aunque ría por primera vez entre plumas y bordados, acabará llorando.

—¿Y los otros, cómo son, vale Juan?

—¡Los otros son como yo, caramba! que nada me ha valido para salvarme. ¿Quién salva a uno de que lo

metan a soldado y en una pelea lo dejen manco? Porque yo, si hubiera podido desertar sin peligro lo hubiera hecho; pero si desertaba, me cogían, me amarraban y por primera providencia mandaban a fusilarme; y lo esencial que uno necesita para hacer las cosas es estar vivo. Así fué que tuve que quedarme en las filas hasta que me quebraron un brazo. Y supóngase, un agricultor pobre con un ala menos...

¿—De manera que los pobres de la segunda clase son los que van a la guerra?

—Ellos solos no. En el mundo hay dos clases de circunstancias. Las que un hombre de talento puede prever y las que ningún talento en el mundo puede calcular. Al hombre de fortuna todas las circunstancias incalculables le favorecen. Al desgraciado todas le son adversas, y nunca puede salir de pobre.

—La desgracia lo ha hecho a usted pesimista, vale Juan.

—Ello no; es que las cosas son así, y no tengo culpa. No fuí yo quien hizo el mundo con tantas jorobas y torceduras. Insisto en que al pobre no lo llaman para cosa buena, y voy a contarle un cuento que lo prueba.

Cuando gobernaba en Puerto Plata el General Lovera, que era malo con colmo, convocó para un día señalado a todos los pobres del Distrito, a que se reunieran en la plaza del pueblo arriba. Cada quien calculaba sacar la tripa de mal año. "Que nos va a dar ropa", decía uno. "No, que lo que va a dar es dinero, que recibió muchísimo por un vapor que llegó de la Capital". Y así cada uno echaba alegremente sus cuentas...

Llegó el día de la reunión y la plaza parecía una Corte de los Milagros. Cojos, mancos, tullidos, ciegos,

tuertos, llagosos.... era aquello una florescencia de cementerio, como si cada tumba se hubiese abierto y echado al exterior su tético contenido.

Momentos después llegó el General Lovera seguido de mil hombres de tropa que cercaron la plaza. Avanzó el jefe, con su cara de estrafalario furibundo y con ronca voz comenzó a interrogar a los pobres uno a uno.

—Usted, ¿de qué vive?

—Yo, de la caridad pública. Ya ve que me falta un brazo y no puedo trabajar.

—Pues pase a aquel lado— le contestaba él señalándole el flanco izquierdo de la plaza.

Ya sólo faltaba un pobre por ser interrogado, y el General Lovera le hizo la pregunta consabida.

—Yo— le contestó aquél, que era un hombrecillo flaco y desmedrado, con cara de gato, —yo vivo de lo mío. No me falta nada—. Y se sonó los bolsillos del pantalón que produjeron un ruido argentino.

Pues váyase a su casa, que con usted no es la cosa, —le contestó con su voz atronadora el General Lovera.

Entonces, dirigiéndose al Comandante de la fuerza, le gritó:

—Cumpla la orden. Fusíleme a todos estos sinserviles!— Y se fué.

Se armó una gritería de lamentos entre la multitud de pobres. Todos gemían y lloriqueaban su desgracia, y anatematizaban el nombre de su sacrificador Lovera.

El que se las dió de rico se acercó entonces al grupo de los condenados a muerte, y un compadre suyo llamado Juan José, que se encontraba allí, le increpó diciéndole:

—Hombre, compadre Toño, sólo usted es malo. Si usted sabía ésto, ¿cómo no me dijo algo, en vez de dejar que me sacrifiquen así, como un marrano?

—Compadre,— le contestó el falso rico: —Yo no sabía nada. Lo único que yo sé es que ai probe no lo yaman pa na güeno. Por eso me preparé, llenándome los bolsillos de tiestos de platos.

Así terminó su cuento el vale Juan, y yo, pensativo, le dije:

—Demontre, con usted y el general Lovera, cualquiera teme ser pobre.

—Cójale el peso al cuento— me contestó él. —Lo que soy yo, no me arrepiento de haberme vestido de limpio y de engalanar a *Bonito* para ir a ver a don Francisco. Quizás así me haga una buena proposición. De otra manera, lo contrario.

NEPOTISMO

—¡Ay Maruca! ¡abrázame! Aquí lo tengo.

Y don Fausto, al decir esto, se dirigía hacia su mujer, con la cara congestionada, ambos brazos en alto, y en la mano derecha un pliego de papel.

—¿Y qué es?— le contesta Maruca, estrechándole.
—¿Qué es, mi querido Faustico—?

—¿No lo has adivinado todavía? ¿Nada te dicen mi emoción, mi alegría, mi... es el nombramiento. Estoy nombrado Ministro de Hacienda, y es muy consolador que quien no tiene una suya pueda manejar la de la República. La hacienda grande, ¡Maruca!

—Ya se acabaron nuestros apuros, Faustico, y los de la familia. también. Porque tú, ¡lo juraría! no has de ser un mal pariente.

—Ah, por supuesto. Lo que yo tengo está a disposición de la patria, digo, de la familia.

—Bueno, pues comencemos por los hijos. Ernestico y Luisito necesitan dos interventorías de Aduana, y es preciso buscárselas de las mejores. Les daremos, o les darás tú, la de Puerto Plata y la de la Capital!

—Pero son muy jóvenes.....

—Bah! No seas tonto. En Europa han hecho oficiales de ejército, oficiales militares, a niños recién nacidos, y ya los nuestros pasan de los quince años. Además, los Papas han hecho, de sus sobrinos, Cardenales infantiles.....

—Bueno, pues concedido.

—Ahora, siquiera sea para que compensen las edades, me les darás otras dos aduanas a papá y a mi abuelo don Pepito. Entre los cuatro suman ciento setentiocho años, de manera que la parte alícuota de cada uno será de cuarenticuatro y un pico. Con eso se les cierra el idem a los envidiosos.

—Ya tienes lo que querías. Ahora déjame acordarme de los amigos y de las personas útiles. Tú sabes que en política los hombres valen más por lo que pueden servir que por lo que han servido. Ese es un axioma indiscutible.

—Eso es una paparrucha. Lo que yo sé es lo que decía un político venezolano: “Quien no gobierna con los suyos se suicida,” y los *suyos* son la familia de uno.

—¡Maruca! ¡Maruca, que me pierdes! Bien lo dijo San Nepomuceno: “Si tu mujer quiere que te tires por una ventana, ruégale a Dios que no esté lejos del suelo”.

Mira Fausto. Los santos no saben gran cosa de mujeres, porque ellos no las lidiaron jamás. Si una mujer le pide a su amado que se arroje por una ventana, ten por seguro que no es alta, y que debajo de ella ha puesto un colchón, para por si acaso. Conque, déjate convencer.

—Pues sigue pidiendo.

—Oh, ya no será mayor cosa. Sólo necesito quince empleos importantes más para todos nuestros primos, nuestros tíos, nuestros hermanos. Déjame ver....

(Los enumera y los cuenta con los dedos).

—Sí, quince nada más.

—¿Estás contenta ya Maruquita? Te he concedido los diecinueve empleos mejor retribuidos de mi ramo.

¿No quieres algún otro?

(Maruca se queda pensativa un rato, como repasando todo su árbol genealógico. Al fin se da una palmada en la frente y exclama:)

—Yal ¿Dónde tendría yo la cabeza? Falta uno; pero no vayas a alarmarte: una bicoca, el empleo más humilde.

—¿Cuál?

—La portería del Ministerio.

(El marido asombrado:)

—¿Cómo? ¿Para un pariente la portería?...

—No, no es pariente, que la familia es corta; pero es de la casa. Es Nerón. El pobre Nerón a quien olvidábamos.

—¿Qué Nerón?

—Hombre, nuestro mastín. Tan fiel, tan ladrador, tan bueno...

¿Maruca... un perro?

—Sí, Fausto. Y no te creas, hay antecedentes clásicos. Un emperador romano nombró cónsul a su caballo... Y habrías tú de ser menos?

—Es verdad, Maruca. El nepotismo comprende a todos los seres vivientes que duermen bajo nuestro techo.



HACERLA A TIEMPO

Algunos años ha volvía yo del destierro, con hambre de ver gentes y cosas de Puerto Plata. Era tal mi ansia a ese respecto, que lo primero que encontré al salir del muelle fué un buey uncido a una carreta, y a no haber sido por la mala cara que me puso ese paisano cornúpeto, le doy un abrazo.

En la calle del Comercio encontré a Toribio, vestido de policía. Yo lo había dejado, doce años antes, ocupando buena posición social y económica. Había sido contrario mío: pero debo hacerle la justicia de confesar que era persona completamente decente y acreditada.

El asombro se me pintó en la cara de tal manera, al verlo en aquella facha, que él me dijo:

—Lo extrañas, ¿no es verdad? Pues ha sido *por no haberla hecho a tiempo*.

—¡Cómo!

—Pues, si no te avergüenza andar conmigo, vamos a un banco de la plaza, que la cosa es para contarse con detalles. Quizás te aproveche.

Cuando llegamos y tomamos asiento, Toribio comenzó así:

—Yo tenía buena posición, y era bueno. Tú lo sabes. Pocos meses después de tu expulsión hubo un cambio en la política del Distrito. Quitaron al Gobernador, que era muy amigo mío, y nombraron otro. Ese otro era un caballero, un hombre de valor y correcto que cumplía lo mejor que le era posible sus obligaciones. Pero, yo

era amigo del anterior y creí que era deber mío serle fiel como un perro. No hice caso de la pobre Jacinta, mi mujer, que me decía siempre: "Toribio el que no hace oportunamente una pequeña vagabundería, tiene que hacer treinta grandes al día siguiente".

La primera vez que encontré al nuevo Gobernador en la calle, le ví intenciones de saludarme, y como yo me había jurado no quitarme el sombrero para él, finjí que miraba con mucho interés hacia el interior del almacén de Ginebra, mientras pasaba la primera autoridad por la otra acera.

La cosa se volvió un sport para mí. Tan pronto doblaba una esquina, como me metía en una tienda, como hacía una visita intempestiva por evitar el saludo del Gobernador. Cuando yo salía a la calle era una ocupación seria la de estar atento para evitar al Gobernador. Y, sin embargo, yo no lo odiaba, yo no lo juzgaba un mal hombre. No era más sino que el exceso de orgullo me hacía creer que debía darle esas pruebas al Gobernador cesante.

En eso hubo un bochinche revolucionario, y me mandó a buscar la autoridad, para que asistiera a la Fortaleza de San Felipe. Yo creía que era para mandarme a campaña, o encargarme de cualquier servicio importante. Llego, y al momento me intiman la orden de prisión y me encierran en el *Cubo*.

Desde el primer día mandé a decir a casa que no hicieran diligencia ni súplica alguna por mi libertad, y que pusieran en la puerta a un tal Fellé, pretendiente de mi hija Titica, pues sabía que ese joven trataba al Gobernador.

Así pasaron algunos meses, hasta que Jacinta me informó que ya no tenía un medio, ni qué vender, para

el sostenimiento de la casa. Mi dolor fué muy grande; pero empecé a transigir con mi conciencia; y resolví escribirle una cartita muy zalamera al amigo X, pidiéndole cinco pesos prestados. A los cinco días se había concluido el dinero, y tuve que recurrir al amigo H. y así sucesivamente recorrí todo el alfabeto, encontrando unas veces y recibiendo otras rotundas negativas. Por supuesto, yo no comprendía cómo era que de casa me mandaban con regularidad la comida, hasta que Jacinta me informó de que un amigo anónimo, a quien no había podido descubrir, le mandaba diariamente un peso.

Hace el necio al fin lo que el sabio hace al principio. Por donde debí comenzar acabé. Un día escribí al Gobernador diciéndole “que hasta cuando estaba yo en el Cubo; que era su amigo y me sentía dispuesto a probárselo como él quisiera”.

Mandó a buscarme, y yo me fuí de bruces en ofertas. Le prometí que publicaría en los periódicos una manifestación diciendo que no había Gobierno mejor que el existente, el cual superaba a todos los pasados y los futuros. Salió el esperpento ese en *El Porvenir*, y yo quedé libre de persecuciones.

Entonces apareció aquello: lo del peso diario. Felle había abusado en mi ausencia. Enviaba secretamente el dinero; pero mi pobre Titica estaba encinta, va en meses mayores.

Mi hijito varón iba y venía infructuosamente con mis papelitos. Nada ¡Nadie me prestaba un medio, nadie me socorría. Un día de hambre fuí a la Gobernación y le dije al Gobernador: “Deme un empleo, o méteme otra vez en la cárcel, o fusíleme!”.

—Lo siento mucho— me contestó; —pero no puedo complacerle. Ahora no hay ninguna vacante propia

de su categoría.

—¡Qué categoría, ni categoría! —respondí yo— Déme lo que haya, que el hambre no tiene rango.

—Pues solo hay disponible una plaza de policía.

—Vengan el uniforme y la ración. Pero desde ahora mismo le repliqué. Salí de allí vestido de peje con unos centavos en el bolsillo, para que comieran mis hijos. No recuerdo si estaba triste o alegre; pero aquello era un clavo ardiendo de que podía agarrarme en mi derrumbamiento, y no sé si considerarle como ascua o como apoyo.

—Pobre Toribio— exclamé con verdadera pena.

—Tú tienes razón en compadecerme, me contestó él levántandose —Pero reflexiona, aprende a hacer las cosas a tiempo. *Quien no hace oportunamente una pequeña vagabundería, tiene que hacer treinta grandes al día siguiente.* Yo he hecho ya centenares y aún no he acabado, todo porque no realicé a tiempo la primera.



SIENTATE, NO CORRAS

Cuando Jerónimo entraba en su yola y remaba hacia el recodo del excelente puerto de Blanco, donde echaba su cordel para pescar, se le iba el espíritu en peregrinación hacia el pasado, contemplando ese panorama, poético y majestuoso a la vez, que ofrecen las aguas mansas y encajonadas como un río, mientras que en las orillas, como apretada muchedumbre salvaje, crecen los árboles disputándose el aire y el terreno y descendiendo hasta las aguas los enmarañados mangles, patriotas útiles, porque todos los días agrandan el territorio nacional robándoles espacio a los mares, convirtiendo en suelo dominicano los sedimentos minerales y sus propios detritus orgánicos.

Jerónimo, a fuerza de pensar, se había hecho una filosofía rara que le servía de programa político. *A Dios rogando y con el mazo dando* era su primera consigna; pero al mismo tiempo había resuelto abandonar el campo del luchador y no correr detrás de las cosas, sino acecharlas y empuñarlas cuando le pasasen cerca.

Un día su compadre Pancho quiso acompañarle en la pesca, y así que estuvieron lejos del embarcadero le habló así:

—Compadre, el Gobierno es de los malos, de los peores. Ya no se puede aguantarlo.

—¿Usted cree, compadre? contestó Jerónimo.

—Hombre, ¿cómo dudarlo? ¿No se está viendo? Si hasta la cosecha de tabaco ha sido mala este año.

—Pues a mí no me ha ido mal en la pesca.

—Porque el gobierno no se mete todavía con los peces. Pero usted verá como al fin se lo vende a algún *musié* y se queda mi compadre pescando sabandijas...

—Y yo, ¿qué puedo hacer compadre?

—¿Y usted me lo pregunta? Ya se está peleando en Santiago. Metámonos en la revolución. Pronuncie-mos a Blanco y, lo menos, lo menos que usted saca es la Jefatura Comunal.

—Compadre yo, ya que no puedo hacer otra cosa, me reservo para después del triunfo. Usted conoce mis principios: "a Dios rogando y con el mazo dando". He aprendido a leer y escribir, y vivo honorablemente de mi trabajo. No corro detrás de las cosas como hice en mi juventud. Me siento tranquilamente en el camino por donde tienen que pasar y, cuando están a mi alcance, les salto encima y las empuño por el cocote. Mire, compadre, Las cosas corren más que un tren de ferrocarril, y si usted las persigue, a poco rato lo dejan con la lengua afuera, y ellos en el confín del horizonte.

—De manera, compadre, que usted no entra...

—contestó Pancho.

—No compadre. Me reservan para después del triunfo, si me creen útil.

Pancho no insistió. Regresaron a la aldea, terminada la pesca, y en la noche, acompañado de treinta individuos, el revolucionario pronunció el lugar en favor de su partido.

Inmediatamente reclutó algunos más, y marchó sobre Bajabonico. Se apoderó de la población y en seguida atacó a Altamira, donde el combate fué más reñido y le quebraron una pierna de un balazo.

La revolución había estallado también por el Este.

En Sosúa había un fuerte destacamento de insurgentes y, como la bola de nieve, ambas fuerzas marcharon sobre la ciudad de Puerto Plata engrosándose de manera que cuando llegaron eran ya un poderoso ejército al cual se rindió la guarnición.

Pancho, entre tanto, había sido conducido a Blanco, donde se curaba lentamente, sin médico y con pocas medicinas. En su lecho supo todas las noticias de la guerra, del triunfo de los suyos, de la constitución del nuevo Gobierno, y cuando se trató de nombrar Jefe Comunal en propiedad de Blanco, todavía sólo podía andar apoyado en una muleta en su aposento.

El Gobierno pidió entonces informes sobre candidatos y todos estuvieron contestes en que Jerónimo era el hombre, y en su favor fué expedido el nombramiento.

Una tarde estaba Pancho sentado a la puerta de su casa, contemplando la plaza de un verde suave que reposaba los ojos, cubierta de cabras, vacas y cerdos que pastaban tranquilamente, mientras por el lado del monte, en el camino que llega a Bajabonico, aparecían de tarde en tarde aldeanas que venían de la laguna con una lata o una damesana de agua en la cabeza, cuando llegó Jerónimo a visitarlo.

—¿Cómo le va, compadre?— preguntó.

—Aquí, cada vez más convencido de la verdad que usted me dijo en la yola. No vuelvo a correr más nunca. Y no porque esté cojo, sino porque creo que más se alcanza cuando uno sabe donde debe sentarse.



¡PA' LA CAISE!

No ha mucho se encontraban en el café *El Túnel*, de Puerto Plata, algunos jóvenes tertuliano en la galería, gozando del fresco terral que soplababa y de la poesía del paisaje formado por el jardín bellísimo del parque, en el cual hacía maravillas la potente luz de las lámparas Kitson deshaciéndose como rayos de sol sobre los chorros de agua atomizada de las fuentes, el enorme ramaje de los laureles, y los rosales en flor que parecían el alma de la juventud femenina: piras de rosado tinte como el amor ferviente y entusiasta; lampos de alba nieve como esas conciencias impolutas; ramilletes amarillos, color de la decepción y el desengaño que aniquilan en flor los corazones.

Hablaban los mozos de amor, de fiestas, de las manifestaciones de la vida inquieta y vivaracha de la juventud, cuando uno de ellos ladeó la charla hacia la mal llamada política, y se habló de las últimas prisiones, discutiendo unos en pro y otros en contra de su justicia.

Como siempre, la tertulia se hizo anecdótica. Cada uno refirió un caso afirmador de la opinión que sustentaba.

—Pues yo —dijo Luis, un joven moreno, de grandes ojos oscuros y bigote más negro que el café tostado— voy a referirles un caso auténtico que presencié en Santiago.. Había un joven de la honorable familia Pujol, el cual tenía la costumbre de restregarse las



manos con frecuencia. Un día las tropas del Gobierno fueron derrotadas en Puñal, y el Gobernador, apenas amaneció, salió a la calle. En la acera de enfrente vió a Pujol restregándose las manos, y al instante supuso que el joven conocía la noticia y la estaba celebrando con ese movimiento. Se devolvió a la Gobernación, y dirigiéndose al Comisario de Policía, le dijo:

—¡Mándeme a meter en la cárcel a ese conspirador de Pujoll

La orden fué trasmitida a dos agentes, y cinco minutos después la víctima sentía dos bocas de carabina en las espaldas, mientras una voz aguardentosa le gritaba:

—*¡Pa la caise!*

Entonces Eudoro, un joven de la Capital, que oía a Luis, dijo:

—Eso es poca cosa, en comparación a lo que sucedió en la ciudad. El Gobierno esperaba de Europa una suma, de un cuantioso empréstito. El dinero no venía y eso daba lugar a muchísimas conversaciones.

Una tarde se paseaba el Gobernador por una calle del barrio cuando oyó a un honrado artesano que cantaba el estribillo de una danza a la moda:

Y dicen que viene y no viene ná.....

El Gobernador se enfureció, llamó a un policía y mandando a la cárcel al artesano, le increpó:

—Conque no viene ná, ¿eh?

—Yo que sé. Eso lo dice la danza.

—¿Danza? ¡Buena la vas tú a tener en el Homenaje, para que te metas en asuntos de Estado!...

Pues eso no es nada —dijo Alberto— El uno pa-

deció por *restregarse las manos*, el otro por *cantar*. Ya eso es algo. Yo conozco otro que fué a la cárcel por *mirar*.

—Eso es imposible —contestó Luis.

—Cuéntalo —replicó el capitaleño.

El interpelado refirió entonces:

Aquí, en Puerto Plata, había un Gobernador algo amigo de Venus. Tenía queridas cuantas podía, y una vez logró la fortuna de encandilar a una mujer de buena familia.

Un noche, a eso de las nueve, quiso entrar a verla. Pero frente a la casa vivía un barbero, y el artista en pelos estaba a la puerta, mirándola fijamente.

El Gobernador siguió de largo, murmurando pestes y maldiciones, y volvió una hora más tarde. Pero el empecatado barbero, que sospechaba algo, estaba todavía en la puerta, clavado ahí como un poste de farol.

Cinco minutos después vinieron dos agentes de policía, y apuntándole al barbero con las armas, le gritaron:

—¡Pa la caise!

Quince días estuvo en el Cubo el infeliz barbero, y cuando le pusieron en libertad se dirigió a la Gobernación a inquirir la causa de habersele recluso.

—Le doy las gracias, señor Gobernador, por haberme puesto en libertad; pero quisiera saber el motivo de la prisión, para no volver a incurrir en él.

Tardó en contestarle el Gobernador; pero al fin, levantando la cabeza, con aire de Júpiter tonante, le gritó:

—*Por mirón, por mirón y por mirón!!*

Ya iban a retirarse los jóvenes, después de haber comentado la última anécdota carceril, cuando un grupo

de policías salidos de la Gobernación contigua, les rodeó, gritándoles:

—*¡Pa la caise, pa la caise! ¡No se premite conta cuento!*



LA POLITICA NO TIENE ENTRAÑAS

Por instinto era maquiavélico el general Leoncio. No había leído *El Príncipe*, ni cosa parecida; porque desde que se emancipó de la férula del maestrescuela no se fijaba en otra escritura que su correspondencia disoluta y una parte de la que sostenía su secretario con los amigos de la causa; pero su alma era un muladar de pasiones mal aconsejadas que le tenían el corazón vacío y estéril y le llevaban de la mano a hartarlas por vías de perdición. “La política no tiene entrañas” —decía sacando a relucir todo el mobiliario de su cabeza— y se lanzaba a inmoralidades e inconsecuencias inauditas. Todo por él y para él. Patria...convicciones... amigos... progreso... a su entender nada eran; cuando más, medios de llegar a su fin que era mandar siempre, tener mucho dinero, corromper muchas mujeres. Después de cada iniquidad, con repetir su estribillo se creía justificado. Y lo que son las cosas... Esto era muy repugnante; pero había en Puerto Plata grupos que celebraban las fechorías del cacique, pãncistas con el cerebro y el corazón en el estómago, que decían amén a todo, con tal de recoger algunos desperdicios de la orgía.

*

El pueblo comienza por insultar a la oposición honrada, llamando virtud la indiferencia; pero los buenos burgueses, si miran de reojo al que por independiente

amenaza su quietud, llegan hasta a exponer el pellejo cuando la autoridad se permite bromas con sus faltriqueras. Quien hiere a un conservador en el bolsillo le transforma en radical, y el general Leoncio se permitía hacerlo cuando estuvieron exhaustas las cajas del Estado. Y luego la añadidura de que no dejaba honra sana con la lengua o con los hechos. Principió a alborotarse la colmena, y la juventud encontró apoyo.

*

Cuando le hablaban de descontento popular el general Leoncio se enfurecía con los opositores. Si estaba de buen humor contaba el apólogo del buey, el águila y los mosquitos, que había aprendido para el caso. "Este era un buey —decía— que estaba en la sabana, muy tranquilo rumiando pajón. Una nube de mosquitos le cubría de arriba a abajo; pero él no se inquietaba: seguía rumia que rumia, sin dar un mugido. Un águila que andaba de caballero volante por esas tierras se acercó y le dijo: —Amigo buey, los mosquitos te tienen flaco: ¿quieres que los espante? —No— le contestó él—. Déjalos que ya esos están llenos y si vuelan los reemplazan los hambrientos." El pueblo es el buey —añadía el general Leoncio—. Está contento. Ese zumbido es de los mosquitos flacos.

*

El cielo encapotado, oscura la noche; por los patios y galerías de la casa del gobernador trajinaban los esbirros; recibían órdenes secretas y partían. Al pasar, los rayos de luz escapados por las puertas hacían brillar las armas como ojos de tigre en las tinieblas.

Hacia el fondo de la casa, en retirado aposento, arrodillada ante sagradas imágenes, oraba la esposa del tirano: "Dios omnipotente, Virgen misericordiosa, trae-me a mi hijo. He oído palabras de muerte, lazos tendidos a esa pobre juventud patriota. Mi hijo es joven y bueno como ellos. ¿Por qué tarda?... Dios omnipotente, Virgen misericordiosa, trae-me a mi hijo. Esta es noche de peligros y de duelo. Que mi hijo no esté en nada. Que se salven todos; que se salve mi hijo!".

*

Suena la media noche. Rayos como espadas de fuego atraviesan las pavorosas tinieblas. Présagos cólericos de la arrebatada tempestad pintan con la palidez de la muerte lo que va a ser objeto de sus iras.

El furor de los elementos se desencadena con estrépito horroroso; pero le asorda y domina el furor de los hombres apasionados. Las descargas rasgan la oscuridad alumbrando el exterminio; estallan los bronce vomitando metralla asoladora, y el agua del cielo se enrojece con la lluvia de sangre de los patriotas generosos, víctimas del engaño. El general Leoncio preside la matanza. La destrucción le excita. Como un genio satánico, a medida que diezma las filas de imberbes crece su ansia de matar.

—Ahí traen un prisionero— le dicen.

—¡Que no se haga prisioneros! —contesta—. ¡Que lo acaben!

Y se oyó el ¡cha! ¡cha! de las bayonetas al enterrarse en el cuerpo de aquel joven.

Acabado el degüello, avanza el general Leoncio y da un grito de desesperación cuando un relámpago le permite ver el rostro del bayoneteado.

Amanece. Todavía sólo entra por las ventanas luz muy tenue de la aurora. La sangre que empapa las calles se confunde todavía con el oscuro apisonado. En la alcoba de la esposa del tirano, sobre las blancas telas del lecho, yace agujereado, con encajes de sangre las heridas, el cadáver del hijo, que alumbran cuatro cirios. La madre arrodillada, con un brazo bajo el cuello del adolescente, apoya sus labios sobre la fría boca del muerto, como si quisiera inyectarle nueva vida. Lívida, como el cadáver, no llora, no se queja, no articula una palabra.

Entró el general Leoncio y se quedó inmóvil, contemplando su obra filicida. Sintió horror, y quiso retirarse; pero la madre, volviéndose a él y señalándole el muerto, le dijo:

—Míralo. Tenías razón: “La política no tiene entrañas”.

LAS MUJERES POLITICAS

El mundo estaba malo.

Los hombres le hacían a la Divinidad cada perrada que temblaba la tierra. Ya se metían a filibusteros, ya a piratas, ya a contrabandistas; y los pocos indios que quedaban en la Isla estaban dados al diablo, porque indias...ni esperanza! Todas eran para los españoles.

El Padre Las Casas y otros buenos frailes, como representantes del Poder divino, tronaban desde el púlpito contra esas herejías y recomendaban una práctica más cristiana; pero todo era inútil: la plebe de Europa y el salvajismo de Africa seguían haciendo tremendidades en esta Isla.

Un día hicieron una atrocidad en La Vega, y Dios bajó a la sabana, miró con ojos encendidos como fulgurantes soles a los pobladores impíos, y lanzó una maldición:

—¡Qué se hunda la ciudad y quede cubierta por el fangol

Y se oscureció el cielo y la tierra se desquició de sus cimientos y toda la ciudad desapareció con estrépito quedando en su lugar una laguna cenagosa.

Pero los del resto de la Isla no escarmentaron ante esa hecatombe realizada por la cólera divina. Siguieron pecando y el Señor castigando: ya es una plaga de hormigas que obliga a abandonar la Capital y trasladarla a la margen derecha del río; ya un terremoto hunde a Azua, ya otro se traga a Santiago, hasta que el Señor



que no castiga por placer, sino para provocar la enmienda, se dijo:

Estos dominicanos son unos infieles tremendos, en quienes no hacen mella las grandes catástrofes. ¿Con qué les castigaré de manera que lo sientan?

Pensó un rato, y luego, dirigiéndose a un gran arcón que cerca tenía, empezó a sacar puñados de polvo y a arrojarlos sobre la Isla.

—¡Ahí tienen, por desordenadores! ¡Ahí tienen, por fraticidas! ¡Ahí tienen, por impíos! ¡Allá les va la mujer política!

Y desde entonces los más grandes pecadores, los infieles más tenaces tienen un cáncer que les roe las entrañas, en vez de tener hogar, porque la dulce y suave esposa, la tierna e inocente hija, la hermana cariñosa y buena, se les han convertido en arpías políticas, en soldados con faldas que no disparan carabinas; pero echan maldiciones, y con la faz congestionada por el odio desean la muerte a todo aquel que no sea partidario de un hombre que no es el marido, ni el padre ni el hermano de ellas.

EL GENERAL FICO

Venía cabizbajo de Las Escaleretas a la Palma, siguiendo a lo largo del camino en su caballo rucio avisado, al que soltó las riendas sobre el cuello, por lo que el rocín iba paso entre paso, imprimiendo al jinete un movimiento oscilatorio que le inclinaba tan pronto a uno como a otro lado de la bestia.

El jinete era feo. Las piernas encorvadas por el hábito de montar a caballo, encajaban sobre el cuerpo del animal circunvalándolo como una cincha, y estaban envainadas en sendos pantalones, anchos y sobre-cortos, que dejaban en descubierto cuatro dedos de jarrete musculoso y peludo; y después unas medias de a real, caídas sobre los *zapatos de orejas* salpicados de lodo, con enormes espuelas de cobre bien aseguradas, rechonchos y sin lustre, fundas de los enormes piés que no se calzaban sino los domingos y fiestas de guardar. El tronco era robusto, cuadrado, ordinariote, terrible con su chaquetita corta y mal traída, de gusto y hechura rural, huyéndole a la pretina de los calzones, a dos dedos de ella, con anchos bolsillos donde guardaba el descomunal cachimbo de tapa y la vejiga de toro henchida de picado andullo, y dejando ver los pliegues de la camisa listada y la ancha correa de que pendían el sable truculento, el cuchillo *Colin* de luciente y afilada hoja, y su revólver de *Mitigüeso*, que así lo llamaba. Y como coronamiento de aquel sagitario tremebundo, de aquel ecuestre Hércules pigmeo, una cabeza sobre cuello apoplético, con la faz cetrina teniendo por frente una pulgada de surcos ru-



gosos entre el cabello apretado y las alborotadas cejas, tras las cuales brillaban, emboscados como salteadores, dos ojillos negros de expresión felina, entrecerrados ahora, mirando paralelamente a la nariz de forma cónica, rematada en trompa y como queriendo zamparse en la espaciosa boca de labios gordos y negruzcos, que se abría hasta cerca del remate de las quijadas como agallas de tiburón que, con los pómulos salientes, le cuadraban la cara. De ésta, a manera de velamen, se destacaban una chiva larga y puntiaguda, y dos orejas espantadizas, desconfiadas, adelatándose en acecho para oír mejor. Y por sobre todo ese conjunto abigarrado y monstruoso un breñal de cabellera amoldada al sombrero y al pañuelo que llevaba atado, y afectando las formas de un paraguas o de un hongo.

Era el General Fico, cacique el más temido en los alrededores. Machetero brutal y alevoso, holgazán consuetudinario que vivía cobrando el barato de todo en toda la comarca.

De súbito se irguió como por resorte, arrendó el caballo, y en todo su ser se reflejó una expresión de fuerza bruta irritada, de tigre hambriento que olfatea la presa y se alista a caer de un brinco sobre ella. Aguzó el oído, y creció la ferocidad innata de su gesto, avivada por la pasión; sus ojos despedían relámpagos, y sus músculos se marcaban con brusquedad sobre la piel, como las venas hinchadas de sangre. Se apeó del caballo, sacó su revólver y se lanzó con paso cauteloso hacia la selva por entre la cual iba el camino. Cinco minutos hacía que andaba así, escudriñando por entre el claro de los troncos y las malezas, cuando vociferó una interjección de rabia, y se quedó parado entre dos ceibas de alto y grueso tronco.

—Ei diablo me yebe. ¡Bien sabía yo que era beidá! Y me oyén eso do sinseibires, bagamundo je ofisio, y se han laigao! ¡Si yo cojo ese güele fieta y a esa arratrá!...

Aquí se contuvo, y volvió a examinar los árboles.

—No hay dúa —continuó—. La señai no manca. Aquí taba ei picando ei palo con su cuchiyó, sin atrebeise a miraila y eya detrás de lotro palo con lo sojo bajo, ei calabazo de agua en ei suelo y jasiendo un agujero en la tierra con ei deo grande dei pié. Eso jueron lo goipe que oí. Pero ai freí será ei reí. No ar plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Y regresó mascullando tacos y maldiciones al camino, donde volvió a enhorquetarse sobre su caballo, y siguió marcha a la casa del *bale* Pedro, que se veía sobre un cerrito a distancia de un cuarto de milla, contrastando su techo pajizo y su maderamen de tablas de palma con el verde panorama, ondulado de colinas y vallejuelos, que la rodeaba.

Ya no iba cabizbajo. El pensamiento airado no se refleja mansamente en la fisonomía: es el resplandor de un incendio que caldea el rostro y se propaga al ademán. Entre uno y otro parpadeo flameaban sus ojillos como brasas sopladas, y se aventaban sus narices a compás de las crispaduras de sus puños. De cuando en cuando espoleaba maquinalmente el rucio, que en la primera arrancada hacía traquetear el sable encabado, golpeándolo sobre un costado de la silla. Torció a la izquierda y ganó la vereda que conducía a casa del vale Pedro.

Ideas salvajes de deseos, venganza y exterminio azotaban el pequeño cerebro del General Fico. Estaba locamente enamorado de Rosa, hija del vale Pedro, la más linda campesina de los alrededores; pero la muchacha se resistía a corresponder esa ferviente pasión car-

nal de groseras manifestaciones, y desechaba las oportunidades de encontrarse con el fauno que no le perdía pies ni pisadas, en su empeño de conquistarla a todo trance. El había perdido la tranquilidad de bestia saciada con los nuevos apetitos que le agujoneaban. Su pobre mujer y sus chiquitines andaban ahora temblando cuando él estaba en casa, porque se quedaba horas y más horas meciéndose en la hamaca, con el gesto áspero de mastín en guardia, echando pestes como si para eso y para hartarse solamente tuviera la boca: cuando no les llovía una granizada de puntapiés y garrotazos sin motivo alguno. Recordaba en este momento las facciones de Rosa, dulces como una sonrisa; su lozanía robusta y graciosa, que parecía que iba a estallar como la concha de una granada y a avivar el sonrosado de las mejillas; sus ojos negros de miradas acariciadoras, su pelo reluciente, que de tan negro de tornasolaba, y aquel cuerpo de ondas firmes, acopio virgen de bellezas tentadoras...

Y que un patiporsuelo que iba a las fiestas sin chaqueta le disputara la posesión de ese tesoro, a él, al primer varón de Los Ranchos, al que hacía temblar a hombres y a mujeres y con su nombre se acallaba a los pequeñuelos traviesos... a él, que disponía de todo, que cobraba primicias así de las labranzas como de las muchachas casaderas!... ¡No, no podía ser! Aquello acabaría mal, si esos tercios no entraban en razón. Porque no le cabía duda: las negativas empecatadas de Rosa provenían de que andaba en teje-menejes con ese perdido de Julián, a quien tenía que meter en cintura haciéndole sentir todo el peso de su autoridad. Había visto sus cuchicheos en la fiesta del domingo anterior, y aún recordaba que Rosa se puso como una amapola

cuando Julián, con el güiro en la mano, entonó unas décimas cuyo pié forzado era:

La mujei que te parió
puede desir en beidá
que tiene rosa en su casa
sin tenei mata sembrá.

Y ella también estaba esa noche más adornada que de costumbre: estrenaba un trajecito blanco con chambra y falda de arandelas; una mantilla rosada, y un ramito de clavellinas matizadas en el pelo ¡Qué muchacha! Olía a gloria y era de chuparse los dedos. Pero urgía proceder de firme y rápidamente, porque la cosa iba de largo: acababa de ver la señal de que hablaban en el monte, saliendo ella con pretexto de ir por agua al río. Y para ganar tiempo resolvía ponerlo en conocimiento del vale Pedro, cosa de que espantara a Julián y vigilara a Rosa, en lo que él ideaba algo que le asegurara la posesión de la muchacha.

Al desembocar a un recodo de la vereda se encontró con aquella.

—Bueno día le dé Dio— le dijo Rosa toda asustada. Llevaba su calabazo de agua pendiente, por el agujero, del índice encorvado. Efectivamente había estado conversando en el monte con Julián, tranquilizándole de sus celos de Fico, cuando oyeron los pasos de éste. Se le había adelantado, y la turbó encontrarse con él toda sudorosa, jadeante, temiendo que sospechara algo al verle los colores encandilados y el traje lleno de caddillo.

—Bueno día— le contestó Fico acentuando mucho las sílabas; y luego añadió:

—¿Qué jeso? ¿Hay alguna laguna en ei monte, que no ba ja bucai agua po la berea?

—No, jue que...

—Si, ya se lo que e. Agora memo iba a desíselo a tu taita, poique ésa no son cosa de donseya honeta. Qué poibení te quea co nese arrancao que no tiene conuco y anda de fieta en juego y de juego en fieta. Poique yo sor claro: de dai un mai paso se da con quien deje: con hombre que sean batante pa yebai qué comé y qué betí.

—Pero, generai si yo con nenguno...tartamudeó Rosa.

—No me digaj na que yo lo sé to. Y como tengo que mirai poi tojutede, si no acaban eso, bor a jasei que recluten pa soidao a Julián.

—¡Binge santa! ¿qué dise uté, generai? A soidao.... ¿Y poique? ¿Qué ha jecho ese bendito? Poi Dio...Déjelo quieto...

Y te atrebej a interesaita por ei alante mí Un bagamundo que no tiene má sembrao que tre sepe plátano? Cuaiquiea te coje jata tirria. Mira: si diaquí a trej día no sé con seguridá que lo haj dejao, ba pal pueblo. Hor é lune, Ei sábado, o me aj dicho que si o buela éi co nala de cabuya, camino e Pueito Plata.

La pobre Rosa de deshizo en lágrimas y ruegos: que no lo persiguiera; que se habían visto por casualidad, y ella no podía ponerle mala cara a ese cristiano que se había criado junto con ella; que qué mal le habían hecho ellos para que los tratara como a jíbaros.....

Pero no alcanzaba nada. Fico al fin la dejó plantada en medio de la trilla, recordándole al volverse su amenaza: Soy o nó autoridad? se preguntaba él. Vamos,

Fico, ¿para qué te ha entregado el mando el Gobierno? ¡No faltaba más: perderle así el respeto!

*

El sábado siguiente, muy de mañanita, iba el pobre Julián entre cuatro cívicos, atados los brazos a la espalda, guiado como un marrano a la Fortaleza de Puerto Plata, donde lo meterían en el siniestro Cubo con los criminales más atroces, para luego salir a montar la guardia y quedar condenado a envejecer bajo un fusil.

En aquella mañana tan hermosa comenzaban sus amarguras. Mientras él ahogaba los sollozos de dolor y rabia, la naturaleza saludaba la dicha de vivir con la alegría de sus cantos aurorales. El inmenso azul se teñía de franjas purpurinas que asomaban como cabellera hirsuta por la cima de los montes negruzcos que se veían al Oriente, despertándolo todo; levantóse una brisita fresca y reposada, mensajera del perfume de la selva; cantando al pasar por entre las añosas ramas, e inclinándose a susurrar secretos a los inmensos pastos de yerba de guinea, esmaltados de rocío, que se inclinaban para oírla. El gorjeo de los ruiseñores se unía a los tiernos arrullos de la paloma, y al suave murmurar del Bajabonico; cantaban los gallos, sultanes de su harem y las vacas con la ubre repleta, mujían tristemente llamando a sus becerros. Y el hombre también comenzaba su labor: hendiendo las nieblas que se disipaban, subían alegres de las rústicas cocinas densas columnas de humo como matinal incienso al Dios que hizo del amor el génesis y el impulso de la vida.

Y el infeliz Julián, aquel mozo robusto como una ceiba, de mirada enérgica y facciones agradables, aquel

pobre muchacho, bueno y fuerte, amante y laborioso, veía todo eso con los ojos húmedos, y le parecía imposible que a su edad y entre esas lomas, bordes del inmenso tazón de suelo fértil en que había vivido, pudiera el dolor arrancarle lágrimas. Ni se fijaba en los sombríos verdes y olorosos, en los ganados relucientes y gordos que retozaban a distancia, ni en los bohíos encaramados como cabras en lo alto de las colinas y picachos. Solamente cuando pasó frente a casa de Rosa salió del atontamiento en que su repentina desgracia le tenía sumido. Perderla?... ¿y por qué? Por el capricho de un asno satiriaco y omnipotente. ¿Cómo sería posible? Aquel trozo de alma, aquella hermosura como flor silvestre que se iba derechamente a él para que la recibiera en sus brazos y la trasplantara a su corazón, no había de ser suya? ¿Por qué andaban las cosas tan destartaladas en el mundo? ¿Por qué el Gobierno escogía para representar la autoridad a un truhán como el general Fico? ¿Acaso no había buenos hombres en los Ranchos? Ah! pero los del campo son el ganado humano: les ponen un mayoral, mejor cuanto más malo, para que arree la manada a votar por el candidato oficial, o a tomar las armas y batirse sin saber por qué ni para qué. Nada de prédica, nada de escuelas, nada de caminos, nada de policía. Opresión brutal. Garrote y fandango: corromperlos, pegarles y sacarlos a bailar. Y en cambio de eso, que el mayoral haga lo demás. Que estupre, robe, exaccione, mate... con tal que el día de guerra o de elecciones traiga su gente.

Todo eso le trasteaba confusamente la cabeza a Julián: creía tener derecho a rebelarse contra tamaña iniquidad. ¿Eso era Gobierno?... ¿Si un toro furioso le embestía en el camino, no se defendería? ¿Y qué toro

se igualaba al general Fico?...

Luego pensó en su madre, en la pobre viejecita que estaría a estas horas hecha un río de lágrimas, sin amparo, sin auxilio, quizá maltratada por ese malacasta... Estiró los brazos como para quebrar las cuerdas, y tomó tal impulso que derribó a los dos que lo sujetaban; pero los otros lo dejaron sin sentido a culatazos, llevándole luego bien seguro y casi a rastras hasta la población.

*

Pasó una semana más sin que Fico se dejara ver por los alrededores de la casa de Rosa; pero a los ocho días la esperó a la vera del río, y cuando ella asomó pálida y ojerosa, pintado su dolor en el semblante, le preguntó que cual era su resolución. Y ella volvió a deshacerse en ruegos y protestas: que sacara a Julián de soldado porque no había nada entre los dos; que si estaba desesperada era por la idea de que ella fuese la causa de la desgracia de un prójimo: fuera de ahí nada. En cuanto a *lo otro* no, no insistiera, porque primero moriría que tener frutos que no fueran de bendición.

El la contemplaba extasiado. Arroábale su hermosura, ora grave de mater dolorosa, con la delgadez semitransparente arrebolada de ideales, y se arrodilló, suplicante a su vez, implorando un jirón de amor, por el que le ofrecía su poder omnímodo, su brazo omnipotente, su voluntad que dominaba las otras desde Tiburcio hasta Las Hojas Anchas, desde el mar hasta La Cumbre. Satanás enamorado debe tener la hermosura siniestra y tenebrosa que la fiebre del amor creó en Fico. Arrebatado por su pasión vehemente, como que tenía fuertes asideros en la carne, tomó una de las ma-

nos de Rosa, y estampó en ella besos de fuego, que resonaron en la soledad confundándose con el bullicio argentino de la corriente.

—Jesús —gritó Rosa,— retirando con violencia la mano y haciendo un gesto de asco y de desprecio. Miró a todos lados buscando un salvador, pero allí, fuera del monstruo, sólo había pájaros y peces. Entonces echó a correr por el repecho de la hoya, hasta que salió al camino. El se quedó mirándola con los brazos cruzados, torvos los ojos, meciendo la cabeza sobre su cuello toruno. Estaba sentenciada. La miseria y el dolor, como círculo de fuego, no tardarían en rendirla.

No transcurrió mucho sin que se esparcieran rumores funestos en toda la comarca que riega el Bajabonico. Rosa y el vale Pedro comenzaron a notar aislamiento, vacío en torno de ellos. Se pasaban los días sin que a su puerta se oyera el ¡Alabado sea Dios! o el ¡Dios sea en esta casa! de una visita. Rosa decía a veces con una sonrisa de enfermo que se le estaba olvidando ya el contestar ¡por siempre! Sospechaba el manejo oculto. Bien se le alcanzaba que todo era obra de Fico, quien los había señalado como objeto de su prevención y de su tirria, espantando a los atemorizados vecinos, que ninguna clase de solidaridad querrían con los amenazados por el tiranuelo. Así había excomulgado a muchos. Pero Rosa tranquilizaba a su padre achacándole a lo afanados que andaban en todas las casas con la madurez de la cosecha.

No sabía nada de Julián, lo que la traía desasosegada e inquieta. A veces se iba al monte para escapar a las miradas de su anciano padre, y allí daba rienda suelta a su llanto. Traía a la memoria las horas de dicha en que bajo los mismos árboles relamía a hurta-

dillas con la vista la varonil hermosura de su novio; y ahora se encontraba sola: el quién sabe cómo; ella bajada y perseguida por el enemigo de su recato, que tal vez a cuáles extremos la conduciría.

*

Una tarde, al regresar del cercano monte, la encontró siña Nicolasa, y con misteriosos ademanes le indicó que quería hablarle de algo reservado, y la llevó tras una mata de bambú muy ahijada, como enorme mazo de plumas gigantescas.

Allí le contó que había sabido lo que el general Fico quería contra ellos, pues lo oyó hablando a la vera del camino con tres de sus hombres, mientras ella recogía leña en el monte.

Su plan era reclutar para soldado al vale Pedro; y cuando Rosa quedara sola, acabar poco a poco con cuanto tenían, mientras el viejo se pudriera haciendo guardias; hoy una vaca, mañana un caballo, después otra bestia... así irían llevándose todo, hasta dejarlos en la inopia y los tres bribones se encargarían de vender a medias en otra parte lo robado.

Rosa, aunque no le sorprendió la noticia, pues ya lo venía temiendo, se aterró: Julián era mozo y podía esperar a que las cosas cambiaran; pero su pobre taita, viejecito que ya miraba al suelo, se le iba a morir en el servicio. Le debía más que la vida, que cualquiera la dá; le debía una consagración idólatra, con ternuras y delicadezas femeniles; había sido para ella, desde el mes de nacida, padre y madre al mismo tiempo: casi ni la había dejado ocasión de notar la falta de la que la echó al mundo. Y ahora que estaba en sus manos el salvarlo, ¿no lo haría? ¡Pero, qué sacrificio era neces-

rió! Entregar su virginidad como flor a un verraco. Encenegarse con aquella fiera, y renunciar a la realidad de sus sueños, a la vida de amor idílico con Julián, que ya consideraba como cosa hecha. Desprenderse de la riqueza, de los goces materiales, es durísimo trance; pero deshacerse de un ideal, arrancarlo después que sus raíces profundizaron en el corazón, es la muerte del alma: sigue existiendo el cuerpo, pero no vive: las piedras crecen también.

Y no daba espera la maldad del general Fico. A la mañana siguiente iba a empezar la ejecución de sus planes tenebrosos. Esa noche el vale Pedro notó la aflicción de su hija, y quiso averiguar la causa: ella estuvo tentada a confesárselo todo; pero previó la amargura del buen viejo: y quien sabe si su rectitud en materia de honra pudiera llevarlo hasta a un combate en que de seguro moriría... y quiso economizarle esos dolores: sonrió forzosamente y dijo que estaba indispuesta... poca cosa...

¡Qué noche! ¡Cuánto ir y venir con la imaginación, buscando una salida para todos! Pero no había otro remedio: para salvar a los demás precisaba que ella quedara en prenda.

Cuando asomaron los claros del día, ya su resolución era firme: se sacrificaba entregándose a aquel hombre implacable que le causaba horror. Coló el café y salió luego con dos calabazos, más que por buscar agua para aguardar a Fico en el camino y tratar accediendo a sus infamias.

No esperó mucho. Desde lejos lo vió venir cabalgando en su rucio, y rodeado de sus cuatro hombres, los brazos de sus maldades, que venían a llevarse al vale Pedro. Le llamó aparte, y la horrible transacción quedó



consumada. Ella estaría a media noche en la puerta tranquera, y él perdonaba al vale Pedro.

Oíase el segundo canto de los gallos cuando Rosa se deslizó como una sombra y se detuvo en la tranquera, donde se recostó casi desvanecida. Otra sombra avanzó entonces y empezó a hablarle en voz baja; pero cuando se disponía a saltar las varas, sonó una interjección seguida del relampagueo de un cuchillo que se hundió en las entrañas del general Fico, para salir goteando sangre al caer el cuerpo de este bandido.

El matador era Julián. Se había escapado de la Fortaleza, y venía a ver a Rosa para ocultarse en cuanto amaneciera, cuando reconoció en las tinieblas a Fico que entraba en la vereda. Lo siguió andando por el monte sin perderlo de vista, luchando entre los celos y el temor de alguna nueva infamia y, resuelto a saberlo todo, se apostó en acecho cuando Fico se detuvo frente a la tranquera del vale Pedro.

Rosa, defendiéndose de las acusaciones que su amante, tentado de matarla, le imputaba, refirióle lo acontecido; y cuando el vale Pedro salió a las voces, tuvo que convenir en que era necesario escapar esa misma noche. Recogieron algunas bestias, y cargando con cuanto les fué posible, se encaminaron hacia los cortes de Jamao, refugio inviolable, saldo de cuentas de los que tienen alguna que arreglar con la justicia.

En La Palma, cuidando la propiedad del vale Pedro mientras la vendían, quedó la madre de Julián, aguardando a que su hijo viniera una noche a buscarla.

En cuanto al general Fico, hasta el Gobierno abandonó su causa cuando dió las espaldas a este mundo, y al cabo de un mes nadie se acordaba de él sino para bendecir al que libró la comarca de tan perniciosa ali-maña.



MORALIDAD SOCIAL

Entré a casa con la dignidad de la dicha orgullosa. Todas mis aspiraciones quedaban satisfechas. No tan solo tendría dinero, mucho dinero ganado honrosamente, para todas mis necesidades, sino que ese dinero era una prueba de la confianza que inspiraba a la patria mi honradez nunca desmentida. Acababan de nombrarme Interventor de Aduana, sin que yo hiciera, por obtener ese empleo, más diligencia que aceptarlo.

Nada dije a mi familia. Quería un poco de comedia, sana y poética: esperar hasta el día siguiente para que cuando mi mujer me preguntara, con su dulce voz de contralto:

—¿Dónde vas tan temprano?

Responderle yo en tono de bajo profundo:

—¡A la ofiiciina! ¡ A la aduaanaaaa!!!

Y ahí las explicaciones, y la cara de Pascua Florida que pondría ella, y sus risas y sus lágrimas de purísima alegría, mientras el entendimiento dividíasele entre mí y el ejército de necesidades urgentes que había que satisfacer para ella y todos los de la casa.

Pero el elemento oficial me lo echó a perder todo.

De pronto empezaron a entrar en casa todos los amigos, todos los conocidos, todos los comerciantes, todos los aspirantes, todos los pobretes, todos los pedigüños, haciéndome madrigales al revés: la felicitación delante y en las ancas el *fajazo*.

Mi mujer acechando tras la celosía del aposento,

se enteró, y en un paréntesis de visitas salióme al encuentro, entre alegre y enfadada:

—¡Ola!— me dijo ¿Conque eso te tenías guardado?

—Es que no estaba seguro— contesté por disculparme.

—¿No estabas seguro? De lo que no estás seguro es de tu programa. De cierto que estás pensando en continuar con la tontería de siempre: honradez, honradez, y quedar como un pícaro, sin poder pagarle a los acreedores, mientras los ladrones de marca son apreciados por la sociedad, porque le roban a uno solo y a todos los demás les pagan religiosamente.

—Ay, ¡Julieta de mi vida! —le respondí—. No me acibares la dicha. Mi deber...

—Sí, a eso te condenas y nos condenas toda la vida: a deber y no pagar sino lo que nos quitamos de la boca!

Mi madre, mi santa madre, tan honrada toda la vida, se enteró también de mi nombramiento y vino a felicitarme.

—Aprovéchate, hijo, —exclamó con la voz velada por el llanto— Aprovéchate. Dios presenta muy pocas ocasiones en la vida.

—Mamá, no tema usted. El sueldo...

—¡Qué sueldo, muchacho! El sueldo es nada en comparación...

—Ah, no. Ni un centavo más ni un centavo menos.

—Hijo —replicó mi madre con dolorosa angustia—. Hijo, que vas a volver a los días sin pan y a las noches sin luz. Piensa en el porvenir, piensa en tus hijos...

Aquello me desgarraba las entrañas. La esposa era

joven y tenía otra sangre en las venas. Pero mi madre, la matrona de honor vidrioso y extremado, el modelo de la ciudad, que tenía a punto de orgullo contarla entre sus vecinas, aconsejarme que me ensuciara las manos con los dineros del Estado... Al menos contaría yo con la aristocracia, con las honorabilidades de la ciudad que apoyarían mis propósitos caballerescos.

A poco rato llegó Don Sisenando, el más acaudalado de los comerciantes de Puerto Plata, célebre por el desprendimiento de haber donado tres camas para un hospital donde iban a parar centenares de clientes suyos arruinados, y me dijo:

—Don Alberto, la discreción antes que todo. Es preciso parecer más bien que ser. Con mi casa usted puede hacer todo género de negocios sin temor de que el público se entere. Deme la preferencia.

—Gracias, don Sisenando; pero no sería delicado que yo me dedicara al comercio siendo Interventor. Así es que aplazo para más tarde la aceptación de su oferta.

—Pero, don Alberto, si yo no le hablo de comercio, sino de los *negocitos naturales* que usted puede hacer en la Interventoría. Yo pagaría lujosamente la exclusiva.

—Don Sisenando, yo considero los *negocitos* como los hijos. No los quiero *naturales*. Los quiero *legítimos*.

Don Sisenando abrió como una O la boca, enarcó las cejas y manifestó tanto asombro como si se encontrara ante el ave Fénix. En seguida se marchó.

Yo pasé el resto del día en la más amarga de las mortificaciones. Todos los amigos que venían a verme me pedían algo y, más o menos veladamente, me aconsejaban que robara. Pero eso era poca cosa en comparación al efecto que me causaron la opinión de mi madre y la de mi esposa, de los dos seres llamados en todo el

mundo a aconsejar moralidad y honradez. Ellas también, ¡oh, bochorno!, me aconsejaron que metiera manos criminales en las arcas del Estado!

*

Pasaron meses. Unas veces cobraba mi sueldo, otras no alcanzaban los ingresos para ese detalle del presupuesto, y un día cambió la política y quedé cesante.

La fila de visitantes, u otra fila de igual longitud a la del día en que fui nombrado Interventor, se situó a la puerta de mi casa. Pero los individuos de aquella tenían o ponían cara alegre, como quien oculta un cañón tras un jardín, mientras que los de ésta traían el cañón a vanguardia. Caras hoscas, caras feroces, de cobradores sin piedad, me presentaban la cuenta y si no pagaba, como sucedía, hacían un gesto feo y algunas veces soltaban una palabra descompuesta.

Y yo no tenía la culpa. Mientras creyeron que robaba me metían los efectos hasta por los ojos, me atosigaban, me perseguían para que tomara a crédito. Como si yo fuera una muchacha bonita los vendedores se ponían celosos por cualquiera preferencia involuntaria que concediera a uno de ellos.

—Ah! usted le tomó a Tontico una docena de corbatas. A mí tiene que tomarme una docena de camisas de crea, que son excelentes. Voy a mandarlas a casa de usted.

Y ahora no había consideración, no había piedad. Pícaro, estafador, maula decían de mí todos aquellos a quienes no había aceptado ni el diez por ciento de lo que me rogaron que llevara.

¡Sea todo por Dios!

Mi mujer, que ha tenido la amorosa delicadeza de no hacerme reconvenciones después que he palpado la inmoralidad social, a la cual provoqué y desafié con la protesta muda de mi honradez, no ha podido contenerse hoy, y me dice:

—Mira, las Fulánez, las Mengánez, las Perencejo y las Sutanejo que vivían metidas aquí, que me cargaban los muchachos y les celebraban tanto las impertinencias, no me han pagado la última visita y viven ahora metidas en casa del último Interventor. Yo que llegué a creer que Conchita estaba enamorada de tí!...

Los vecinos no nos perdonan la más mínima infracción. Hasta se quejaron a la policía de que mis chicos arrojan cáscaras de guíneos a la calle.

Noté también la frialdad de todos los amigos. Gente que antes si me dolía una muela se aparecían con remedios y dentistas, que querían hasta quedarse a velar en casa por esa bobería, apenas se tocan el sombrero con la diestra para saludarme con la cara muy seria.

Y los mismos, ¡quién lo creyera! le sacuden el poivo, le dan palmaditas en el hombro y le hacen arrumacos y zalemas a Don Patricio, que se ha robado cien mil pesos en la Aduana.

Eso me llamó a reflexión y un día, después que conversamos en casa sobre el estado miserable de la moralidad social no pude menos que decir a mi mujer:

—Los mismos que lamentan tener una cabeza porque con el sombrero que la cubre tienen que saludarme, sienten no tener doce cabezas para saludar con doce sombreros a don Patricio, cada vez que lo encuentran en la calle.



LA POLITICA CIMARRONA

Juan Nepomuceno era campesino y vivía con su mujer en la sección de los *Domínguez*, en Puerto Plata.

Su estancia era una prueba de la laboriosidad de los padres de Juan, y una demostración de la haraganería del actual poseedor. Árboles frutales viejos había muchos. Los mangos, los caimitos, los nísperos, los aguacates abundaban; pero del platanal sólo se veían escuálidos ejemplares, y no se encontraban ni para remedio batatas, maíz, ahuyamas y víveres de cualquiera clase.

—Hombre, compadre —le decía su vecino Marte—. ¿Por qué no hace usted una *tumba* a la orilla del arroyo y la siembra de frijoles? Ahí se darían excelentes.

—Compadre... Usted no me conoce. Yo soy hombre justo y no le hago daño a quien no me provoca. ¿Qué perjuicio me han hecho esos palos para que yo les caiga a hachazos? ¿Qué la tierra y la yerba para que yo empuñe un machete o una azada y emplee mis fuerzas contra ellos?

—Pero, compadre, no veo entonces de dónde puede usted sacar el pan nuestro cotidiano.

—No se apure por eso, que días habrá flacos y malos; pero yo tengo mi hacienda. Para eso está la política. Cuando empuño el *brogó* y suben los míos, lo menos que pesco es una ración de un peso oro diario, y entonces ve usted a su comadre Toñica estrenando un túnico cada quince días.

—Y mientras tanto?

—Ah, unas van de cal y otras de arena. Los días malos abren el apetito para los buenos. Si uno se la pasara siempre rollizo y mantecoso, ¿cree usted, compadre, que habría valientes en la tierra? Eso se querrían los tiranos, para durar hasta el fin del mundo.

*

Juan Nepomuceno se mezclaba en todas las cuestiones suscitadas por el choque entre los intereses agrícolas y los pecuarios.

Si un cerdo se metía en el cercado de un amigo del héroe y le comía las batatas, y el dueño de ellas cogía un arma y acababa con la vida del invasor, Juan Nepomuceno se ponía de parte del agricultor, y era de oírlo razonando y gesticulando.

—La propiedad —gritaba— necesita garantías. Las batatas, los plátanos, la yuca no tienen patas. Se están quietecitos dentro del conuco. ¿Cómo es posible que en una zona agrícola, se deje en libertad a sus naturales enemigos los cerdos, para que acaben con una riqueza pública no agresiva? Nó. Que amarren los puercos, que son los que tienen patas!

En cambio, si el caso era contrario, es decir, si su amigo era el amo del puerco, entonces se desataba contra los vegetales.

—Miren —decía— que matar un pobre puerco porque, satisfaciendo una necesidad, se come unas tristes hojas de yerba. No hay respeto para el derecho de vida ¡Es preciso sostener el derecho de la inviolabilidad de la vida del cerdo! Es un ser viviente y hay que respetar su existencia. De lo que sucede a la supresión de la vida humana por simples hurtos no hay más que un

paso! ¡Viva la libertad! ¡Viva el derecho! como gritaba Napoleón, encaramado en las pirámides.

*

Pasaron meses, unos pocos, durante los cuales, Juan sufrió muchas miserias y formó una cuenta mas larga que un rosario en las pulperías del Camino real.

La misma Toñica, quien era la resignación en pasta, estaba ya furiosa.

—¿Qué hará esa gente?— se preguntaba a dúo el matrimonio

Por fin, una tarde llegó Juan a la casa con la cara de Pascua.

—Alégrate y prepárame una buena cena de arenques —dijo a Toñica—. Esta noche es la cosa y ponemos un cantón en Los Mameyes.

Cenó, abrazó a su consorte y se fué para el cantón.

En la madrugada se oyó un nutrido tiroteo, y a eso de las ocho de la mañana se aparecieron cuatro hombres en casa de Toñica, conduciendo el cadáver de Juan.

A los gritos de la viuda llegó el vecino Marte y, contemplando el cadáver de su compadre, exclamó:

—Eso da la política cimarrona. Bien se lo decía yo al pobre de mi compadre!



JOAQUIN MARIA BOBEA

Nació el 22 de mayo de 1865 en Cumarebo, Venezuela, donde se había refugiado su padre, el político y escritor Pedro A. Bobea. Murió en San Pedro de Macorís el 26 de abril de 1959.

Como medio de vida publicaba esporádicamente la revista Noche Buena, en la que aparecían sus cuentos y epigramas. Como epigramista quizás no fué superado en el país: sus Lechugas, como él llamaba a sus celebrados epigramas, fueron recogidas en el folleto La Hortaliza de don Joaquín, Lechugas recopiladas por Carlos M. Bobea M., en 1942.

Publicó: Perdigones, 1904, y Caza menuda, 1912, Cuarto Centenario colombino, 1892; y Homenaje a los hombres del 44 en el Centenario de la República, 1944.

De su libro en preparación, Charamusca, publicó algunas estampas en la revista Pluma y Espada, S. D., abril de 1921.

Los cuentos de Bobea, reproducidos, han sido tomados los tres primeros de Perdigones y los otros cuatro de Caza menuda.



LA OPINION DE MARMOTA

La familia Pérez celebraba muy agradables veladas a las cuales asistían el señor cura de la Parroquia, el médico, el maestro de escuela, el Alcalde del lugar y otras personas de mas o menos vuelo intelectual.

En las reuniones se trataba de diversos asuntos: soluciones de charadas, acertijos y otros *rompe-cabezas*; se leían trabajos literarios, en prosa y en verso, propios y ajenos, y cuando no concurría el Ministro del Señor, se jugaba a las prendas.

Las muchachas de la casa eran prodigiosas en todas estas cuestiones de pasatiempo: buenas recitadoras, descifradoras de alta escuela, y salerosas en toda clase de juegos de salón; eran, como dice un amigo mío, casi unas *bachilleras*.

Entre las personas que frecuentaban la casa, olvidaba mencionar al General Marmota, toda una seriedad de la época. Siempre estaba callado, sobre todo cuando se trataba de dar solución a una charada; pero tan pronto como alguien atinaba, afectando grave postura y con ronca voz, decía: ya había pensado yo en algo parecido.

Para la época a que me refiero, tenía lugar la guerra franco-alemana, y como es innata en nuestro pueblo la parcialidad en política, aún cuando ésta no sea criolla, unos de los tertulianos estaban con la verdadera dueña de la Alsacia y la Lorena y otros con la señora madre patria de Bismark. De lo cual resultaban acalo-



radas discusiones que duraban hasta las once de la noche, y casi siempre tenía que officiar de Juez de Paz el que lo era de verdad, el señor Alcalde.

Es de oportunidad advertir, por lo que pueda colegirse al finalizar esta anécdota, que era entonces Presidente de la República el General Buenaventura Báez y que a los de su partido se les llamaba *rojos*, *pansobados* o *baecistas*.

Una noche que se discutía con más calor que nunca; que el cura, corso rancio, se desbordaba en favor de los franceses; que el boticario, cuyo principal era hamburgués, encomiaba la buena táctica y la superioridad alemana; que unos decían lo contrario, y que apenas se entendía la barahunda en la cual las muchachas no iban en zaga, propuso el maestro de escuela someter el asunto a la mayoría.

Así se aceptó.

Todos dieron su opinión, menos el General Marmota que estaba pensativo y serio.

Se hizo cómputo y resultaron dieciséis opiniones del modo siguiente.

Por los franceses, ocho.

Por los alemanes, ocho.

Entonces habló el señor cura de esta manera:

—Tenemos igualdad de votos.

—Falta uno —gritó el boticario—.

—Sí, sí —respondió otro— falta el General Marmota.

—Cierto— dijo el Alcalde.

—Usted, General Marmota, es quien va a decidir la cuestión —agregó una de las muchachas de la casa.

—Tiene la palabra el General Marmota —dijo el médico— y al efecto, esperamos de su recto criterio, de

su ilustrada manera de pensar y de su integridad militar, que desapasionadamente nos dé su opinión, favorable a los alemanes o favorable a los franceses.

Marmota tosió dos veces y poniéndose de pié y rojo como un camarón, habló del siguiente modo:

—Señores ustedes saben que yo no soy más que *baecista*.

Esa fué la opinión, la célebre opinión de Marmota.

Por desdicha abundan los Marmota en esta tierra que Dios guarde.....





LOS GOBIERNISTAS

Los que entienden mejor la política moderna son los *gobiernistas*. Su escuela es no caer, o lo que es lo mismo estar siempre arriba. Con los *azules* fueron azulísimos, durante el gobierno de los *rojos* puro vermello-ni, cuando los *verdes* estuvieron arriba, el color del mar y el de las hojas de los árboles, fué su color de partido. En tiempos de los *coludos*, llevan más cola que un cometa y en la época de los *bolos* no tuvieron rabadilla.

No tienen otras convicciones que las convicciones del que se constituye en Gobierno, sea bueno o sea malo, el caso es que sea Gobierno.

Braman los *gobiernistas* contra la revolución; pero cuando ésta suele derrocar al Gobierno, entonces bramman contra el Gobierno caído y al que antes llamaron fuerte, luego denominaron maula. Ayer era su Dios y *estaba como un trinquete*, hoy es un cualquiera y estuvieron a su lado por necesidades políticas y no por afecto.

El empleo es para los *gobiernistas* lo principal, y para conservarlo en la transición de una causa política a otra, se valen del espionaje, la adulación y cuantos medios rastrosos y arrastrados pueda idear la mente humana.

¡Cuántas veces he oído de los propios labios de un *gobiernista* decir "ese hombre" al que antes y a pesar de sus ejecutorias de tirano llamaban *Papá*, *El Viejo*, y con otros cariñosos distintivos!

¡Ah! es que antes eran pintores de Su Excelencia, Médico del Pacificador, Zapateros del Presidente, Intérpretes particulares del *Padre de la Patria*, y ahora son víctimas del pasado régimen.

Para los *gobiernistas* ya lo he dicho, no hay caída. Ellos dan un salto mortal de una situación a otra y se cuelan como Pedro por su casa.

Que no se les emplee de momento, pues ya se les empleará; bien conocidas les son las entradas y salidas palaciegas; las frases usables en los cafés; lo que debe decirse a cada un Ministro, en fin, lo que puede hacerse para obtener tal o cual empleo.

Mientras los soñadores, los liberales, los verdaderos liberales, los que velan por la Patria, se entregan a sanas luchas de principios, los *gobiernistas* están en la suya, trabajando con la lima y la *escorфина* en los corrillos, en el Palacio, en la calle, en todas partes, hasta en la misma Iglesia.

Hay *gobiernistas* criollos y extranjeros; la historia nos enseña que no son desechables estos últimos.

Para demostrar hasta que grado llega la temperatura de esta gente que mariposea alrededor de los Gobiernos, nada mas que porque son Gobiernos, voy a estampar una historieta que tuvo lugar en la Primada de las Indias.

En los días en que tomó posesión de la Presidencia de la República, el mejor de los Presidentes hasta ahora, el repúblico don Ulises Espaillat, unos cuantos *gobiernistas* se lanzaron a la calle estandartes en ristre. música y triquitraques previos desgañitándose con vivas a don Ulises, al magnánimo, al liberal. Pocos días después, nuevos estandartes, música y triquitraques recorrían las calles, en medio de atronadores hurras al

nuevo Gobierno y de escandalosas frases por este tenor: ¡abajo Espailiat! ¡abajo el Gobierno caído!

Un español residente en la Capital, para la época a que me refiero, tuvo la curiosidad de asomarse a la puerta y al reconocer a los de la callejera fiesta y que echaban vivas al nuevo Gobierno, dió tamaños gritos a su consorte, expresando así:

—¡Teresa! ¡Teresa! ¡son los mismos!...

Y efectivamente, eran los mismos, eran los *gobier-nistas* que abandonaban al caído para levantarse a la sombra del sustituto.

Por eso he dicho al principio, que los *gobiernistas* no caen nunca y que siempre están arriba.

Por lo demás a ellos les importa poco la censura pública. Su fuerte es estar con el Gobierno, incondicionalmente con el Gobierno. Hoy con el de hoy y mañana con el de mañana.



COMICOS Y ACROBATAS POLITICOS

No hay duda de que el campo de la política nacional presenta a la vista del observador un teatro donde trabajan cómicos de la legua y un famoso circo de maromeros.

Todas las piezas de representación tienen cabida, desde el juguete cómico hasta la tragedia y para todos se sobra competente personal. Barbas, barbados y lampiños; galanes a escoger, y superiores característicos. Hay excelentes apuntadores y muy buenos traspuntadores, quienes, respectivamente parapetados dentro de su concha y detrás de bastidores responden del éxito de la comedia.

En cuanto al servicio interior del escenario no se carece de utilero ni de buenos tramoyistas.

¿Quién se atreve a probarme que el General Mengue no es un excelente tramoyista, ni que *Potala* ha dejado de cumplir, en alguna ocasión, su delicado encargo de proveer todos los objetos necesarios para las funciones? Que luego aparezcan a la escena una mesa coja o una silla despajillada, eso no empece, que el utilero ha cumplido y para el teatro de la política cualquier cosa es buena.

En lo que atañe a las funciones acrobáticas, esos son otros López; que el que no sea buen planchista —y hay quien quiera vivir en eterna plancha— que no suba al trapecio ni a las peligrosas argollas; y el que quiera dar un salto mortal, que tenga sueltas las coyunturas y mucha agilidad, y ¡zás!, de portero a Comisario o a Comandante de Armas y hasta a Interventor; —la mayor y más lucrativa distancia hacia donde se puede dar una voltereta. Y nada de quedarse vacilando, que tras de un salto, otro, y otro mas.

No tienen la misma suerte que los volteadores los señores equilibristas, porque en política todos los bailaradores de cuerda floja fracasan, como es seguro el éxito de los payasos, género de empeculados y melosos artistas que no sufren contusiones y hacen reír a los vulgares espectadores con su grotesca charla y sus ocurrencias, algunas veces de un color de rosa subido.

Los acróbatas que se ejercitan en las escaleras, los que se desgonzan como buenos maniquíes o que trepan con habilidad de monos al elevado trapecio, son los artistas de moda en el circo de la política dominicana, en el cual hay caballos blancos y *manchados*, muy bonitos y adiestrados, que saben contar, saltar las barras y los arcos, bailar y hasta firmar de orden un pasaporte y hacer una planilla. En cuanto a fieras, tenemos panteras, tigres, lobos y leones y sobre todo gran abundancia de gatos de Angora.

Completísimo está el personal del circo y del teatro de la política nacional, abundante en mascavidrios, pues como dice un amigo mío aquí y con perdón de la generalidad de los generales, lo que sobra son *tarugos*.

LE COTE

En el arte, en la ciencia del *saber vivir* (modus vivendi de los pegajosos) es archiperita, entendida, docta, sapientísima esta gente que no trilla otro camino ni estima por otro buen lugar sino la vía por donde caminan los que brillan por su dinero o por su mando y el lugar frecuentado por los mismos encumbrados del poder o la riqueza y de aquí que no se apartan de su lado a manera de ostras de dos piés.

¡Le coté y siempre le coté!

El Gobernador, traigo por caso, está en el teatro: pues hay que estar al lado del Gobernador, y vuelan como serpentinas hasta colocarse a su diestra en el palco de la Gobernación, y ya alcanzando le coté aprueban con la palabra y la más cortés y hasta reverente inclinación de cabeza cuanto dice la autoridad; a veces anticipan un "sí", "precisamente", "claro", "justo", "tiene razón el Gobernador", a pensamientos no externados, pero bullentes en el cerebro de la primera autoridad cuyo lado se ganó a fuego y sangre, cosechando tal vez tropiezos y empellones y no reparando si se ha volcado la bandeja de refrescos llevada por un sirviente al palco vecino o si se le han humedecido con cerveza los faldines del frac. Realizado el propósito, lo demás les importa un comino a estos *ladinos*, derivado con el cual se me ocurre designar a los que buscan el lado de los grandes, o de otro modo, dicho a lo parisiense, *le coté*.

En paseos, entierros y procesiones se abren paso por entre la multitud para estar al lado del Gobernador,

del ricacho o de cualquiera persona de significación. Porque *le coté* es relativo y hasta el empresario de carretas que coloca sus realitos a interés leonino, tiene sus lados comprometidos, que si se sobran colaterales para los encumbradísimos, no han de faltar adláteres para las medianías.

Que se cosechan en ocasiones un buen par de coces de estos burros con bombo cuyo *coté* se persigue, no hay para que dudarlo ni es cosa que les preocupa: jamás se ha tomado buena salsa sin tener que apartar las espinas y casi todos los caminos que conducen a la dicha son escabrosos. No se va a la gloria así como así ni se obtiene *le coté* a título gratuito: es contrato oneroso que pactan los *ladinos*, dando en pago de una derecha o de una izquierda sus convicciones y hasta su vergüenza, si la tienen, los que quieren y persiguen *le coté*.

Cuando se adelantan unos a otros los *ladinos*, han de conformarse los que se quedan detrás con ir rozando su abdomen con las posaderas de la autoridad o del ricacho que va en paseo o gira, personalidad que, en fuerza a interrogaciones y zalamerías tiene que distribuir su atención entre sus colaterales y el que le va detrás.

No en vano un antiguo repartidor de pan de la ciudad Capital, gritaba a más y mejor en las frías mañanas de su laboriosa ocupación:

“¿Quién me dará un ladito?” Ciertamente que el citado no solicitaba *le coté* masculino. El sabía lo que se pensaba y lo que decía.

Le coté es un triunfo para los zalameros y adula-dores a tal grado, que luego se busca el lado en segundo, tercero y cuarto rango, cuando el primero está

comprometido u ocupado, y tenemos *le coté* del amigo del Secretario, que va al lado de éste y éste a su vez a la derecha de Don Perejil, quien tiene el *jus abutendi* de la primera Autoridad o de la digna y rica persona que funje de principal de estos truchimanescos accesorios.

No hace mucho decíale un sujeto a su consorte:

—Carmencita mía, estamos de plácemes, creo que nos hemos salvado. En el entierro de Don Senáforo hube de adquirir a cambio de codazos y hasta de la lujación de un pié, el lado derecho del Prefecto Municipal, y ya es algo, Carmencita mía.

Después supe que llegó a ser el sujeto en cuestión Agente de la Policía Municipal, y orondamente andaba por esas calles de Dios con su macana de nisperillo y un paquete de bolas para matar perros.

Prueba contundente: por medio de *le coté* se acerca uno a los grandes, a los perros, a éstos aunque sea para envenenarlos.



COHETES TIRADOS

Para algo había de servir este maravilloso invento de los chinos; para algo, además del papel que desempeñan en el comercio y en la industria estos estruendosos triquitraques, animadores de alboradas, parrandas cívicas, comités eleccionarios y otras fiestas callejeras, porque dicho está de viejo, fiesta sin cohetes, es fiesta que no resulta.

Jamás soñaron los habitantes del Celeste Imperio que su invento vendría a servir de mote a los hombres de este país, dado a los apodos burlescos como no hay otro, ni hay otro que le aventaje en eso de sacar tajada de la política, la cual forma uno de los arbitrios principales de que se vale un celemín de generales y generálitos, los más de ellos, remembradores de un millón de aventuras en la guerra, en las cuales aventuras, la onomatopeya de los tiros, el tropel de la caballería y el estampido del cañón, acompaña con gestos más o menos patéticos y frases plenas de énfasis, historias de hazañas en que el semillero de cadáveres es muy grande y los heridos son tantos que la Cruz Roja no da abasto con sus camillas.

Dije cohetes y dije bien, porque para merecer el otro epíteto, el de *cohetes tirados*, deben los motejados, lógicamente, principiar por tener el primer calificativo. Y es que hay cohetes tirados de todos los tamaños; hailos pequeñitos de los que entran cien y más en un mazo, los hay medianos y los hay grandísimos, como si



dijéramos, los tres tamaños en política corriente, con sus clases intermedias; pero todos ellos pertenecientes a uno de los tres principales tipos designados, desde la portería del Palacio hasta las mismas poltronas ministeriales. No es necesario estar cesante para ser *cohete tirado*, lo que se requiere para caracterizarse con este papel, es ser uno de tantos, un desprestigiado de esos a quienes falta la sombra de los poderosos (derivado de poder) o si la tienen es una menguada sombra que apenas favorece gente que valga la pena.

Fueron acaso prestigiosos, prestigiados y valientes, enérgicos y activos, y ahora, viviendo del grato recuerdo de un pasado glorioso, tienen un empleo inferior a su categoría o están dedicados a la crianza de gallinas.

En el campo del periodismo fueron polemistas radicales que cosecharon aplausos de la oposición; ahora reciben ruin asignación y son a lo sumo, *diablos cojuelos*, correveediles de los grandes figurones del partido de arriba, o dicho mejor, de los *arribistas*, quienes, con su gran personalidad y todo, son a veces *cohetes* muy grandes que atruenan el espacio con su estallido; pero que son tirados también.

Se me ha ocurrido que el origen de la frase *cohetes tirados*, se debe a que a los trinquitraques, después de estallar y volar en distintas direcciones, atrayendo la multitud de muchachos callejeros, apenas si se les percibe el olor de la pólvora y sí una pestecita a algo así como sulfureto. Ya lo creo, qué van a saber los tales lo que es olor de pólvora; éste es para que lo olfateen los que se mueren una y mil veces de cara al sol, dignamente, con valor y con vergüenza.

Yo que conocí personalmente al General Culebro, que sé de sus hazañas pretéritas y de su cohetismo pos-

terior; que lo ví figurar con buenos sueldos y luego ser telegado al olvido; yo que le conocí Ministro y le ví más tarde siendo un sacristán de aldea, caigo en cuenta, de que por ser un *cohete tirado*, se mereció todo el homenaje rendido en el momento de conducirlo al campo santo un numeroso cortejo. La verdad sea dicha, fué obra de la casualidad el rendido homenaje militar en la forma que se hizo. Había que tributarle respetuosamente, prestigiosamente, los honores militares al general Culebro, pues éste, que aunque en las postrimerías de su vida era un *cohete tirado*, fué ni más ni menos uno de los próceres de nuestras gloriosas epopeyas nacionales. Pero es el caso que el día del sepelio no había elementos suficientes en el bohío-comandancia del pueblecito, donde rindió la jornada de la vida el general Culebro, y para salvar el conflicto, un hábil pirotécnico fabricó unos cuantos cohetes de los más grandes, y con cohetes a la salida de la Iglesia, en el primero y segundo descansos, y al colocar el ataúd en la cripta, se sustituyeron las merecidas descargas militares al prestigioso general que concluyó por ser un *cohete tirado*.



YO NO CONOZCO A NADIE

La corneta dejó oír sus belicosos puntos de guerrilla, ejecutados diestramente por uno de los españoles expedicionarios que habían desembarcado por las costas de Higüey bajo las órdenes del General Guillermo.

Hizo firme la vanguardia de la gente del Gobierno, y allá en la empinada loma, tocó marcha de frente la retaguardia. El plan del General Troncoso, como buen conocedor del terreno, era envolver a los expedicionarios en una red sin salida, y al efecto les tenía ocupados los puntos más estratégicos del lugar.

Los puertorriqueños que acompañaban al General Guillermo temblaron al oír los toques del clarín por diferentes lugares y hubieron de arrepentirse del compromiso pactado en Mayagüez. Ellos no estaban acostumbrados a esta clase de giras campestres y se ofrecían a Nuestra Señora de Monserrate sin fijarse en las burlas de los criollos ni en las sazonadas palabrotas de los españoles.

Por los cuatro puntos cardinales sonaron los primeros tiros y fué nutriéndose el fuego hasta imitar uno como prolongado y rugiente trueno.

El humo ennegrecía las hojas de los árboles y el filo de los sables brillaba en el aire describiendo líneas ondulosas.

La pelea fué ensañándose hasta que llegó el momento decisivo; casi se fueron al arma blanca y los guillermistas, cuyo campamento de retaguardia estaba compuesto de puertorriqueños, dispersáronse como pudie-



ron por entre breñas y zanjones.

El número de bajas de ambos combatientes fué considerable y muchos de los expedicionarios cayeron prisioneros. Aquí recibe uno de éstos un culatazo, allá es aplaneado otro y más allá hay algunos cruelmente amarrados a los troncos de los árboles. Quien se ofrece con armas y bagajes, quien jura no ser jamás hostil al Gobierno, todos tiemblan ante el peligro común de la muerte.

Al pié de una copuda ceiba está atrincado un mozo de ojos azules, rubio como la espiga del arroz y pálido como un cadáver. A cuantos pasan por su lado los llama y les dice que lo perdonen, que no lo maten, que él es nacido y criado en el pueblo de Higüey y que se llama Panchito Fernández, que él ofrece por la Virgen de su pueblo, la Altagracia, no meterse en nada y que en lo sucesivo, si se lo exigían, sería lilisista neto.

—Mentira —le grita un soldado— tú eres español, cacharro, ¡patasucias!

—Muera— dice otro.

—¡Muera! ¡Muera! ¡Muera el español!, repercutieron cien voces.

—Yo soy dominicano, yo soy higüeyano replicó trémulo el prisionero. En Higüey viven mi madre y mi novia, seres a quienes quiero en el alma, en Higüey tengo mi fundo y mis gallinas. Perdón señores! Perdón General Troncoso... Usted que me conoce, dígales a sus soldados que no me maten. Dígales si soy o no higüeyano.

El General Troncoso se desmontó del caballo ceboruno en que jineteaba y desenvainando su machete encabado dióle unos cuantos planazos a Panchito diciéndole estas palabras:

Yo no conozco a nadie y a revolucionarios menos.

EL QUE MAS PATEA

La diplomacia entre los irracionales, no es menos *importante* que entre los bípedos humanos, y he aquí la razón por la cual un hermoso alazán, padrote de gran hatajo, un burro aguatero y un mulo cosquilloso y respingón juntáronse en la sabana bajo la fresca sombra de una copuda cabirma para solucionar asuntos de la alta política caballar comentada por jumentos y arrenquines del lugar.

Ya se hablaba en los irracionales corrillos de invasión de jurisdicción, atropellos al derecho de gentes y de otras tantas vilezas cometidas por algunos pollinos y arrenquines que no tenían la más ligera noción de lo que es libertad bien entendida.

Los del colegio, o mejor dicho, los tres individuos constituyentes de la Junta, personajes sabios y discretos en quienes habían puesto toda su confianza los demás de su raza, para que llegaran a la mejor organización de los asociados, no asistieron al lugar de la cita, así como así, que el que más y el que menos, no tocó la malojilla ni el maíz en más de una noche, en meditativo estudio acerca de los puntos de derecho, abarcados por la alta misión que se les confiara.

El alazán fué el primero en tomar la palabra y después de una larga peroración sobre el trote y pasitrote, terminó pidiendo a sus compañeros designaran a la raza caballar como la que debía constituir los Tribunales bajos, los supremos Estrados y los de Casación,



porque el caballo, según la bestia que llevaba la palabra: por su estilo artístico, por sus bellas formas, por la superioridad de su raza, por su origen y por la nobleza de su carácter, era el llamado a juzgar todos los actos de los solípedos, premiándolos y castigándolos cuando el caso lo requiera.

Los ojazos negros del burro se abrieron desmesuradamente, como si estuviese bajo la presión narcótica de la atropina, sacudió sus enormes orejas, se peyó estruendosamente y replicó al caballo con palabra fácil y estilo correcto, argumentando en favor de los jumentos, y pidiendo para éstos la dirección de los poderes. Según él la historia le favorecía, pues el asno fué el primer animal que habló, allá en los tiempos de Balaam, y acaso en la actualidad su silencio sea más elocuente, que el discurso de algunos racionales señalados como sabios.

—La raza paciente, tranquila, calculadora y grave, es mi raza —continuó el burro— y por su sumisión al hombre, por su sobriedad típica debe constituir los tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial; los dos primeros para dar leyes perfectas y el último para aplicarlas sabiamente.

Seguía discurriendo elocuentemente el pollino; ya hablaba de su paciencia, ora de su utilidad y a veces de su ardoroso amor, hasta que el caballo Presidente de la Junta llamó su atención, advirtiéndole que ya iba a oscurecer y que el mulo aún no había dicho “esta boca es mía”, y que era justo oírlo opinar para conocer todo lo bueno que se tendría en el majín.

A tal interpelación contestó el burro con una cortés inclinación de cabeza y cedió la palabra al señor mulo.

Este no se hizo esperar mucho y dijo así:

Compañeros; yo soy un híbrido resultante de las razas de vosotros. Soy por naturaleza fuerte y casi indómito; he estudiado poco; mas tengo muy buen sentido práctico. Seré lacónico, pero muy expresivo. Yo he creído y sigo creyendo —repitió el mulo— que en esta tierra deben gobernar los mulos, porque aquí manda el que más patea. Y para patear los mulos.





LORENZO JUSTINIANO BOBEA

Nació en Santo Domingo por el año de 1856 y murió en San Pedro de Macorís el 13 de enero de 1929. De su obra Cuentos criollos, inédita, perdida, apenas hemos logrado hallar uno, Contrariado, publicado con las iniciales J. L. en la revista Prosa y Verso, de San Pedro de Macorís, en julio de 1895. En la misma revista, en junio, publicó Don Palmerín, pseudo biografía burlesca. Fué periodista y maestro de escuela de largo ejercicio, Presidente del Tribunal de Primera Instancia de San Pedro de Macorís, Procurador Fiscal en la misma Villa en 1903, Conjuez en El Seibo por el 1898 y Procurador Fiscal, allí mismo, en 1904-1905. También fué Defensor Público.

Usaba en sus escritos literarios el anagrama Sin Jota ni U. Escribió el breve prólogo de la obra de su hermano Joaquín María Bobea, Caza Menuda. En esas páginas y en el cuento que se reproduce en este libro se advierte la identidad de estilo entre él y su hermano, tanto en la forma como en la vis cómica.

Publicó el opúsculo 200 charadas, 1921, con una caricatura suya trazada por el genial Copito Mendoza.





CONTRARIADO

El era General, y no porque para tal jerarquía tuviese títulos conocidos ni méritos conquistados, ni probado talento, sino por ser abeja del enjambre y nada más.

Verdad es que Don Jerónimo fué de los que, algo joven aún, combatió bizarramente en favor de la restauración política de esta nuestra República, cuando el patriotismo en masa protestó armado contra los hechos vergonzosos de la *Guángara*, como ellos decían, de Buceta el tirano célebre, de Campillo el desfachatado e in-moral Coronel y hasta del aristócrata y relamido Arzobispo Bienvenido Monzón.

El se distinguió, así como se distinguieron todos en la lid restauradora.

Don Jerónimo, no tenía ni aún figura de General, pues era bajetón y rechoncho con el abdomen muy sobresaliente, coloradote y sobre todo muy hablador.

Así y todo, allá en las comarcas donde nació y a cuyos cándidos habitantes dominaba por ser, entre ellos, el mas rico y talentoso, tenía gran prestigio y una popularidad asombrosa, circunstancias que no olvidaron los Gobiernos para tenerlo siempre de Comandante de Armas; y digo todos los Gobiernos, porque Don Jerónimo era un famoso equilibrista político; jamás descendió, siempre firme como la roca se mantuvo en el puesto que le señalaron sus méritos.

Era, en resúmen, ostra política que vivió por siempre pegada al mangle del empleo.



Pasaron algunos años y mi General, siempre al frente de sus comandados, conservó su prestigio y buen *tacto político*.

En una de esas grandes marejadas formadas por el revuelto mar de las ambiciones, de esas que llevan al fondo lo que encuentran sobre la superficie, para después hacer resaca de abajo arriba y volver a ponerlo todo en peor situación, un político de significación, por entonces, levantóse en armas en las regiones cibaenas para desconocer al Gobierno constituido.

El Gobierno tomó la defensiva y la lucha principió.

Don Jerónimo estaba en guardia, sus muchachos acuartelados y él siempre dispuesto a morir o vencer, eso sí, sin poner pié fuera del poblado.

En tal situación, y en una mañana en que él pensaba en los acontecimientos que tenían lugar en el país, recibió por expreso una comunicación que le dirigía el General en Jefe de las tropas del Gobierno y que decía así: "Señor General Jerónimo de Aza. Con placer comunico a Ud. que ya la victoria nos sonríe. Mañana será la decisiva, cuento con un buen número de tropas y oficiales muy adictos al orden y al Gobierno. La revolución es impotente y espero que el General se rinda por falta de elementos. En tal virtud, General, espero de su conocida lealtad y buenos antecedentes sea siempre fiel a nuestra causa. Además, le ordeno levante Ud. la tropa a su mando y pase esta misma noche a ocupar el camino de... para de ese modo tener cubierta la restaguardia. Le saluda con Dios y Libertad...".

—Todo está bien, dijo; pero abandonar el pueblo, para... el General no ha pensado bien... en fin, esperemos. Cuando así decía, presentóse, algo espantado, un campesino, sin armas, el cual puso en sus manos un

oficio que decía: "Estimado General J. de Aza. Amigo mío: Mañana será la decisiva, el Gobierno ilegal que combatimos no tiene ya elementos con que hacerme frente. Siempre conté con Ud.; así, pues, mañana pronuncie Ud. el pueblo para que quede en su puesto, o de lo contrario, lo tomo a fuego y sangre. Queda de Ud. buen amigo....".

—¡Buen compromiso! Corneta, toque Ud. firme; Ayudante, forme el cuadro en la plaza; Tambor toque Ud. orden de oficiales.

Cuando todo estaba listo según sus mandatos, montó a caballo, ciñóse el sable a la dominicana, se acercó frente a la tropa, le dió lectura a las dos comunicaciones y sin tomar consejos dijo:

Pues bien, oficiales y soldados: ya lo habéis oído; ahora yo, entre dos órdenes contradictorias, opto por la fuga.

Y así diciendo, tomó el monte mi General.



VICTOR M. de CASTRO

Victor Manuel de Castro nació en Santo Domingo el 12 de abril de 1872 y murió en Caracas en septiembre de 1924. Su celebrado opúsculo Cosas de Lilís, de 1919, abrió el camino a la explotación de la abundosa cantera del anecdotario del Presidente Heureaux, de Lilís. Tras él surgieron otros: Bergés Bordas, Augusto Vega, Horacio Blanco Fombona, Vigil Díaz.

Fué periodista, Juez, diplomático, maestro de escuela, Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Venezuela, y del Ateneo Puertorriqueño. Sus restos fueron traídos a su patria en 1934.

Fué político militante, como lo revelan sus libros Marcha del General Miguel Febles desde el Duey hasta el Ozama, 1899, Del ostracismo 1904; y Por la Verdad y por la Patria, 1911.

La anécdota reproducida procede de Cosas de Lilís.





LA HUELGA

Un murmullo, inarmónico y sordo, como de mar que quiere encrespase, penetraba por puertas y ventanas, aumentando en proporciones, y llegaba al despacho de Lilís en el Palacio Nacional.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Los panaderos, zapateros y albañiles que se han declarado en huelga —contestóle uno de sus Secretarios— y se están reuniendo ahí, en el parque Colón, para protestar.

—¿Protestar?, ¿y de quién y de qué?

—De los dueños de panaderías y de sus principales.

—¡Labor de mis enemigos, que quieren descomponerme el *cotarro!* —murmuró. Vaya uno donde don José Gabriel García, y me le dice que tenga la bondad de venir acá.

No se hizo esperar don José Gabriel y en el término de la distancia se puso en presencia del Presidente.

—Perdone que lo haya distraído de sus meritísimas ocupaciones, don José Gabriel; pero tengo dudas al respecto de estas cosas y deseo que Ud. me explique lo que es una huelga.

—Una huelga es, General, la lícita expresión de inconformidad del obrero, cuando advierte o se persuade de que está siendo víctima de expoliaciones; que se le trata mal; que no se le paga lo que gana, o que no gana lo suficiente para llenar sus más perentorias necesidades.

Las huelgas son ordinariamente justas. El obrero es la mula que da vueltas todo el día y todo el mes a la noria, y a fin de año, lo comido por lo servido.

—¿Y qué tiene que ver mi Gobierno con eso?

—Su Gobierno y todos los Gobiernos, entiendo yo, tienen que ver, o deben tener que ver, con eso y con todo lo que sea bienestar del pueblo y equidad y razón y justicia.

No sentaron bien a Lilís tales palabras y reafirmó el prejuicio de que don José Gabriel García era su enemigo. Con exquisito disimulo, empero, fingió haber quedado satisfecho:

—No sabe Ud. cuánto le agradezco esas saludables enseñanzas, don José Gabriel, y crea que las aprovecharé y pondré en práctica en tanto cuanto me fuere hacedero y posible.

La colmena humana se nutría cada vez más y el abejoneo aumentaba; a tal grado, que Lilís se vió en el caso de requerir la asistencia del Gobernador.

Asomáronse ambos, el Gobernador y Lilis al balcón del Palacio, y se produjo entonces una especie de silencio en la multitud. Y fué cuando éste, dirigiéndose a aquel díjole, en tono que pudiera ser oído:

—General Loló, tómeme nota de los solteros.

¡Que tome nota de los solteros!, repitió la muchedumbre.

—Para meternos a soldados, dijo uno.

—Para pegarnos el *chopo*, dijo otro.

—Conmigo no se juntan, agregó, deslizándose, un tercero.

—Ni conmigo.

—Ni conmigo.

Y a medida que una y otra frase pasaba de una a

otra oreja, el murmullo iba apagándose.... apagándose, y el oleaje disolviéndose... disolviéndose...

En forma tal, que cuando vino a bajar del palacio el General Loló, no quedaban en el parque mas que los maestros de pala.

¡Conjurada la huelga!





MANUEL DE JS. TRONCOSO DE LA CONCHA

Nació en Santo Domingo el 3 de abril de 1878 y murió aquí mismo el 30 de mayo de 1955. Fué, en su tiempo, el poseedor del más rico anecdotario dominicano. Siguiendo las huellas de César Nicolás Penson se dió a la tarea de recoger las tradiciones que figuran en su libro Narraciones, cuya edición nos confió en 1946.

A su muerte era Presidente de la Academia Dominicana de la Historia.

Obras: Elementos de derecho administrativo, 1939; La ocupación de Santo Domingo por Haití, 1942; El Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez, 1944; Narraciones dominicanas, 1946, La génesis de la Convención dominico-americana, 1946; Sucre, 1951; y Antología (Colección Pensamiento Dominicano de la Librería Dominicana, dirigida por don Julio D. Postigo).

El cuento reproducido procede de Narraciones dominicanas.



UNA DECEPCION

¡Qué cosas las de Tronquilis!

Era de oírle sobre todo cuando en la prima noche, después de la cena, tomaba asiento en su silla rústica, frente al mostrador del ventorrillo, a la luz de una vela de sebo y aspirando un oloroso ambiente de guíneos, guayabas, zapotes, piñas y otras frutas de esta zona.

Acompañado siempre de la mujer y no pocas veces de algunos vecinos de su calle, la del Conde, Tronquilis llevaba casi constantemente la palabra. ¿Quién como él para ver claro? Y lo cierto es que en ocasiones empleaba al platicar una lógica asombrosa, contundente, digna de quien, al revés de él, hubiese calentado los bancos de la escuela.

Era gallego. Había venido a Santo Domingo en busca de fortuna y poco a poco, a fuerza de economías, llegó a reunir unos realitos. Ya cuarentón, abandonó la vida de célibe, uniendo su suerte a la de una criolla, muchacha más buena que el pan y trabajadora como una abeja. Con la mujer ¿quién lo duda? el viento de bonanza que le había estado soplando arreció, y tanto, que de dos subieron a cuatro las mesitas de frutas y hasta dieron las ganancias para establecer una regular venta de licores, en cuarto reservado, adonde los de la cofradía de Baco acudían a saborear el dulce y picante Licor Rosolio, lucidor de los colores del iris y dispuesto en damajuanitas de cuello delgado y ancho fondo, la confortadora ginebra holandesa *Mañana Imperial* o el bravo aguardiente Cañete, insustituible diluidor de penas.



Por varios años estuvieron la nata sobre la leche Tronquilis y su costilla. Habríaes augurado cualquiera, para la vuelta de algún tiempo, una riqueza completa.

¿Qué más sino persistir en el trabajo y economizar cuanto se pudiera?

Algo extraordinario ocurre en la ciudad. Inusitado movimiento se nota en sus valles principales. En la del Arquillo y más aún en la del Conde la animación es grande. Filas desordenadas de hombres y muchachos por la acera y variados grupos por en medio de la calle, hablando, gesticulando, levantando a su paso nubes de polvo, se dirigen incesantemente al extremo oeste de la población. Cada vía transversal es uno a modo de tributario de donde afluyen sin interrupción grandes y chicos, que vienen a aumentar aquella continua circulación de gente. Al pié de la Puerta del Conde, a medida que la multitud avanza, va formándose una masa humana, cada vez más grande, cada vez más compacta, un verdadero mar de cabezas, cuyos movimientos producen ondulaciones, unido a ello una gritería confusa, en que todos hablan y casi nadie entiende.

¿Qué pasa? Es que va a entrar, triunfante, la Revolución.

Tronquilis y su consorte no son ajenos al bullicio de la urbe. Antes bien ha querido él celebrar el fausto acontecimiento con su ropa dominguera y debido a tal circunstancia se halla todavía en el aposento cuando la avanzada revolucionaria está llegando al Rastrillo y en lo alto del Conde suena un largo redoble de tambores.

Asómase a la puerta la mujer.

—Ven Tronquilis —dice—; ya están acercándose. Despáchate pronto que...

No puede terminar la frase. Una avalancha de cu-

riosos ha invadido la acera para abrir campo a un caballo que corcovea. Vase ella un tanto atemorizada hacia el interior de la casa, mientras Tronquilis, empaquetado, "como un veintisiete", viene de adentro para afuera, con cara de jugador afortunado.

—Ya sí se cuajó— murmura con visible gozo.

Intenta salir a la calle. La apretada hilera de espectadores se lo impide. Forcejea para abrirse paso. Nada.

—Pues señor; no hay fresco de que esta gente me deje el camino franco. Me costará ver desde aquí.

Para poner su resolución en práctica, se apodera de su silla rústica, que tiene al alcance de la mano. Trepas en ella.

De improviso un jinete de la avanzada, echando medio cuerpo afuera, con un pié en el estribo y el otro al aire, grita estentóreamente, a la vez que agita un pañuelo:

—¡Adiós, Tronquilis! ¡Tronquilis, adiós!

Entre confuso y afectuoso, Tronquilis corresponde al saludo. Juraría que aquel hombre es *Periquito* Caballero. Para cerciorarse recoge la mirada. Luego profiere entre dientes:

—Periquito es.

Suenan enseguida en la avanzada otras voces.

—¡Abur, Tronquilis!

—¡Viva el paisano!

—¡Hasta luego, Tronquilis! ¡memorias a la doña!

Tronquilis no entiende aquello. Sus ojos no le engañan. Con toda seguridad, quienes le van saludando son Martín "el brujo", Gollito Rodríguez, el vale Turibio, *Ugenito* Lantigua... Su mente se pierde en un mar de confusiones.

Pasó la avanzada. Ahí viene una guerrilla de fran-

cotiradores. A su frente marcha un hombre, color mulato oscuro, de grave continente. Es el jefe Hipólito. Cerca de él, el capitán Apuntinodá gesticula. Por encima de la general vocinglería se le oye gritar:

—¡Ya si se acabó el mamey! ¡Ahora van a saber lo que es cajeta!

En el ánimo de Tronquilis ha prendido la más cruel de las desilusiones. Desmorónase súbitamente, a impulsos de una conmoción interna, el castillo de sus ensueños.

¿Dónde está la “gente nueva”?

*

No vió más. No quiso ver más. Bajó de la silla entontecido con el desencanto pintado en el rostro y casi maquinalmente, huyendo, diríase, de aquel ruido que ya le molestaba, volvió al aposento de donde había momentos antes salido. Al ruido de sus pisadas, la mujer fué a su encuentro.

Tronquilis, que la vió, vaciló primero en hacerla partícipe de su negra pena. Después, a tiempo que ella también iba a hablar, díjola en tono amargo y moviendo tristemente la cabeza:

—¡Ay mujer, mujer! ¡Son los mismos!....

OTILIO VIGIL DIAZ

El desconcertante Otilio Andrés Marcelino Vigil Díaz nació el 6 de octubre de 1880 y murió en su amada villa de Santo Domingo el 20 de enero de 1961. "Artífice de la imagen arbitraria y de la frase sonora", le llama el Dr. Max Henríquez Ureña.

Es, sin dudas, el mas pintoresco de los narradores dominicanos. Por encima de todo era un conteur: en su conversación, en sus escritos, hasta en su poesía asoma la gracia del ameno charlista. Vivo, chispeante, hiperbólico, da la impresión de que escribía con la risa en los labios, como en uno de sus habituales cuentos orales, plenos de caricaturas mentales.

Murió sin haber producido la obra que se esperaba de sus brillantes aptitudes, no sólo como prosista sino también como poeta.

Publicó Góndolas, 1913; Miserere patricio, 1915; Galeras de Pafos, 1921; Del Sena al Ozama, 1922; Lilís y Alejandrino, 1956; y Orégano, 1949.

Los cuentos de Vigil, insertos, proceden de su libro Orégano, salvo El miedo de arriba, tomado de su obra Lilís y Alejandrino.





EL DELEGADO

El titulado General Cirilo Campusano, alias el *Varraco*, como le llamaban sus adulones y secuaces, era un producto fidelísimo de nuestra vida política y de nuestro caos social. Campusano tenía para ese entonces la Delegación Especial en el Este, del Poder Ejecutivo, cavernario y feroz, que se enseñoreaba en el *Pretorio lombrosiano* de la República. Campusano era un mulato rechoncho, con unos ojos verdosos, de un verde pútrido, sanguinario como un tigre, ladrón como un gato, lujurioso como un chango, abusador, ultrajante, soez, inmisericorde y crapuloso.

Los revolucionarios estaban bien municionados. Habían recibido un convoy de la Línea Noroeste. Después de haber cortado la barca de Zorra Buena, se concentraron y atrincheraron, estratégicamente, en el batey del Ingenio Quisqueya. En la Comandancia de Armas, y en la Gobernación de San Pedro de Macorís hubo un movimiento inesperado y fuerte de a verdad. Al pie del *Guaragua*, el corneta, *Bejuco*, estaba casi al reventarse tocando llamada general. El Jefe de la Revolución le había hablado al Delegado por teléfono, motejándolo de *negro entusiasmo*, de *machín* y *sinvergüenza*, invitándole a venir al pleito, para darle una pela de a calzón quitao.

Indignado y ensoberbecido el *Delegado*, propúsose castigar semejante insolencia, y al efecto, organizó, inmediatamente, lo que nosotros llamábamos una columna,



abriendo operaciones fuertes y decisivas sobre los lados de "Quisqueya", tomando el comando personal de las fuerzas, pues *a la culebra había que darle duro en la cabeza, de lo contrario, era como untarle jamergo a un muerto o echarle melao a un río.*

El Verraco quería darle el *palo de la gata* a esos salteadores de camino. Echarle una manga, y romperle el pescuezo en dos cantos uno a uno. Con ese *pleito*, según decía él, *diva a dejai* la República como él quería, que se pudiera pasear con un *fulá* perfumado en una mano y una varita en la otra, tratando de reivindicarse, así, de sus carnicerías humanas, de sus incendios, forzamientos, violaciones y depredaciones.

Tres veces intentaron las fuerzas *legales*, las del Gobierno —*que son siempre las legales*— desalojar a los revolucionarios de sus ventajosas posiciones, y otras tantas fueron rechazadas con considerables pérdidas. Una terquedad del Coronel Cachaenáca el segundo *Jefe de Operaciones*, un hombrecito pánfilo, de los lados de Cevico, con el pescuezo lleno de escapularios, unos bigotazos color de cuaba, bravo como abeja de piedra, pero brutísimo e impulsivo como una bestia, el hombre de confianza del *Delegado*. Pero, por poquito le proporciona un desmandingue completo, definitivo, a la columna, ya que los quería coger a todos con la mano.

El último estrujón fué de *chemba con chemba*, casi dentro de la misma casa de caldera. Fué lo que se dice *pleito de a vagón*, como no se había dado otro igual después del *Cabao*, donde Lilís derrotó al heroico general Cesáreo. La *Cacata* y sus muchachos estuvieron de olor. El Pato, *Medio Mundo*, *Muñingo* y *Juan Chiquito*, cortadores y dichosos. Al primero, le agujerearon dos veces el *salakof*, el casco colonial que el había quitado

a un jefe de cultivo, a un blanco que volteaba, inspeccionando, los campos de caña del ingenio. Al segundo, a Medio Mundo, le chamusquearon la tusa, de un fogonazo a boca de jarro y le arrancaron, sin él saber cómo ni cuándo, su *guarda*, un *alicornio curao con la regla*, que había conseguido en el "Príncipe". Pero, el que se portó como un héroe, como un verdadero Napoleón, fué *Tribilín el Búcaro*, un muchacho nacido y criado en los Montones, un *pituitario, largo y flaco* hasta más no poder, con el hígado y el bazo lleno de paludismo, amarillo como una auyama, espantao como pollo de guinea, pero guapo como el *ají tití*.

Cuando *Tribilín el Búcaro* supo que la gente del Gobierno venía marchando sobre ellos, decididos a tomar a fuego y sangre el batey del ingenio donde estaban atrincherados, gritó de voz en cuello *pa que toitico lo ecucharan*, en la misma puerta de la bodega, mientras hacía cabriolas el fogoso caballo puertorriqueño del Administrador, que había requisado, violentamente, a la brava:

—A ese *choncho de pascua*, ladronazo, abusador y pendejo, le voy a degollar con éte — y le acarició el mango peludo a un puñal cacha de chivo, lindísimo, que llevaba prendido a la cintura inverosímilmente delgada y flexible. Y por poquito se sale con la suya, pues el *Delegado* pudo zafarlo de la tabla del pescuezo de su mula *Recumina*, de un maquinazo certero, cuando *Tribilín*, enloquecido con el *bajo de la pólvora* se le fué a la *upa*. entre el humo.

En la retirada, rota la disciplina, casi sin control la tropa, hambreada, irritada por la batida, desmantelado su prestigio de invencible, esa diablera enfurecida dejaba a su paso por aquella zona laboriosa, pacífica, desarma-

da y sufrida, una estela de sangre, de llamas, de ignominia y de depredaciones. Aniquilaba campesinos inocentes, quemaba ranchos, violaba vírgenes, le daba pelas de sable a las mujeres después de forzarlas. Pescozadas y patadas a los niños. Se *pecharon de manos a boca* con un anciano, blanco en canas, un pobre viejo anquilosado por la buba, que pedía limosna, casi sin poderse sostener en el aparejo de su montura desmedrada, flaquísima.

—Párese viejo —le gritó un oficial *espigao*—. ¿Uté de dónde viene?

—¿Yo? De allí mesmito, Jefe —le contestó trémulo de miedo— *cerquininca* de aquí, de la *misma* laguna de *Mangantillo*.

—Entonces, apéese papá, *que usted es enemigo del Gobierno*— y paralelo a una frase soez y a una carcajada estrepitosa, le partió el cráneo de un maquinazo.

Se oyeron las últimas campanadas del toque de oración en el pueblecito de San José de los Llanos, cuando un toque de corneta, un punto de guerrilla, reventó inesperadamente, del lado atrás del cementerio, seguido de los hurras de rigor:

—¡Viva el General Campusano!

—¡Que vivaaa!

—¡Que viva el *Varraco*!

—¡Qué vivaaa!

—¡Que viva el Gobierno!

—¡Qué vivaaa!

Toque y algarabía que prendió súbitamente el pánico y el cierrapuertas consecucional. ¡Y cómo no!, si ya tenían noticias detalladas de lo que había pasado en el batey del ingenio. Si ya sabían que al *Varraco* le habían cortado la retirada a Macorís y con las navajas mella-

das y la faja a rastro, venía derecho a *entablonarse* en el pueblo, a conseguir muchachitas, a ultrajar ciudadanos inocentes y decentes, a levantar empréstitos forzados, a pasar a saco las pulperías, el Ayuntamiento y la botica. *En verbo de hombre toítico* el mundo se escondió. Al único que se veía era al honorable Juez Alcalde, que solo, *esparante*, como un símbolo de virtud y de inocencia, parado en la puerta de su destartalado Tribunal, mesándose las barbas de plata torrenciales como las de un profeta, contemplaba con filosófica resignación a aquella horda salvaje, asesina y ladrona, respondiéndole sin poderlos oír —porque era profunda y definitivamente sordo— los saludos, las burlas y las rechiflas de aquella soldadesca depravada y soez.

El espectáculo era pintoresco y doloroso, daba ganas de reír y de llorar. Soldados grandísimos, montados en burro, a la mujeriega. Un buey viejo y rabón, tirando, a palos, una piececita de montaña salvada milagrosamente. Amarrada por los cuernos, guindando de una vara, una chiva con enaguas daba berridos al compás de un acordeón. Los heridos eran muchos, unos cubiertos con yaguas, frisas y cobijas de cuero de puerco sin curtir, apoyados en varejones o de los hombres de los compañeros. Los más graves e importantes en literas de hamacas, que *córrreaban* sangre. Otros, a la grupa de la caballería. Uno venía haciéndole contrapeso a unas bandas de cecinas, tocinos y otros cachivaches, maroteados en la derrota. Hundido en un lado de las árganas, con un brazo desflecado y la panza aventada como la de un merc, por la peritonitis progresiva y fulminante, partía el alma con sus lamentos y súplicas de:

—Agua, demen agua, mucha agua, *poi vía suya*, que me mata el padrejón...

Ya entrada la prima noche, con el revólver sobre el ombligo y el sable de cabo desenvainado, dando disposiciones y planazos, el *Delegado* volteaba el pueblo, sin sombrero, porque lo había perdido en el pleito, envuelta la cabeza braquicéfala, lanuda y canosa, en un pañuelo de Madrás color de sangre, cuyas puntas, chorreándole por el cogote apoplético y las orejitas de mono, medio que le cubría un costurón de más de a cuarta, que le chorreaba por una de las mejillas, como un tatuaje salvaje y trágico. Cuando el *Delegado* llegó, seguido de sus muchachos, de su *Estado Mayor*, de sus perros de presa, un atajo de facinerosos, de delincuentes, de asesinos, de forzadores y ladrones, escogidos en el presidio de Santiago, de Macorís y de la Capital; cuando llegó, decimos, frente a la casa curial, le salió uno que hacía de jefe de un grupito de a caballo, que conducían a un preso, y después de un ridículo saludo militar, díjole:

—Jefe, a eta porquería lo pechamos y lo escapiamo cerquininga de aquí, estaba espiándonos.

—Que lo fusilen, pero ya *mesmito*, ordenó el Delegado, con voz aguardentosa.

El Cura, que cerca del preso le suplicaba a los *custodios*, que le aflojasen la soga con la que le tenían atrincados los brazos, al oír esta orden siniestra y fulminante, en un impulso, mezcla de misericordia cristiana y de instinto de conservación, allegóse hasta la fiera ejecutiva y casi de rodillas, asido a la estribera y a la crin de la mula, suplicóle:

—Perdónelo, General ¿Usted no ve que es casi un muerto?

—Quíteseme de alante, Padrecito, que es de la pinta y no lo salva ni el *mesmo* Papa... Y avanzando la

aguardentosa barriga sobre los furoles acharolados de la silla, clavó a Recumina y la arrendó por los lados de la Comandancia de Armas.

...Sonó una descarga, luego un grito desgarrador. Al resplandor de las fogatas que la tropa había hecho para los gervíos, se veían los surtidores de sangre que el plomo fratricida había hecho en el pecho huesudo del heroico, del terco y desmadrado *Tribilín el Búcaro*, atrincado como un *júa*, en uno de los postes que sostenían el destartalado campanario de la Iglesia de San José de Los Llanos.

En la *Casa-Escuela*, Cuartel General del *Delegado del Poder Ejecutivo*, en campaña, junto a la misma hamaca donde roncaba estruendosamente, el *Varraco*, borracho y hediondo como un perro sarnoso, sobre una frisa salpicada de sangre y de lodo, que servía de tapete verde, en cuclillas unos, echados boca abajo otros, en lamentable y repugnante promiscuidad, jugaban al *dao corrió*, el Coronel *Cachaenáca*, el Maestro, un normalista, *un discípulo del Señor Hostos*, el Comandante de Armas, el Alcalde, el Sacristán y algunos oficiales y soldados.

En el silencio trágico de la noche, de una oscuridad espesa, se oía una vocecita andrógina, la del Coronel *Cachaenáca*, que decía:

—Paro.

—*Pinto. Topo. Boyobán en una y media.*

Y en las afueras del pueblo, las de los centinelas que gritaban espantados y nerviosos:

—¡Te veo!....

—¿Quién vive?

—¡Del puesto!

—¡A tu puesto!....



CARVAJAL

Quién no conoció en la Capital a aquel *carretero* laborioso, honradísimo y pacífico, la máxima confianza del comercio al por mayor y al detalle. Quién no lo vió domingo, después de medio día, con su pantalón blanco muy aplanchado, su camisa de fuerte azul, limpiísima, su cuchillo cinco clavos, sobre el ombligo, y la siniestra apoyada en la cacha picada, ya completamente *jalao*, con la cabeza baja, parado en la esquina de *Madan Ciné*, en la esquina de *Musié Felipó*, en la esquina de "El Gallo" o en la de "Samuel Curiel", en este delicioso soliloquio, preguntándose y contestándose:

—¿Dónde nació Napoleón?

—¡En Neiba!...

—¿Y los doce pares de Francia, qué eran?

—Doce tigres del Cambronal, como yo! —Y se golpeaba el pecho fuertemente.

Queremos dejar sentado con este introito, que el valor de nuestro héroe no podía ponerse en tela de juicio ni mucho menos discutirlo. Carvajal, como el valiente y honrado *carretero*, había nacido en el *Cambronal*, junto a la guarida del trágico Pablo Mamá.

Carvajal fué bautizado en la iglesia de la Cabecera de la Común de Neiba, a la sombra viril, vengativa y trágica del colín de San Bartolo. Allí pasó su infancia y su adolescencia. En su juventud leyó varias veces *Los Tres Mosqueteros* de Alejandro Dumas; *La Vida y Hazañas de Rocambole*, *el Mártir del Gólgota* y *las Aventuras de Telémaco*. Convencido de la teoría de que uno e lo



que e según donde eté, como decía él, se le alojó en el cerebro una ansia loca de aventuras dignas de Simbad el Marino, el famoso viajero que recorrió todos los mares del mundo. *El Listín Diario* —que en paz descansa—, le estereotipó en el subconsciente el fatal espejismo de la Capital, un anhelo migratorio irresistible. Estimulado por estos venenos intelectuales, solía decir, enfáticamente, que él no era hombre de pascuas, de mangulinas ni de galleras; y en la Capital fué, precisamente, donde a Carvajal se le esfumaron casi todas las virtudes básicas y nobles que caracterizan al hombre del Sur: valeroso, leal, serio y trabajador.

Carvajal se inició en la carrera de las armas, donde tuvo un éxito rotundo. Por su valor y disciplina llegó a Cabo de la Policía Municipal. El arte refinado de la política y de la diplomacia lo aprendió a fondo, cuando Carvajal renunció de la Policía Municipal, y por recomendación de una de las queridas del Presidente de la República, en ese entonces, pasó a ser *Mensajero* del Ministerio de Interior y Policía. A la sombra, alternativa, de los *bolos* y los *colúos* que ocupaban esa Cartera, llegó Carvajal a conseguir los resortes mágicos, la adaptación, la simulación, la mentira, y el cinismo indispensable en aquella época, para llegar a ser Ministro de lo Interior.

Pero el discípulo de Fouché, era un hombre de acción y de gran ambición. Quería y necesitaba hacer carrera, rápidamente, y ninguna provincia más propicia para realizar su deseo, para colmar su justa aspiración, que la de San Pedro de Macorís.

Una noche, mientras se derramaba el toque de ánima del campanario de la iglesia de Santa Bárbara, la patrona de los artilleros, y el terral fresco y arrullador

batía los velámenes de los balandros listos a zarpar y las linternas sangraban y rutilaban en los mástiles; con un cielo alto y tachonado de estrellas, y con la cartuchera congestionada de recomendaciones ejecutivas, Carvajal puso proa franca al Este, en el *Mario Emilio*, que era un balandro raudo como una gaviota.

El cocinero, un viejo lobo de Petitrú, colaba el primer café, el *de la boca*, cuyo aroma zahumaba deliciosamente la cubierta del balandro, fundiéndose con el son dulce y elegíaco de una *mangulina* que prendió una fuerte, pero pasajera tristeza evocativa, en el alma de nuestro futuro héroe.

Cuando la sangrienta *Revolución de la Desunión* reventó en el Cibao, ocupaba Carvajal la *jefatura de orden* de la desordenada y trágica "Colonia del Jaguar", adonde lo había llevado la recomendación especial del Comandante de Armas de la Plaza de San Pedro de Macorís, quien lo llamó inmediatamente a su lado, como una de sus carabinas de confianza, ya que él sabía que se iba a *guayar duro de a verdad*.

Para Carvajal, la única *gente, gente* eran los capitales, los otros, decía él, *parecen gentes, pero no son gentes*; de aquí, que hiciera tanta liga con nosotros, que para ese entonces redactábamos el diario más importante de la provincia. Todas las mañanas Carvajal y yo tomábamos café donde la bondadosa e inolvidable Manuela, donde evocábamos, con sincera tristeza, las delicias del Parque de Colón, con el que deliraba el paisano Carvajal. En la tarde, no faltaba en la Redacción a coger su número, a leer las noticias del mundo, y a darnos sus noticias, las que él sabía de *las batallas* que se estaban librando en los cuatro puntos cardinales de la República, *batallas* en las que siempre derrotaba el

Gobierno a la Revolución, desde luego!...

—Señores, ¿qué es del paisano Carvajal que hace muchos días que no lo veo?...

—Ni lo verá más, me contestó Yubí, un negrito medio cocolo, vendedor al pregón, más revolucionario que Pablo Reyes y Perico Lazaka.

—¿Cómo, mataron a Carvajal?

—Qué va que están *acuartelaos* y no los dejan salir ni a *mear*. Parece que uté no sabe cómo e que etá la cosa, *hum*... ¡Dios quiera!...

Escribíamos esa noche un editorial intitulado *El peligro de la demagogía*, para el próximo número de *El Diario*, en el cuartucho de bohemia donde vivíamos, junto a las oficinas del periódico, cuando sentimos unos golpes en la puerta del patio, que daba a un callejón estrecho, húmedo y hediondo a amoníaco y a sulfatos intestinales.

—¡Pan!...

—¡Pan, pan!...

—¿Quién va?...

—Yo, su paisano Carvajal, ábrame.

Y le abrimos, y realmente, era el paisano Carvajal.

—Tenga, guárdeme eso... paisano.

Y nos entregó un lío grandísimo, hediondo a monte, a verraco de ciénaga y a grajo, recomendándonos, con sumo interés, que no saliéramos esa noche, porque corríamos un peligro grandísimo, ya que el Gobierno, *al que él defendería hasta la muerte, estaba con una mano alante y otra atrás; en el hueso*...

Obsedidos por el editorial, no le pusimos atención a la noticia de Carvajal, y seguimos redactando *El Peligro de la Demagogía*. Cuando terminamos, el reloj de la torre del Cuerpo de Bomberos, partió la noche en

dos. El conticinio era profundo. Una lechuza graznó, fátidicamente, en una mata de coco. De pronto, en un traspato, un perro *latió* y luego aulló lúgubrementé, como viendo muertos. El silencio se acentuó más, se hizo más espeso, augural y trágico.

De los lados de la Comandancia de Armas sonó un tiro seco, de máuser, que aulló en el aire como un gato en celo. Tras este tiro, vinieron las descargas cerradas, el *pleito* se generalizó en toda la cortina, que no estaba bien defendida. Los *tabicazos* de los lados de la Gobernación los sentíamos dentro del cuartucho. Una hora después todo había entrado en calma, la Revolución Reivindicadora había ocupado la plaza, a fuego y sangre.

—¡Pan! . . .

—¡Pan, pan! . . .

—¡Pan, pan!

—¿Quién va? . . .

—Yo, su paisano Carvajal, ábrame pronto y *apague la luz*.

Le abrimos y Carvajal entró precipitamente, tenía los ojos como una fiera, cargados de electricidad. Hedía a pólvora. Su carabina humeaba y estaba caliente como un fogón, se le podía freir un par de huevos en la recámara. *Carvajal había peleado, como pelea el hombre del Sur, como un macho, hasta quemar el último cartucho.*

—Deme el lío que le dejé a prima noche: ¿yo no se lo dije, paisano? . . .

—¡Viva la Revolución, C. . . !, gritó un grupo frente a la puerta donde Carvajal se había transformado con rapidez maravillosa. La noche estaba que no se veía ni la palma de la mano. Carvajal se puso a gatas, con la

carabina en bandolera, y se tiró a la calle, detrás del grupo revolucionario. Al verlo perderse entre las sombras espesas y trágicas, pensamos que el pobre paisano Carvajal se había vuelto loco; pero, qué va, el antiguo discípulo de Fouché y del Ministerio de lo Interior y Policía, tenía un juicio a prueba de manicomio.

El pueblo amaneció revolucionariamente engalanado. El triunfo de los bolos había sido completo. De los valientes y leales colúos no había qué hablar, el que no estaba muerto, estaba preso, escondido o huyendo.

El panorama de los sucesos políticos y bélicos de la hora centelleante y dolorosamente trágica que vivimos, ha cambiado rotundamente. Anule el editorial que teníamos para hoy intitulado *El Peligro de la Demagogia*, y tenga la bondad de escribirse uno sobre los grandes e inconcusos beneficios de las Revoluciones, cuando éstas están arquitectonadas a base de una mística democrática y evangélicamente cristianos nos ordenó el Director, *que era capitaleño*, con una prosopopeya y un tono solemnemente cínico.

Estábamos inclinados sobre nuestro escritorio, con la cabeza entre las manos, sudando la gota gorda, al tratar de instrumentar y pulir las mentiras socialmente criminales, que me había ordenado el Director, *que era capitaleño*, cuando irrumpió en la Redacción un grupo de revolucionarios armados hasta los dientes y enlodados como carretas en tiempos de zafra. El corazón se nos fué a la boca, ya que pensamos que venían a hacernos presos y a *culatiar la Marinoni*, como era costumbre en esos tiempos.

Nada de eso. El *grupo de libertadores* era todo compuesto de muchachos capitaleños cien por cien, y

venían capitaneados por el paisano Carvajal; por poco me ahogan abrazándome.

Carvajal estaba de comérselo con cucharita, con un atuendo revolucionario genialmente pintoresco pero incoherente y sospechoso. Calzaba soletas con medias escocesas a grandes cuadros. Chamarra y pantalón de fuerte azul, enlodados y rypiados, amarrados con unos curricanes de barriga de yaguas, más arriba de las batatas de las piernas, pero la camisa limpísima y una corbata nueva. Un sombrero de canas, con una cinta azul turquí, símbolo del partido, en el dobléz, que le cubría la cabeza de pelo muy bueno, bien peinado y perfumado, con pomada de nardos y aceite de coco.

Para celebrar el triunfo de la Revolución Libertadora, el Director, *que era capitalaño, sinceramente emocionado*, mandó a buscar a la pulpería de la esquina, con cargo al periódico, *porque su crédito personal estaba agotado y cancelado, definitivamente*, una botella, grande, de ron, del mejor, del más viejo.

Mientras se preparaba el brindis, Carvajal nos hizo un relato espectacular de la marcha accidentada, forzada y estratégica de la columna, desde la Línea Noroeste a Punta de Garza. Nosotros escuchábamos el tumultuoso, rimbombante y onomatopéyico desfile, las pintorescas y bélicas mentiras, el prodigio de aquella heroica campaña, con cínico deleite, con una melíflua y automática atención.

Usté paisano, nos dijo Carvajal, con tono imperativo, usté, paisano, se ha pasado la vida como ciertos jugadores, pasando, pero esta vez, tiene que aceptarnos man que sea el Consulado de Turquilán, ya que usté es blanco y sabe inglés, que no es una pendejía....

Yubí, el negrito medio cocolo y revolucionario em-

perdenido, convencido de que las armas son siempre superiores a las letras, por lo menos entre nosotros, con la bamba coloradísima e inundada de una sonrisa maliciosa, avanzó con una bandeja de vasos espesos y labrados, medios de ron la "Tusa", que era el que estaba de moda, ofreciéndoselo a Carvajal, al *héroe de la revolución reivindicadora* y a sus muchachos capitaleños, cien por cien charlatanes y refinadamente sinvergüenzas y cínicos.....



CANDIDO ESPUELA

En el plácido y pintoresco pueblecito de Jarabacoa --un nido en el corazón de la montaña— *Cándido Espuela* era el hombre polivalente. Político de fuste, secretario de todas las secretarías, maestro de escuela, agricultor, orador, curandero, boticario, negociante, corresponsal del *Listín Diario*, literato, hacedor de charadas, maquiñón, prestidigitador y gallero.

Todos estos ejercicios eran circunstanciales y transitorios, y los cambiaba dado su temperamento inquieto, aventurero y guerrero, por las armas, que eran su delirio, su vocación permanente, básica, definitiva; por las armas reivindicadoras y vindicadoras, como decía él, seguido que *estrellaba* el primer *cojetazo* en uno de los cuatro puntos cardinales de la convulsiva República.

No se habían cicatrizado aún las heridas profundas que habían hecho en el crédito político, económico y social, en el mismo corazón de la República, la llamada "Revolución de la Unión", ese amasijo de felonías y fechorías, de ambiciones y de crímenes, en la que tomó parte activa, activísima y decisiva, el malicioso *Cándido Espuela*, cuando la llamada *Revolución de la Desunión*, la más cruenta y salvaje de todas las habidas, prendió de nuevo la tea de la guerra civil, cuyas llamas iluminaron, trágicamente, a esta tierra nuestra, la más dulce, la más bella, la más fecunda y desgraciada del mundo.

Una de estas mañanas alegres, del precioso y cano-



ro valle de La Vega Real —recargado siempre de perfumes bucólicos— se sintió, de súbito, un tá, tá, tí, tá. un toque de corneta de los lados de la Cigua por donde un sobrino del polivalente *Cándido Espuela*, polivalente y bélico, llamado *Turín*, un muchacho medio-civilizado, honrado y trabajador, ajeno por completo ventajas y canallerías de la malvada política criolla, que tenía una pulpería buenaza, hecha de *hombre a hombre* con honradez, con el sudor de su frente, que es como aconsejó Dios que se haga el dinero, para que no *envenene el alma, el pensamiento, la vida y la muerte...*

—Esa tropa, murmuró el joven y honrado comerciante, segurito que es de tío *Cachito*, como le decía él cariñosamente, y como si le hubieran tocado un botón eléctrico, saltó de la parte afuera del mostrador, en mangas de camisa.

Apenas habían desfilado, de uno en fondo, frente al bien surtido establecimiento de *Turín*, los veinte o treinta infelices campesinos, jocundos y chachareros, regalando saludos y adioses, de boca, de manos y de sombreros, cuando irrumpió en la amplia enramada anexa a la pulpería, el *Jefe de la Columna*, que venía a lomo de *Cañonga*, su mula baya, cañas negras, su *ñoña*, como decía él, que estaba para ese entonces que se le podía jugar dados en las nalgas, redonditas y lustrosas.

Cándido Espuela, venía armado hasta los dientes. Traía un sable de espejitos, un revólver *nuve siningo*, *cacha e nácar*, con dos correas llenas de cápsulas preciosas. Un puñal *pata e venao* y un brogocito sobre las ingles. En el sombrero, con el ala levantada alante, a lo mambí cubano, que le dejaba al descubierto la cara blanca, pero fuertemente tostada por el sol, un lazo grandísimo de candelón. En bandolera, la *porturola*, la

cartuchera de búfalo, hecha en Santiago, y nuevecita también.

—La bendición, tío Cachito.

—Dios de bendiga, sobrino, y te haga un santo.

—Desmóntese, tío, pa que tome café y se desayune.

—Hombre, sí, sobrino, te voy a *complacéi, poique eta milicia endiablá, me tiene, que a eta hora que tú ve, no me he echao ni un trago de jengibre en el buche.*

El malicioso, práctico y mentiroso *Cándido Espuela*, echó pié a tierra con dificultad, entorpecido por las armas superabundantemente innecesarias, y poco después de los abrazos, bendiciones y saludos, a familiares y extraños, tío y sobrino, con empalagosa amabilidad foránea, se sentaron a la mesa cibaëña, siempre oportuna, suculenta, nitrogenada, esa mesa digna de la caverna prehistórica, recargada de viandas humeantes, de huevos fritos con los cebollines y la clara achicharrada, de carne y longanizas fritas sin estáticas, sin *burruqueos* inciviles.

Ya en el café, en el paladeo de ese aromático y sabroso café de La Vega, en el preciso momento filosófico en que *Espuela* encendía un *cigarro*, el sobrino, que lo quería y que ya tenía su trompo embollado, le rastrilló a boca de jarro:

—Tío, perdóneme la pregunta, ¿pero para dónde va uté con esa tropita?...

—*Para dónde voy a dir, muchacho, parriba, pai sitio de la Capitai.*

—Dispéñeme, tío Cachito, pero dígame, ¿cuándo e que usté va a *entrai en juicio?*.... *Uté no sabe que la cosa pallá arriba está que arde.* A Eliseo y otro General colúo le han rompío la caja dei pecho de un cañonazo. *Si a usté lo malogran en una de esas sabanas grandísi-*

mas, se lo comen los perros, ahí no entierran a nadie. Si uté se muere pacá, le llenan la sepultura de clave-llina y estefanotas, toítico el mundo lo llora, le hacen un rincón bien gritao, y una misa con música. Cómo se le ocurre, cojei ahora parriba, licencie esa tropita en llegando a Pontón, y vuévase, que usté es un hombre muy querío, útil, necesario, indispensable sin uté su pueblo no es pueblo, quédese poi Dió, no vaya a paite.

Espuela, con la barba sobre el pecho, afectadamente enternecido y agradecido por las cándidas reflexiones del sobrino, le contestó:

—*Tropita no, sobrino, tropa y de la buenaza, de la caliente, de esas que dejan el sitio pelaito largando plomo. Pero, después de to, no te preocupe, que yo nunca me adentro mucho en la chispa, yo peleo siempre detrás del jumo, que digamos, y echándose la porturola, la cartuchera de búfalo sobre el ombligo —ve, le dijo— y fué sacando y poniendo sobre la mesa:*

Un pedacito de corcho, un cabo de vela de cera, tres cajas de fósforo, dos juegos de barajas españolas viboreá, dos dados cargados en tres suertes en la carrera, y una panela de dulce de leche.

Sobrino, yo no he matao ni pienso matai a naide. Y hurgando de nuevo hasta el fondo de la porturola de búfalo, sacó y le mostró al sobrino algunas cápsulas, haciéndole notar sus condiciones inofensivas.

—*Ve, sobrino, son de güebo e chivo y mi carabina es un drogocito;* y después de relojear los contornos de la pulpería, por si había moros en la Corte, le dijo casi en el estribo del oído:

...En el último sitio, en el de la Unión, yo me gané

mil pesos. Déjame jacei, que yo no dentro en eta cosas sino poi negocio na má, yo no creo en nada ni en naide... Y le echó la pierna a Cañonga, que piafaba en la enramada, loca por tragar tierra caliente, tierra de guerra...





EL SECRETARIO

Al cantón general de la *revolución libertadora*, que estaba en la margen oriental del río Higuamo, en el mismo *paso* del Salto, dominando el camino real que va de la Pringamosa a Hato Mayor del Rey, llegó a eso de media noche abajo, un dragón reventando cinchas. Ese dragón traía la noticia, grave por cierto, de que una fuerza del Gobierno, a prima noche, había atacado y ocupado por asalto al pueblo de Los Llanos, recuperando así el centro de operaciones del Gobierno.

El Comandante de Armas, el Síndico y el Cura estaban en cepo. El maestro de escuela, un *viejito* cibaeño llamado don Chucho, buena gente por cierto, pero demasiado metafísico, muy *filorio*, muy chacharero y boca dura, que se pasaba el tiempo *discursiando* sobre las ventajas de la democracia y el peligro de las tiranías, en el billar de Don Natividad, que era espía y delator temperamental, *más amigo del Gobierno que sus armas*, ése estaba casi *derrengao*, de una pela de sable que le dieron.

El Secretario del *Jefe de Operaciones*, un pepillito de los lados de San Pedro de Macorís, entripado de necesidad y embadurnado de la literatura de los "Giron-dinos", autoritario, jactancioso, *berrinchoso*, malcriado, el odio del cantón, nadie lo podía ver por *sangrúo* y *parejero*, como él sólo, dormía esa noche en el fondo de una hamaca, cuando fué despertado, bruscamente, por *Botajumo*, su plantón, que le batió los jicos de la hamaca tres veces.

—¡Jefecito!...

—¡Jefecito!... El Jefe grande lo *ñama*, levántese seguido que *dei lao de Los Llanos ha bido la dei diablo y yo credo que vamo a salí, pero ya, de a volío.*

—Quiero— le dijo el Jefe de Operaciones, que no era uno de esos generales, nuestros, completamente incultos, de sellos de goma o de firme aquí, más bien algo leído, blanco y rubio, de pocas palabras, muy reposado y muy serio, un hombre de mando— quiero, Secretario, que usted acompañe al Coronel *La Choncha*, que va con todas las fuerzas de caballería y mi Estado Mayor, a una operación rápida, muy delicada, delicadísima, y le repitió lo de delicadísima tres veces. No quiero que se malogre la operación, ni el Coronel, que es un hombre demasiado impulsivo, arrojado y atrabiliario. No se le quite del lado, pié a pié con él, haciéndole las reflexiones necesarias. Procure que no tome un solo trago de ron en el camino. Una vez recuperado el pueblo, *al arma blanca sería mejor*, porque usted sabe como andamos de municiones, y cogido el convoy que está escondido en el billar del vagabundo de *Don Natividad*, evite violencias, atropellos y fusilamientos, porque esta es una revolución completamente distinta a las otras que se han hecho hasta ahora.

Desde ese momento sintió el Secretario un *tiin* muy largo, largo y repetido en los oídos, que él consideró que era un aviso del Ángel de su Guarda, que le indicaba no ir a ese pleito, que en verdad no era otra cosa que la presión arterial del berrinchoso y jaquetón Secretario, presión que tenía la violenta gradación de un termómetro en el fondo de un caldero de agua hirviendo. El Secretario tenía una absoluta seguridad de que algo muy gordo le esperaba, gordo y trágico, y maldijo la hora

en que al Jefe se le ocurrió ponerle de asesor de un hombre de tanto *ácido*, tan brutal e irreflexivo como el Coronel *La Choncha*, que no era un ser humano, sino una fiera y un cerdo, en una sola pieza.

La fuerza, como hemos dicho, era toda de caballería, ni un solo hombre a pié, porque la delicada operación de tomar el pueblo de Los Llanos, *al arma blanca*, tenía que ser rápida, en la madrugada, antes de que rompiera el día.

...La mejor montura de todas —y las había buenas, porque los muchachos cuando se fueron al monte arrasaron con las cuadras de las fincas—, era la del Secretario. Un caballo hermoso, lindísimo, de siete cuartas de alzada, fino de a verdad, color alazano tostado, con dos patas blancas, las crines blancas también, y un lucero en la frente del mismo color: era una bestia de hombre. El Secretario la había cogido a la brava en el “Batey de Los Platanitos”, era nada menos que “Príncipe”, el padrote puertorriqueño de la crianza de Don Nicolás Santoni, quien ordenó entregárselo, indignado, porque el Secretario no quiso aceptar otro, buenazo también, entregárselo con su silla inglesa, su freno y sus espuelas de pata, *para que se perdiera todo junto*; así es Don Nicolás Santoni.

Las órdenes que recibió el truculento, impulsivo y sanguinario Coronel *La Choncha*, fueron breves y definitivas, no tenían municiones y había que quitárselas al Gobierno. El Secretario ya montado y estribado, haciendo figuras, con su rifle plateado, apoyado en el muslo derecho, las oyó claras y completas:

—Coronel, de usted depende la suerte de la *revolución libertadora*. Ya usted sabe, una sola carrera, un tiro, y al arma blanca, filo con ellos; pero, después, cui-

dado, mucho cuidado, no se olvide que éste es un movimiento civilista, progresista y democrático, y le estrechó la mano encomendándolo a la Virgen de las Mercedes, patrona de la República y del pueblo de *Hato Mayor del Rey*.

El miedo, que es el genitor de todas las debilidades y canallerías humanas y olímpicas, había cambiado como por arte de magia, al fantoche y boconísimo, al grosero, abusador y berrinchoso Secretario, en el hombre más amable y cariñoso del mundo, cambio que notó el Corneta, que era de la Capital, que no lo podía pasar, ni en melao, que es lo más dulce, haciéndoselo notar al Capitán Ledesma, que tampoco lo podía pasar, y que trasnochado venía durmiéndose pierna con pierna con el Corneta:

—Capitán.

—Capitán, ¿usté se ha fijao en el Secretario? Tiene culillo, tiene culillo.....

Las sombras de aquella fatídica y memorable madrugada de a fines del lúgubre mes de noviembre, del mes de las *Animas del Purgatorio*, se retenían tercas y espesas sobre el dilatado lomo de la dilatada sabana del Guabatico, animada, intermitentemente, por la escala mística y doliente de los *búcaros* noctívagos, que ya principiaban a esconderse en el fondo de los secos y amarillos pajonales, fatigados de sus nocturnas correrías, cuando hizo alto, bruscamente, la fuerza de caballería que al mando del Coronel *La Choncha*, debía tomar, *al arma blanca*, el pueblo de San José de Los Llanos, que ya principiaba a desperezarse.

El Coronel *La Choncha*, que había venido durante la travesía, forzando bodeguitas en el *Monte Tabila*, dándose *tabicazos* de romo, ya *chupao*, de a verdad, cerrando y abriendo, intermitentemente, el ojo izquierdo, que

era su *tic báquico*, la señal lombrosianamente criminal de que ya no se le podía hablar, y mucho menos objetarle nada, porque era un peligro inmenso, echó pié a tierra, se pasó el dorso de la mano izquierda por los bigotazos ríspidos, y las pupilas le brillaron tenebrosas y felinas. Se desmontó con dificultad e impartió la orden de ataque, una orden breve, precisa y fulminante, ya con el *sable de cabo* en la diestra y el revólver sobre el ombligo:

—Los de silla —gritó con voz ronca y aguardentosa— a la vanguardia conmigo y con el Secretario. Los de aparejo a la retaguardia. Este es un pleito de *intilectuales* y de gente de *coibata* —y agregó—: Yo no creo en gente del campo manque tenga zapatos. Ya lo saben, muchachos, una sola carrera, una descarga, y adentro, filo con ellos, y el que baraje o se padée, lo rajo de un machetazo, carajo... y miró agresivamente al Secretario, abriendo y cerrando tres veces de seguido el ojo izquierdo, que era su *tic* criminal, francamente lombrosiano...

El malcriado, el berrinchoso y boconazo Secretario, al oír esa arenga tan truculenta del Coronel *La Choncha*, más breve y peligrosa que la de Aníbal en el paso de los Alpes y la de Perico Pepín en Moca, cuando fué a buscar el cadáver del General Lilís, casi derrengao de miedo, cayó en brazos de *Botajumo*, su sufrido *plantón*, y con voz trémula y entripado de un fuerte sudor cardíaco, le dijo:

—¿Qué te parece, Bota —y le apocopó el nombre con insólita ternura—, qué te parece, dizque los de silla en la vanguardia y los de aparejo en la retaguardia. ¿Ese hombre está loco?... Por tu madre, Bota, búscame una burra al pelo, aunque esté preñada, que yo la negoceo por mi caballo puertorriqueño con silla, freno y espuelas,

de lo contrario, dame por muerto.... y fué precipitado, húmedo y maloliente, a aplastarse detrás de unos matos de yagrumo.... ¡Así son por lo regular, los guapos nuestros!...



SARAMAGULLON

Su nombre verdadero, porque no tenía patronímico, era *Higinio el de Cunda*, ya que era hijo de *Seña Cunda*, una vieja Capellana y plañidera, por más de tres cuartos de siglo, en las salidas de los rincones. Le decían *Saramagullón*, por remoquete, y más bien se sentía halagado, por esa recóndita y sincera voluptuosidad de los cínicos, cuando le descubren la manquera.

Saramagullón era el producto quintaesenciado de la *rata política de sabana*, del sinvergüenza político del campo, que es mil veces más sinvergüenza y más peligroso que la rata política de la ciudad.

Durante la paz, vivía de hacer fullerías en los juguetos y galleras, vendiendo animales ajenos. En las guerras civiles, cuando "*Concho Primo*" se volvió loco tirando tiros, pillando y matando, se metía en el pueblo, *ahí con el Comandante de Armas*, buscándole muchachitas, contándole cuentos indecentes. Siempre dormía fuera de la zona militar, o donde una u otra comadre de sacramento. Nunca se le vió hacer una guardia, y mucho menos salir a una operación, pero eso sí, él era el primero que cogía su ración, su *mamana*, como decía él. Con los americanos estaba lo que se dice a su gusto, delatando a todo el vivo, vendiéndole bestias y novillos mostrencos, y recogiendo las sobras succulentas de las cocinas asiáticas en sus campamentos, sobras que él se las vendía al Síndico y al Cura, que nunca le faltaban uno o dos marranos en pocilga, en ceba.

Una mañana, ya con los arreboles de la Aurora



sobre la testa de la *loma de Fíofio*, nosotros, que íbamos para adentro, y él que venía arreando duro para llegar tempranito al pueblo, a jartarse de noticias y a cumplir su desdorosa función de espía del Ejército de Ocupación, a llevar a la horca, a la candelada o al patíbulo a algún campesino laborioso y honrado, enemigo personal de él, por pícaro, por mañoso y vagabundo.

—Ofrécome, Don, ¿a uté cómo le ha amanecido? Yo sí que jacía tiempo que no lo vido. ¿Uté no etaba qui veidá? Segurito que jandaba por los jestrangeros, dígame una cosa, ¿poi qué no ha dío a casa? ¿Uté ve esa *loma azulininga*, en esa no, en la que etá atrá, e en la que vivo agora yo. Vaye pa que venga caigao. Cuando yo llegué a ese lugai, Don, llegué lo que se dice *inactuai*, *pelaíto*, lo que dice *ai pelo*. Pero me enamoré de una muchacha lo que se dice buena de a veidá. *El Taita me jacía la guerra, pero lo agarré cacho y quijá, y a lo último, pa no cansailo, ei Taita era el que etaba enamoraíto de mí, y me casé, si Don, me casé.*

Saramagullón apoyó el dedo gordo en la agarradera y descansando en el muslo derecho todo el cuerpo, en la cabeza del aparejo, listo para echar una plática tendida, dispuesto a comerse un barril de sal de Neiba, de hombre a hombre, como decía Lilís, me interrogó así:

—Dígame, Don, ¿y qué se dice de política puaya? Hábleme franco, que uté sabe que yo soy un hombre que lo que me dicen, no se me sale *dei pecho manque me fusilen*. Don tenga confianza en mí, que uté sabe muy bien que yo soy un hombre dei *Gobieino*, amigo de la paz y *dei oiden*.

Queriendo nosotros ponderar la canallería política hasta dónde era capaz de llegar, en la zambullía Saramagullón, la cínica y práctica rata política de sabana

que teníamos por delante, le contestamos:

—Higinio, la cosa por la Capital está complicada e indescifrable, muy indecisa.

—*Muy oscura y metura ¿veidá Don....*

—Sí, Higinio. Sin embargo, yo creo que el que se tercia la *Mulata* es Don Horacio, primero, y si no es Don Horacio es Don Juan, uno de los dos.

—Yo le diré, Don, esos viejos bueyes son los que más jalan, y nosotros los dei campo y hasta los mismos de la ciudad estamos con ellos. Son hombres *baibúos*, hombres de peso para *podei trabajai*, y por eso *toiticos etamos con ellos en cueipo y aima*. ¿Y que más se dice, Don?

—Se dice, Higinio, y es bueno que tú lo sepas, que los americanos, los *blancos, blancos*, a quien van a poner es a Don Pancho Peynado.

—Le diré, Don, si las cosas son jechas a coidei, y ése es al que debían *trepai* en la *silla*, ya que ei fué el que nos sacó *casi ajogao dei chaico* en que etábamos metío. *Sí, fué ei que jizo ei documento*, y si lo trepan, *mejoi pa nojotros* los hombres del campo que necesitamos *trabajai*, ¿Y qué otra cosa se dice, Don?

—Bueno, Higinio, aseguran los intelectuales, los *sabios*, los que quieren orden, cordura, administración, que el blanco que ha venido está decidido por Chicho Vicini.

—Don, ese sí es el *hombrecito* que me *guta de a veidá, poi apretao*, ése los mide a *toiticos* con la misma vara, para él no hay blancos ni prietos, pobres ni ricos, y además tiene la muñeca dura, y eso es lo que necesitamos los hombres *dei campo*, para *trabajai*. ¿Y qué má se dice, Don?

—La política, amigo Higinio, tiene sorpresas ines-

peradas, y te digo esto, porque algunos interesados aseguran que el que se terciará la *Mulata*, es Don Federico Velázquez, porque es uña y carne del Ministro americano. ¿Qué te parece, Higinio?

Si ese flaco coje la jáquima, poi mano dei diblo, se acabaron los mañosos y los jaraganes, yo se lo aseguro, Don, que *toiticos etaríamos con ei*, porque lo que necesita la República es un hombre recio y *oiganzao de a veidá*.

Te puedo decir algo más, Higinio. Hoy hacen precisamente ocho días, cuando pasé por el batey del Ingenio Quisqueya, le oí decir al sereno de la Casa de Calderas, uno que dizque fué Coronel del Estado Mayor del General Desiderio, que él daba papeletas a cabos de túbanos a que el que se terciaba la *Mulata* era Desiderio. Yo me sonreí de esta monstruosidad, y por poquito, si no me disculpo, y si no ando a tiempo, me da un maquinazo.

—Le diré, Don, si los que lo ponen son los blancos, no les falta razón, *porque pa que ese pollo de guinea de La Línea* esté de sabana en sabana y de monte en monte, jeringando día y noche, que se la dén, y así se acabarán las malditas revoluciones, y *toiticos* podemos trabajai, que es lo que necesitan los hombres dei campo.

Higinio, abatido por la marrulla, el cinismo y el utilitarismo, inclinado sobre el aparejo, apoyado en la aguantadera, miraba para el suelo trazando signos desordenados en la tierra blanda y fresca, humedecida por el rocío, con el varejón de azotar su bestia, aspirando con granujienta voluptuosidad, la onda de mariguana que le poníamos en las narices.

—Bueno, mi estimado Higinio, ya te hemos dicho muchas, pero muchísimas cosas, ahora, yo quiero que tú me digas a mí, solito, si las cosas se aclaran y se

enderazan, ¿con quién estarás tú?

Súbito, como si los fatídicos jinetes del Apocalipsis, hechos instintos, picardía política, sentido práctico, le hubieran pasado por la médula y el cerebro, se reajustó en el aparejo, se afianzó en la agarradera, embridó bruscamente la bestia, relojeó de nuevo la dilatada y solitaria sabana, y casi dentro del oído, con el brazo sobre mi hombro, díjome:

—Don, si regla vale, *mientras eto se aclara de a veidá, yo etoi con la plaza, con los blancos, en cueipo y aima. No deje de pasai poi casa, cristiano, que nosotros lo queremos lo mesmo que familia.*

Clavó espuelas, y se perdió, como por ensalmo, detrás de una mata fresca y verdecita como una esmeralda.

El negro Martín Fulgencio, mi leal, noble e instintivo escudero, que se había parado a mi grupa, y que había oído nuestra plática, rompió bruscamente su silencio, y exclamó en un arranque de indignación:

—Ese sí es un hombrecito tupío, yo lo conozco, es más sinvergüenza y adulón que un perro sato, más ladrón, que un gato barcino.

El sol como un payaso obeso, hipertensivo, rojo, irradiaba, sonreído, trepado sobre los picachos de la loma Fiofió, su luz matinal, tibia, acariciando los aljófares de la sabana.



EL MIEDO DE ARRIBA

Llegamos al año memorable de 1930. Alejandrino ya no es Alejandrino, sino Don Alejandro. La fe de bautismo y un quebranto mortal, le retienen definitivamente en su hogar. Por cariño y admiración a su talento, preguntaba yo por él todos los días y el domingo permanecía junto a su silla de extensión, desde las nueve de la mañana hasta la hora meridiana.

Todos sabemos que Don Alejandro tenía un tacto como el filósofo Demócrito y un escepticismo digno de Pirrón. El nunca sabía nada, siempre decía, al informársele de algo: "Primera noticia". Conmigo siempre guardaba menos recelo.

Esa mañana al yo entrar me preguntó:

—¿Hay algo de nuevo?

—Bueno se dice que Tiberio y su corte tienen un *culillo tremendo*.

—El miedo, me contestó, es amplificador como una lupa y contagioso como la viruela alfombrilla. El miedo es el genitor de todas las grandezas y miserias humanas.

—Bueno, sí, pero yo entiendo que un hombre de su valor nunca debe de haber sentido miedo?

—Sin embargo, me contestó, te voy a contar una especie: en el año de 1882, era yo Gobernador Civil y Militar de la Provincia de Santo Domingo y estaba una noche de juerga en compañía de varios amigos azules, gobiernistas, y algunas muchachas alegres, esperando un *sancocho*, cuando llegó un expreso y me dijo a *sotovoce*:



General, de parte del Comandante de Armas, que vaya inmediatamente, en el término de la distancia, que tenemos a Braulio aquí dentro.

—¿Cómo? exclamé.

—Si, se metió por Santa Bárbara.

—Vete y espérame en la esquina, que yo voy a salir por el patio.

Cinco minutos después de llegar yo a la Gobernación, casi todos los presentes se pusieron a mis órdenes, pidiéndome que les armase, les había picado el "*miedo de arriba*", que es el más terrible de todos los miedos políticos.



RAMON EMILIO JIMENEZ

Nació en Santiago el 17 de septiembre de 1886. Desde muy joven se distinguió como poeta y luego como prosista. Autor de la más celebrada obra folklórica dominicana, Al amor del bohío. Es el poeta de la escuela nacional, en sus cantos escolares de La Patria en la Canción, con música del Maestro Ravelo y de otros.

Ha sido educador, periodista, político. Vida verdaderamente consagrada a las letras, con éxito notable, como lo atestiguan sus obras y su alto prestigio literario. En sus cuentos —prosa bellamente acicalada— hay no poco de malicia y de festiva ironía.

En el Magisterio fué de lo mas humilde a lo mas alto, de Profesor de Enseñanza Primaria a la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes, 1933-1936. En el periodismo ha alcanzado también las mas elevadas cimas: Director de La Información, de Santiago, y de La Nación, en Santo Domingo. Pertenece a las Academias de la Historia y de la Lengua.

Obras, poesía: Lirios del Trópico, 1910; Espumas en la roca, 1914; El monólogo de un Rey, 1915; El Rey del cielo y de la tierra, 1924; El patriotismo y la escuela, 1916; Diana lírica, 1918; La Patria en la Canción, 1932; y prosa: Al amor del bohío, 2 vols., 1922 y 1924; Espigas sueltas, 1938; Panegírico de Juárez, 1948; Oración panegírica, 1938; Del lenguaje dominicano, 1941; Savia dominicana, 1948, de la que han sido tomados los cuentos reproducidos en este libro.



UN BAECISTA CON LILIS

General Matías era llamado comúnmente uno de los más audaces guerrilleros dominicanos. Había sido siempre, en política, contrario al General Lilís, quien había hecho no pocos esfuerzos por tenerlo a su lado, sin lograr conseguirlo.

Cierta vez el General Matías pasaba por la pena de tener en peligro de muerte a su mujer, bella señora con quien se había casado hacía dos años, tan notable de bondad como de hermosura, cualidades que heredaba de sus padres, un distinguido español y una dominicana procedente de una de las mejores familias del Cibao, Grande era su preocupación junto al lecho de la enferma que, según él, era tan *"buena como el pan"*. Un médico de los más acreditados de su tiempo fué llamado con urgencia a la casa de aquel hombre de armas.

Enteróse Lilís de la gravedad de la gentil señora y de los desesperados esfuerzos de su marido para devolverle la salud, y le escribió una carta cuya entrega confió a uno de los oficiales de su Estado Mayor. El pliego iba escrito de puño y letra del Presidente, y le fué entregado en propias manos por el oficial. La bella caligrafía de Lilís hirió los ojos del atribulado general apenas abrió el sobre de elegante papel de hilo.

Antes de rasgarlo pensó hallar dentro de él terminante orden de arresto o cosa aún más grave; pero se rehizo apenas comenzó a leer:

'Estimado General: Me he enterado con profunda pena de la gravedad de la madana y cumplo un de-

seo que no puedo ocultarle, cual es el de su pronto y cabal restablecimiento, seguro, como estoy, de que su vida le es tan cara como la propia de usted, por las nobles prendas personales de que está ella adornada, y, como puedo facilitarle cuantos medios concurran a la rápida conducción de médicos a su casa o el traslado de ella a la ciudad, si necesitara la intervención de cirujano, no me justificaría si pudiendo serle útil en todo esto, dejara de hacerlo por la circunstancia de ser usted mi contrario en política, que nada tiene que ver con mi leal empeño en la salvación de su digna consorte, ya que esto es cosa aparte de lo que nos tiene divididos en opinión, y no es justo que haya siempre de servirse por un interés. Mientras aguardo su respuesta quedo de usted, General, atto. amigo y S. S. Ulises Heureaux”.

Al General Matías le brillaron los ojos de emoción al terminar la lectura de la carta. No esperaba este rasgo de hidalguía y, aunque no necesitó utilizar tan generosos servicios, por no haber sido necesario, los agradeció sinceramente en carta que dirigió días después al Presidente.

Una vez restablecida, la buena señora tuvo por conveniente que su marido cambiara de actitud para con el General Lilís, por aquel acto de gentileza y generosidad que, aún inspirado en la habilidad política del dictador, no carecía de importancia para ellos. Lilís, por su parte, sacó partido de aquella estudiada cortesía, logrando al fin, y por gestiones de uno de sus mejores allegados, que el General Matías se decidiera a ser su amigo político; pero en la duda respecto de si la adhesión de aquel valiente general era sincera, juzgó

prudente utilizar sus servicios tan pronto como se presentara una oportunidad.

Un año más tarde sobrevino la revolución del año 1886, conocida por revolución de Moya a causa de tener como caudillo del movimiento insurgente al General Casimiro N. de Moya. Salió Lilís con destino al Cibao, al frente de sus tropas, llevando a su lado al General Matías, cuya fidelidad deseaba poner a pruebas, y lo envió como segundo jefe de las fuerzas que debían franquear el camino entre La Vega y Santiago. A los pocos días las fuerzas del Gobierno tuvieron un encuentro con las de la revolución, que derrotaron causándoles algunos muertos y heridos. En la acción distinguióse por su arrojo el General Matías. Súpolo Lilís y preguntó al jefe de las fuerzas qué opinión se había formado de ese general. “Muy valiente, respondió el interpelado. Es un león en figura de hombre, sólo que tiene un defecto que me ha llenado de disgusto. “¿Cuál?—preguntó muy intrigado Lilís. —“Que en lo crudo del combate, mientras los demás compañeros gritaban entusiasmados “¡Viva el General Lilís!”, a él, tan acostumbrado a exclamar en otro tiempo “¡Viva Báez!”, nadie en esta ocasión le oyó lanzar un solo viva, como si hubiera enmudecido en la pelea”. A lo que respondió Lilis de buen humor: “¡No se apure, mi amigo, que el gallo no mata con el pico, sino con las espuelas!”.



SABIDURIA INUTIL

Cierta vez el General Lilís necesitaba estudiar a fondo algo de trascendencia política y celebró con tal motivo un Consejo de Gobierno, interesado en ponderar las opiniones que se exteriorizaran en él antes de preparar un proyecto de ley que oportunamente enviaría el Congreso Nacional. Celebróse el Consejo y parecióle a uno de los Ministros que el Presidente no había quedado del todo satisfecho de su resultado, por lo cual ocurriósele hacerle privadamente la siguiente insinuación: "General Lilís, —díjole— no es que yo abrigue dudas respecto de su capacidad para dar con la anhelada solución del problema que le ocupa, ni de la de sus Ministros, de los cuales soy yo el menos autorizado. Creo que está demás decirsele, y así lo ha de entender Ud. seguramente; pero considero, salvo su más elevado parecer, que se le presenta una buena ocasión de consultar las opiniones de tantos hombres aquí tenidos por ilustres, que le censuran actos de gobierno, a quienes llamaría Ud. a palacio para oírlos en consejo acerca de este importante asunto, dándoles así oportunidad de probarle la fama de discretos y prudentes de que gozan, con lo cual aprovecharía Ud. sus opiniones cuando ellas le fueran aceptables". A lo que repuso el General, después de breve pausa: "Está bien, mi amigo, así será". Y ordenó la invitación, dando la lista de notables.

Entre los invitados había abogados de notoriedad, profesores de economía y de derecho y peritos en el ra-



mo comercial, sin que faltara, además, uno que otro tenido por versado en doctrinas filosóficas. Se les ofrecía una buena oportunidad para el consejo sabio y la serena consideración. Podrían expresarse libremente sin previo conocimiento de las ideas del gobernante para acomodar a ellas su criterio, a lo que suelen llamar algunos de los eternos vividores que gastan casaca y buena mesa, tener sentido práctico. Por su parte, Lilís quería franqueza, aplomo y decisión en los juicios que se exteriorizaran, cualidades que admiraba en los hombres colocados dentro de las circunstancias que los obligan a opinar sobre asuntos de bien público, y con acento responsable afirmó su propósito de respetar la libertad de ideas.

Acompañaba al General Lilís el Ministro de Fomento y Obras Públicas, Don Teófilo Cordero y Bidó, conocido generalmente por Don Telo. A las ceremonias de cortesanía, de que tanto se cuidaba Lilís, siguieron las frases ponderativas del fin que motivaba la reunión, que el propio General expuso con sabia mezcla de gravedad y sencillez, fué sometiendo uno por uno los diversos aspectos del problema, interesado en escuchar los doctos pareceres de sus invitados.

Hubo derroche de opiniones, profusión de doctrinas y lujo de erudición, sin que faltasen encastillamientos de algunos en sus torres de amor propio. Lilís a todo esto movía con reposado ademán la cabeza, mirando de vez en cuando a Don Telo, que aparentaba hallarse algo nervioso y trataba de disimular su inquietud fijando la turbada vista en un elegante reloj de pared cuya matemática revelación pasaba inadvertida para los ilustres señores de la dialéctica de su tiempo.

La reunión se prolongaba sin visible fruto, en el



curso de la cual Don Telo intervino con la venia del General para hacer una aclaración necesaria. Lilió necesitó también hacer otra; pero la discusión invadía ya las fronteras de la especulación y fué forzoso suspenderla. Lilió ocultó mejor que el Ministro su impaciencia, y dió las gracias, gentilmente, a los ilustres invitados, abrumado por la disparidad de criterios y el afán de cada uno en sostener el suyo, que a él le pareció empeño vano en revelar más las dotes del discurso que las del buen sentido, y exclamó con ironía después que se marcharon:

“¡Saben mucho, Don Telo, pero no entienden nada!”





UNA COMISION DE NOTABLES ANTE LILIS

La gente distinguida de Santiago estimaba que la histórica Ciudad de los 30 Caballeros debía estar gobernada por un político de mejores prendas que Perico Pepín. Deseaba un hombre con la necesaria preparación para la vida pública y de mejores condiciones que poner al servicio de los intereses sociales de la comunidad. Veía con cierto prejuicio a su Gobernador, el cual, por su parte retraía de los centros sociales a cuyas fiestas solía ser invitado en atención a su carácter oficial. No le interesaba a Perico aquello por lo que tanto se desvivían muchos amigos. Le interesaba más su estancia llena del encanto sugestivo de la siembra y del hechizo primoroso de la crianza. Su familia hacía igual vida de retraimiento social, con claro sentido de la realidad de su medio y de su tiempo. La vida de aquel hombre discurría entre labores ordinarias de oficina y tareas regulares de labranza. Nada comparable, para él, a su amor a la tierra y a su pasión a las espigas. Y en los días feriados, la gallera era su favorita diversión. Después de las mujeres, los gallos! Su oro lo arrojaba a una mano de mujer y a una pata de gallo.

Muerto Perico Pepín, y transcurrido los años, un mejor concepto del hombre como fruto de una cabal comprensión de su vida en estrechez de lazo con su medio y con su época, ha hecho interesante, para todo Santiago, la memoria de Perico Pepín. Entonces distaba mucho de ser considerado digno de dirigir esa pro-



vincia, de lo cual fué testimonio un hecho singular que constituye uno de los episodios más interesantes de la vida política del Grak. Lilís.

Cierta vez visitaron a Lilís varios notables de Santiago. Perteneían al alto comercio de aquella plaza y pasaban por personas de relieve social. Realizaron un largo viaje de tres días, a lomo de bestia, por el viejo camino polvoriento entre aquella ciudad y la de Santo Domingo. Asumían el carácter de comisionados para hacer a Lilís una petición en beneficio de Santiago, por cuyo progreso lo suponían interesado, agregando que todo cuanto él hiciera por la prosperidad de la región, le sería devuelto en ratificaciones de simpatía a su ilustre persona y a su régimen. El Presidente agradeció los cumplidos y permitió a la comisión exponer el anhelo común de Santiago, dispuesto de antemano a la satisfacción de las necesidades de bien público reclamadas por sus laboriosos habitantes, entre los que contaba numerosos amigos.

Añadió que Santiago érale en extremo estimado, tanto por el puesto de honor en que estuvo siempre en las lides redentoras, cuanto por el no menos honroso de pueblo trabajador y civilista, nobles frases que movieron a los comisionados a renovar sus protestas de estimación al valiente General.

Hubo una pausa en que a la elocuencia de la voz sucedió la de las sonrisas, sello obligado de todas las frases de buena inteligencia y compenetración entre los hombres, que aprovechó Lilís para decir a los comisionados: "Expongan mis amigos el motivo de tan agradable comisión". Uno de ellos alargó al General un blanco pliego. Quince asuntos encerraba el mensaje petitorio: un puente, un camino, el desvío de una agua-

da y otras necesidades que el hábil político iba subrayando en señal de aceptación. Pero llegó a un punto en que levantó la pluma manteniéndola en suspenso unos instantes. Le brillaron con extraña luz sus vivos ojos retadores, y serenándose al punto, se dirigió a los comisionados en estos o parecidos términos: ¿“Por qué no quieren a Perico de Gobernador”? Hubo una breve pausa en el curso de la cual cruzáronse miradas de inteligencia entre los peticionarios, como en busca de forma para responder a la pregunta, y al fin exclamó uno de ellos: “General, creemos que Santiago necesita un hombre de mejores condiciones para dirigirlo”.

“Señores —respondió Lilís con agudeza— del palo no hay que fijarse mucho en la cáscara, sino en el corazón”.

“Permítanos, General, ser francos con Ud. y usar de esta gráfica expresión que recogimos de labios de un distinguido santiagués: “Santiago tiene ya a Perico más arriba de la cabeza”.

Lilís entonces sonrió irónicamente, y saltando varias líneas del pliego que tenía por delante, concluyó subrayando con ademán aprobatorio los asuntos restantes hasta agotar la nota. Entonces, dirigiéndose a los comisionados, que habían estado observando con inquietud sus movimientos, díjoles amablemente:

—De los quince puntos he aceptado catorce. No puedo complacerlos en uno, y ustedes van a dispensarme, porque es algo que me toca en lo más íntimo. Me piden que quite a Perico de Gobernador de Santiago, hombre unido a mi suerte por una larga consagración a mi persona y a mi política, y de cuya lealtad tengo pruebas inequívocas. Convengo en que tenga defectos, hijos, quien sabe, de desventajas que no provengan de

él, sino del medio en que se formó. Defectuoso y todo, es un hombre bueno y ha tenido siempre respeto para la sociedad de Santiago. Me declaran ustedes que lo tiene más arriba de la cabeza, y con la sinceridad que me es propia véome en el caso de decirles que si ustedes tienen a Perico más arriba de la cabeza, yo lo tengo colgado del corazón.



ORDEN Y HONRADEZ

En ninguna otra región de la República, como en la "*Línea Noroeste*", cuyos campos pasaban por teatros de desesperadas escenas de valor temerario, en los cuales perdieron la vida muchos hombres, fueron más porfiadas y sangrientas las luchas entre el partido político de Don Juan Isidro Jimenes, denominado *bolo*, y el de Don Horacio Vásquez, denominado *rabú*.

La Línea, como todos decían, era de *pura cepa bola*, y encarnaba la pertinacia del *bolismo* ciego y pasional una distinguida mujer, madre de dos valientes jóvenes muertos trágicamente al servicio de su viejo caudillo y a quien todos conocían por Siña Juánica. Desde la muerte de sus hijos la altiva señora no hacía otra cosa que estimular, en los bravos linieros, el odio implacable a sus contrarios.

Divisa del partido *rabú*, que la adoptó como lema, fué la histórica frase "*Orden y Honradez*", que se leyó en casi todos los manifiestos políticos del Gral. Horacio Vásquez y en numerosos artículos de loa a este viejo caudillo, así como en décimas de subido matiz criollo, destinadas a la labor preelectoral, en las que no faltaba aquella socorrida sentencia tan malsonante en el ámbito liniero, y de las cuales es muestra original la que copiamos:

*Dichoso del campesino
si va al poder Don Horacio,*

*desde que llegue a palacio
otro será su destino.
Habrá entonces buen camino
tendrá el fruto validez,
el ganado de una vez
alcanzará más valor,
y todo será mejor
habiendo Orden y Honradez.*

Siña Juanica quemaba, sin leerlas, todas las décimas *rabudas* que los chicos del vecindario le llevaban, práctica que hacía extensiva a los retratos del caudillo contrario y a todas las etiquetas con gallos de abundante cola que ostentaban en botellas y cajas malos rones y productos similares procedentes de diversas poblaciones del país. El gallo rabudo era el símbolo del partido horacista, al paso que el rabón lo era del jimenista.

Aunque el Gral. Cáceres, que gobernaba el país con el partido de su antiguo jefe político el General Horacio Vásquez, adoptó en 1906 medios violentos para la pacificación de la Línea, es fama que inició más tarde una política de atracción de sus contrarios, empeñado en la extinción de aquel salvaje odio que distanciaba hombres y familias enteras, y en la consolidación de la paz pública, noble interés que culminó en la designación de distinguidos *bolos* para importantes cargos en aquella Administración.

Como acontecía en aquellos tiempos de continuas revueltas, algunos de los encargados de poner en práctica el severo plan ideado para la pacificación de *La Línea*, exageraron los medios adoptados para ese fin incendiando fincas y matando animales pertenecientes

a los principales hombres de armas mal avenidos en aquella región con el gobierno de sus implacables adversarios. Aires de tragedia soplaban sobre la llanura noroestana y la gente cruzaba, llena de espanto, los caminos.

A la sazón retornaba de Haití el Señor **Bernardo Rodríguez**, padre del intrépido Gral Demetrio Rodríguez y uno de los más ricos hacendados de la Línea, que había ido al vecino Estado a realizar la venta de unas reses y desconocía los últimos sucesos políticos desarrollados en el país. No bien comienza a percatarse de la tragedia, pregunta con asombro lo ocurrido ante el lúgubre cuadro que contempla; pero la amedrentada gente no responde.

“¿Qué ha pasado por aquí?” profiere Don Bernardo a la vista de una casa destruida, que fué antigua morada de un viejo amigo. Grave silencio siguió a la nervioso exclamación. “¿Qué ha pasado por aquí?”, hubo de repetir ante una finca calcinada que viera meses antes magnífica de pasto, donde hombres y bestias parecían unir su suerte al favor de la abundancia de la misma manera que mezclaban el sudor bajo la misma fiebre de trabajo. Pero el odio templado en el crisol de la pasión política, odio de muchos linieros con el *bolismo* entre las venas, explotó en los labios de Siña Juanica, que al oír a Don Bernardo exclamar con nueva angustia: “¿Qué es lo que ha pasado por aquí?”, se atrevió a responder con ironía:

“¡No se espante, Don Bernardo: por aquí lo que ha pasado es *Orden y Honradez*”.



UN SANCOCHO SANTIAGUES

En el año 1903, en que presidía Don Alejandro Woos y Gil el gobierno dominicano, había en la ciudad de Santiago de los Caballeros una conspiración contra aquel régimen y se concertaba un plan para tomar por asalto la fortaleza de "San Luis". Este plan consistía en la simulación de una fiesta típica en honra de un antiguo general de la Restauración, con el pretexto de celebrar su cumpleaños. Debía ejecutarse un día señalado y a una señal convenida.

La fiesta consistía en un sancocho nocturno.

Habíase escogido para el sancocho una casa, antigua residencia del Gral. Miguel Andrés Pichardo, conocido generalmente por Guelito. Desde la víspera se hablaba del sancocho y no faltaron flores destinadas al viejo militar, las cuales servirían para dar apariencia de agasajo al artificio. Llegaron a la casa bateas con revólveres, coronadas de luchugas, y macutos de cápsulas disimuladas bajo la complicidad de los mapueyes.

De tal modo se le dió a la reunión el carácter que exigían las circunstancias del momento político, que uno de los conspiradores, maestro de las armas, apodado Yiyí, envolvió con un periódico su sable y partió, con él debajo del brazo, a la casa del sancocho; pero faltaba el criollo guiso democrático, y alguien, que quiso ver la comilona, advirtió por una de las rejas de la casa que sobre una mesa en deplorable ausencia de manteles daban su brillo metálico, a la escasa luz de una linterna, no los cubiertos, armas al servicio de la paz, sino sa-



bles y revólveres junto a la botella de Tavares, —viejo ron popular ya célebre en la historia del sancocho cibaeño,— y del paquete de cigarros abierto sobre la mesa como una parda flor de vicio.

La visión del fiero cuadro llegó, como un relámpago, a conocimiento del Gobernador, que sin pérdida de tiempo envió guardias con instrucciones muy secretas. A poco, disparos de fusilería alarmaron la ciudad, a tiempo en que los conspiradores huían precipitadamente abandonando el campo y dejando en poder de las autoridades un muerto y cinco heridos.

Al día siguiente una vieja censuraba con dureza la actitud del Gobierno por haber acabado a tiros el sancocho; pero un osado gobiernista que sabía lo del sable llevado entre periódicos, al oír las duras recriminaciones de la vieja, cuya lengua fué siempre azote implacable de aquel régimen, apresuróse a contestarle:

“Si, vieja, era un sancocho, porque yo ví pasar al General Yiyi con un tenedor debajo del brazo”.

UNA MALA PARTIDA Y UNA BUENA SALIDA

El general Basilio fué uno de los más distinguidos ases del *lilisismo* en la provincia de Santiago de los Caballeros. Vivía en Sabana Iglesia, de donde procedían los célebres andulleros del 30 de Marzo que al mando del General Fernando Valerio sobresalieron en la memorable batalla que en esa fecha histórica reafirmó la Independencia Nacional.

Estaba hecho a la rudeza de las armas y no carecía de dotes para el mando. De él dependían unos veinte jóvenes de probada temeridad en los combates tenidos por sus oficiales, y sobre quienes ejercía paternal autoridad. Estos oficiales le eran fieles con largueza.

Agricultura, política y faldas eran su trina ocupación. Le interesaba la agricultura, le subyugaba la política y le enloquecían las faldas. Para hallarlo fuera del hogar, solían decir los suyos: "Búsquenlo en casa de Chicha, y si no está, en la de Lula; si tampoco, en la de Margarita", y así sucesivamente.

Vakiente, *era hombre de pantalones*; mujeriego, *era hombre de faldas*. De lo primero respondían sus rojos calzones de general de Brigada y sus presillas; y de lo segundo, sus setenta y más hijos y los pleitos gordos que se armaban entre guapas mujeres, que lo eran menos de cara que de puños.

Se vió en muchas peleas sin que lo pellizcara bala alguna, y como él solía decir, cuando iba al combate más de cien velas encendidas le cubrían la retaguardia.



Así que, siendo todo fortaleza para la política, era todo debilidad para las mujeres. Y no es para extrañarlo si se piensa que lo uno suele ser, por lo general, causa de lo otro. Valor y amor suelen ser buenos amigos.

Por su parte, la buena de Cecilia, que tal era el nombre de su mujer, no le reñía por estas cosas, antes bien le ayudaba a desenvolverse con las obligaciones creadas por el desfogue pasional de Basilio fuera del ambiente doméstico. Desprendida en este punto, transigía con el expansionismo de camino real de su marido. Sabía que ella era la *mujer*, y que las otras eran *las mujeres*, frases que, en el aldeanismo de su jerga, querían decir bastante. Y se complacía en repartir diariamente leche y víveres entre las mancebas de su esposo. Hacíalo por humanidad. Cargadas de hijos, esas pobres mujeres necesitaban protección. No temían ellas recibir el menor daño de Cecilia, y buenamente se comían cuanto aquélla les enviaba. Increíble parecerá no hallar romanticismo, loma adentro, en el corazón de una mujer, sin haber penetrado en aquellos sitios distantes la moderna liberalidad del amor.

Olaro que el General Basilio, con esta vida que llevaba, necesitara de una estratagema para sacarle a la política recursos que pudieran aliviarle del peso de sus treinta cruces voluntarias, ya que, Salomón en este punto, media cosecha de tabaco se le iba en *llevarse muchachas*, en aprestos de viviendas y en avíos de partos. Escribió una larga carta al General Lilís, insinuándole la conveniencia de un buen regalo en sonante moneda mexicana, que entonces era plata corriente en el país, a unos veinte *muchachos* "más guapos que las balas", que le acompañaban en todo y a quienes tenía bajo su mando. Este regalo servía para aumentar en aquella ardorosa

juventud su profunda afición al Presidente. Acogió Lilís con simpatía la sugestión del General Basilio, a quien envió ochocientos pesos para sus aguerridos oficiales; pero el General Basilio, que estaba para *mudar* otra muchacha en esos días, se apoderó de buena parte de la suma. Súpolo Lilís y tuvo por necesario un correctivo, lo que haría tan pronto como fuera a Santiago.

Ya en aquella ciudad hizo llamar a palacio al General Basilio y en presencia del Gobernador, General Perico Pepín, y del Adjunto a la Gobernación, General Rosendo Negrete, se dirigió a Basilio en estos términos: "General, tengo que reprocharle que no se repartieran los ochocientos pesos entre sus oficiales, sino doscientos, y que se apropiara Ud. la mayor parte. ¿Cree Ud. que ha hecho bien?" El General Basilio, hombre acostumbrado a las situaciones difíciles, confió su defensa a la aventura de esta frase, que fué su salvación: "General —dijo encarándose a Lilís— cuando Ud. moja el tronco, las ramas se refrescan".





UN MEDIO DE TUMBAR GOBIERNOS

Desde el trágico 23 de marzo de 1903, en que tuvo efecto en la Fuerza de la antigua ciudad de Santo Domingo el pronunciamiento de los presos políticos contra el régimen provisional de Horacio Vásquez, hasta el mes de octubre del mismo año, gobernó el país con el partido *jimenista* Don Alejandro Woss y Gil. Quería Don Alejandro hacer política de buena voluntad con una parte de sus adversarios, e ideó escribirles y tenerlos contentos al amparo del Fisco.

La vieja consigna del honor político era, para cada partido, no servirle a otro partido. A tal grado llegaba el espíritu de parcialidad en este punto, que por inconsecuencia se tenía que un miembro cualquiera de una bandería le aceptase, sin haber antes renunciado de la suya, un empleo público al jefe de la bandería contraria que se hallara en el poder. No era sino osadía que el Gral. Gollito Polanco, tenido por un buen *horacista*, se allanara a aceptarle protección a aquel gobierno.

Conocida en casi todo el país es la fama de que gozaba como gracioso este viejo general cuya conversación era un vivo derroche de humorada. Residía en Pontezuela, campo próximo a Santiago, y su vida fué siempre mezcla de agricultor y de político.

Gollito Polanco recibió el primer sueldo con una atenta carta llena de cariñosas expresiones. No lo había solicitado. Le llegaba en momentos de crisis para sus negocios, y filosofaba a su manera: "No lo he bucao: se me ha apareció. Es suya la *botija* que un hombre

se jalla, poi casualidá, como si Dio se la pusiera en el camino". Estaba, además, en apuros de dinero, y éste le venía como cigarrillo después del café.

Esta filosofía tenía par en la casa. La buena de su mujer, un dechado de virtudes, no comulgaba con aquella rígida moral partidista, basada más en el injusto odio que separa los bandos, que en sentimientos de dignidad personal. Era un convencionalismo atrabiliario, de consecuencias hostiles a la paz, difícil de mantenerla con pasiones poco nobles, y el viejo general, ahogando sus escrúpulos, se avino a recibir el primer "sueldo" y los que le sucedieron. La familia, satisfecha, dijo: amén!; y alguien, alarmado: ¡transacción!

La noticia llegó a oídos del grupo horacista que en Santiago acostumbraba tomar el aperitivo en el café de Laíto Guerrero, frente al Parque Duarte. Reuníanse en este café, entre otros intransigentes horacistas, los señores Gral. Chago Díaz, Gral. Simón Díaz, Santiago Guzmán Espailat, Vicente Tolentino R., Francisco Antonio Bordas, José Eduvigis Rodríguez y Ramón Negrete.

El aperitivo lo era más para el bocado político del día que para la comida verdadera. Aquel trago corto de las doce, de rigurosa necesidad en esos días, era disimulo de cita, pretexto de reunión, adobo de comentarios. Había que interrogar a Gollito para poner en claro su conducta, y se le invitó al café tan pronto como se supo que estaba en la ciudad.

Montaba Gollito *un moro avizpao de mucha sangre*, que clavaba, *figurero*, a pesar de su vejez, y lo detuvo frente al café de Don Laíto. Ya le esperaban los amigos, que salieron a recibirle con un apretón de ma-

nos junto al bruto cuyo sudor espumeaba sobre los ijares castigados.

Bajó de la montura y avanzó hacia la mesa dispuesta para el diario aperitivo. Un pobre chico de la calle quedó al cuidado de la bestia. Apenas le tuvieron frente a ellos, como a quien se le dispara el primer tiro a boca e jarro, le enderezó esta zumba Vicentico: "Sólo hemos invitado al amigo, porque, al correligionario, lo damos por perdido". Otro de los del grupo, alzando el rubio vaso en cuyo fondo rodaba una aceituna, gritó: "¡Brindo por el gallo *embotado!*". Y un tercero, más florentino aún en la agudeza: "¡Por el novillo de Pontezuela!".

Gollito, con más de astuto que de simple, vió tras el embozo de las frases, el aguijón de la invectiva, y dijo: "La muchacha que poi no sei maicriá recibe una caítita y un regalo, no ta obligá a querei ai que la enamora. No soy gallo *embotao* sino de epuela limpia; y no villo mucho meno, poique toi *enterito*".

Una explosión de risas llenó todo el café, y hasta el mozo que servía mezcló su risa gorda al coro de humoradas.

¿Y por quién debes brindar, por Don Alejandro o por Don Horacio? —profirió Chago Díaz—.

"¡Poi Don Horacio! —contestó resueltamente Gollito. Soy tan horacita como ante".

"Entonces, ¿para qué coges dinero del Gobierno?" fué la última embestida, que devolvió Gollito con esta frase de Sancho campesino, con que creyó justificarse: "¡precisamente, pa debilitailo!".



LA PAZ INTERESADA

El General Gollito Polanco fué uno de los invitados por el Gral. Ramón Cáceres a la célebre reunión de generales que éste celebró en Estancia Nueva a principios de su segunda Administración pública. Viejo amigo de Mon, como era llamado en intimidad el Presidente mocano, no podía faltar en ella Gollito, ya que se consideraba uno "*de los de aposento*", con que suele indicarse en nuestro medio el grado de relación que une un hombre a otro, así en amistad como en política.

Gollito no era sólo amigo *de los de aposento* por la importancia que como hombre de armas pudiera tener, sino por el buen humor, en él característico, de que se aprovechaba el Presidente Cáceres para compensar la diaria seriedad de los asuntos administrativos. Otra cualidad, menos estimada, acaso, que las anteriores, distinguíale, y era, precisamente, la de hombre observador, de la que se ufanaba el mismo Gollito, según su propio testimonio, al decir que tenían "*buen olfato*" para la política a causa de lo cual complaciale al Presidente consultarlo, acerca de hombres y sucesos, antes de formarse opiniones sobre muchas cosas juzgadas a través de la filosofía práctica y vulgar de aquel hombre, producto crudo de su medio, con más malicia que años y más seso que prosodia.

Tales motivos hacían necesaria la presencia de Gollito Polanco en la reunión política promovida por el Presidente Cáceres en su cómoda posesión de Es-



tancia Nueva. La bella finca, fronteriza del camino real y la vía férrea, se animaba de cabalgaduras provistas de elegantes guarniciones. Parecía una exhibición de finas bestias y arreos proporcionados a la clase de animales según la importancia de sus dueños.

La botonadura dorada con las armas de la República en relieve, a lo largo de la americana de fino paño azul, con que vestían algunos de aquellos hombres hechos a los rigores de su dura carrera, daba que hacer al sol, y otro tanto podía decirse de la plata, abundante en rendajes y espuelas brilladoras.

El fin de la reunión no era otro que promover una reacción saludable contra el rancio sistema según el cual se tenía por acto de infidelidad al caudilo y a la agrupación a que se pertenecía, la aceptación de favores, especialmente de empleos, al partido contrario que se hallara en el poder.

Los partidos gobernaban solos sin la menor intervención de sus contrarios, al menos en lo administrativo, norma mantenida como ética política hasta que el Gral. Cáceres tuvo por necesario substituir aquella ideología, estrecha y egoísta, por otra que, al permitir la cooperación de otros partidos en las actividades del gobierno, humanizara la política quitándole el sello tradicional que conservó durante largo tiempo.

La práctica de este nuevo sistema exigía, naturalmente, sacrificios. Para utilizar en el desempeño de cargos públicos a miembros del partido contrario, había que dejar sin empleos a varios "*amigos de la situación*", lo que fué, para la mayor parte de ellos, causa de disgustos, al extremo de que algunos se dieran, por lo bajo, a censurar a su jefe por esta liberalidad que tenían por transacción. Ya en reuniones pri-

vadas venía hablándose de este socorrido tema. En una pulpería rural frecuentada por líderes locales amigos del Gobierno, apelóse al linaje de autoridad que suelen dar las cicatrices. “Esta pierna, decía uno —me la pasaron, fiel a mi partido, en la toma de La Vega”. “Esta costilla rota, —argüía otro— se la debo a alguno de los que pretenden beneficiarse a costa de un poder que no les pertenece”. Y una nueva intransigencia se apoyaba en el conocido proverbio: “De fuera vendrán que de casa nos echarán”.

Gollito fué a la reunión de Estancia Nueva con esta dolorosa impresión. Ocupó su asiento sin decir palabra, esperando la oportunidad de revelar su parecer al mismo jefe, a quien tuteaba y nombraba por su apodo.

Explicó el Presidente Cáceres el sentido de la cooperación que recibía de los *bolos* en el Gobierno y la causa de no poder emplear a todos sus amigos políticos; pero la tesis presidencial no cayó muy bien en el ambiente, aunque nadie protestaba, salvo un aguerrido general de Santiago, que roncaba a media voz: “Mire *uté el diablo!*” amén de otro que en buen lenguaje de gallero profería: “*Mala pluma, mala pluma!*”.

Con firme entonación acentuó el Gral. Cáceres la necesidad de la paz, empeñado en hacer ver a todos que sin paz no podía haber trabajo ni progreso en el país. Perseguía el Presidente un interés de paz; pero sus amigos perseguían una paz con interés, o el interés mismo sin la paz, que para muchos es mejor negocio, ya que no los mueve estímulo alguno de ideales.

Dió el Gral. Cáceres por agotado su turno y ofreció la palabra a todos los que desearan hacer uso de ella en relación con lo que acababa de exponer, y no bien

hubo terminado se incorporó Gollito de su asiento y, como si quisiera expresar, más que su propio parecer, el de todos sus compañeros, dejó caer en la reunión, pesadas como piedras, estas célebres palabras:

“Sí, Mon, e muy buena la pa, pero con sueido”.



LOS LADRONES DE LO SUYO

General *Masú* solían llamar en el Cibao a uno de nuestros más pertinaces revoltosos, para quien la vida carecía de interés si había de llevarse sin tropiezos en medio de una paz consentidora, las más de las veces, de los irritantes desdenes a la consideración social y al respeto público, muy de la índole de mandatarios carentes de sentido político y de amor a la libertad. Era un hombre cuarentón, bronceado, de ojos negros y audaces, musculoso, de mediana estatura, acomodado, gastador, mujeriego, buen gallero y mejor *tercio*. De su valor hablaban con elocuencia singular sus cicatrices.

No tenía el General Masú un ideal en política, ni sus escasos medios de cultura le permitían entrar en razonamientos acerca de la necesidad de sanear el ambiente político y social de su tiempo. Sin embargo, simpatizaba con los políticos a quienes la opinión pública señalaba como los mejores, y era frecuente oírlo gastar frases encarecedoras en favor de *Espaillet*, derribado, según él, por haberse pasado de bueno. “Es necesario —decía— que al jefe se le tema, porque si no, se lo beben como agua. Yo no estoy con lo suave. “No me gusta que el sable esté siempre en la vaina”.

Así hablaba a sus amigos en horas de tertulia dominguera, y como era gallero de temperamento, por haber bebido la afición a los gallos en la leche de su madre, que fué hija única del mejor gallero de la co-

marca, le oí exclamar un día frente a uno de los mejores ases de su cuadra: "Canta bonito, pero tiene buenas espuelas", frase que lo caracterizaba como un filósofo de la guerra.

Cierto día recibió el General Masú, estando en Puerto Plata, orden expresa de pasar a Santiago con toda la gente que le acompañaba. Urgía su presencia en aquella ciudad y el General salió a caballo al frente de cincuenta hombres ordenando a los de a pie hacerse de monturas donde las encontrarán y continuar la marcha hasta La Cumbre, en donde había resuelto pernoctar.

Su gente, desde las duras lomas, oteaba los llanos persiguiendo monturas, y a las puertas de las viviendas inquiría con imperiosa entonación si las había, hasta que daba con ellas, llevándoselas sin miramientos a la vista de sus dueños, que no sabían cómo impedirlo. Agricultores con solo un animal pasaron por la pena de verle salir, sin que bastaran razonables explicaciones acerca de que era el único de que disponían para sus diarias faenas. Sabían los pobres dueños que aquello no era sino un robo, puesto que rara vez se recuperaban los animales cogidos por la tropa en tiempo de revuelta. Sin embargo, decidieron seguir detrás de sus bestias, esperanzados en su devolución cuando pudieran ver en La Cumbre al propio General y suplicárselo.

Una vez en La Cumbre, huésped de un viejo amigo suyo, que le brindó posada, el General dió a su gente la orden de recogerse hasta la madrugada. La previsión, que fué siempre recurso de los verdaderos hombres de armas, se manifestó bien pronto ante la posibilidad de que los dueños de los caballos quitados en el

camino, que seguían detrás de la tropa, sacaran los animales de la cerca a donde habían sido llevados. Un centinela vigilaría durante toda la noche.

Los dueños de las bestias llegaron a La Cumbre a las 12. La tropa dormía en una típica enramada. Uno de ellos, el más osado y astuto al propio tiempo, discurreó de esta manera: "El General ya estará durmiendo y no hay que pensar en despertarlo. Además no ha de ser hombre tan bobo que nos devuelva los caballos, en perjuicio de su tropa. Lo que hay que hacer es entrar sin hacer ruido en la cerca, y coger nuestros caballos".

Hubo cierto temor; pero el interés lo hizo el diablo, como suele decirse, y el plan se puso en práctica. Propicio era el ambiente: el silencio parecía secundar el designio de los pobres agricultores. La sombra daba confianza. Ni un perro delator en aquella hora. Hasta los cocuyos presentáronles sus lámparas errantes, émulos de los ojos, llenos de inquietud, de los caballos. Confiados ganaron la tranquila cerca; pero el celoso guardián, prevenido de lo que podía suceder, advirtió ruido de pasos y el crujir de la madera de la puerta de *trancas* con el peso de los cuerpos humanos. Aguzó el oído y pensó de repente: "¡Son ellos!". El cañón del fusil se elevó, vibró el gatillo macabro y salió el tiro, multiplicado por el eco en las montañas. Las gallinas lanzaron agudas estridencias; cundió la alarma en medio de la tropa, y cuando el General Masú, sable en mano y en paños indiscretos, inquirió al centinela: "¿El enemigo?", el centinela, con la ironía de la conciencia, que suele manifestarse en muchos ca-

sos sin que haya la intención de ser irónico, respondió en alta voz:

¡General, son los dueños, que se están robando los caballos!



RAFAEL DAMIRON

Nació en Barahona el 9 de junio de 1882 y murió en Santo Domingo el 6 de enero de 1956. Fué una vida intensa, plena de alternativas: poeta, periodista, militar, político, diplomático, novelista, cuentista, comediógrafo, costumbrista. Pero se distinguió particularmente en la novela y en el cuadro de costumbres. Gran parte de su obra podría considerarse como autobiográfica, ya que fué actor o testigo en la mayoría de sus relatos.

Obras: *Del cesarismo, novela, 1911; El monólogo de la locura, novela, 1914; Alma criolla, teatro, 1916; La sonrisa de Concho, cuadros de costumbres, 1921; ¡Ay de los vencidos!, novela, 1925; Estampas, cuadros de costumbres, 1938; De nuestro Sur remoto, conferencia, 1947; Pimentones, artículos de humor y sátira política, 1938; La Cacica, novela, 1944; Hello, Jimmy, 1945; Revolución, novela, 1940; De soslayo, cuadros de costumbres, 1948; Memorias y comentarios, 1953; Huerto Remoto (s.a.); Cronicones de antaño, 1949; y Nosotros, 1955.*

El cuento reproducido procede de La sonrisa de Concho.



POLITICA DE AMARRE

A la muerte del General Ramón Cáceres, la República quedó suspensa, como bajo un narcótico que no la dejaba enderezar los verdaderos rumbos políticos que convenían a una solución pacífica y satisfactoria para todos los intereses de la Nación.

La ciudad de Santiago, presa de la natural conmoción que producen los sucesos cuando son conocidos a grandes rasgos, y deformados por la habitual impaciencia de la distancia, esperaba la clave de las futuras combinaciones políticas para ver de escoger aquellas que estuvieran en mejor armonía con las premuras de la hora.

Como se notaran barruntos de rebelión en la atmósfera, el Gobernador Luna pensó en el apoyo de los más prestigiosos y leales amigos de la situación, y quiso para conocer el pensamiento de ellos, celebrar una reunión de veteranos de las armas, pasando una circular entre los tenientes del finado Presidente Cáceres, y muy especialmente entre aquellos que habían gozado de la gran estimación del ya extinto Jefe del Estado.

Nuestro hombre de campo, trabajador, político y filósofo, tiene como norma ante los grandes acontecimientos, optar por una discreción que a mas llegar, no pasa de una evasiva inviolable.

Jamás emite una opinión sobre cuestiones que no entienda, y si las entiende y quiere ocultar sus particulares apreciaciones, encontrará con elocuencia y astu-

cia, segura manera de salir de la más embarazosa situación.

Así es nuestro hombre: malicioso y discreto.

De modo, pues, que cuando el Gobernador Luna vió reunidos en el salón principal de la Gobernación, al más representativo grupo de generales, después de ofrecerles el testimonio de su agradecimiento, y su pesar por el triste motivo que originaba tal requerimiento de su autoridad, confiado en la lealdad de aquellos prestantes brazos de la buena causa de la paz de la República, pasó a lo que integraba el tópicó más importante de la hora.

—Señores —dijo— el país necesita del mayor desinterés personal en este deplorable instante de la historia nacional. Cada uno de nosotros está en el deber, por sobre todas las cosas, de ver la necesidad de una franca armonía entre todos los dominicanos. La anarquía sería la muerte de las instituciones. De modo, que debemos ponernos de acuerdo sobre esta especialísima cuestión: ¿Quién debe ocupar la Presidencia de la República? Y acerca de esto, es que quiero oír la más franca y sincera opinión de ustedes.

—En la Capital —continuó— han surgido los nombres de Don Eladio Victoria, de Don Federico Velázquez Hernández, del General Horacio Vásquez y de Juan Isidro Jimenes. ¿Cuál de éstos hombres les parece a ustedes que debemos sustentar?

Un silencio de piedra tapió las veinte bocas de veinte Generales allí presentes.

Gollito Polanco, gruñó, se rascó la barba, y se puso a cazar una mosca que parecía revolotearle encima de nariz.

Unos miraron hacia el patio; otros se enjugaron el copioso sudor; los más, bostezaron.

El Gobernador Luna aguardaba impaciente. Pero al notar que el viejo Juan Anico le tocaba con el codo al ladino Niño Camilo, se dirigió a este último:

—Vamos a ver, General Camilo, cual es su parecer, usted que es hombre de experiencia en estas cosas?

El General Camilo, con un despejo admirable, se puso de pié, abrió los brazos, cerró los ojos, y dijo:

Señores, yo estoy *doimío* y con los brazos *abieitos*, el que me caiga en ellos, le daré un abrazo....





JAFET D. HERNANDEZ

Nació en Santiago en 1882 y murió en Santo Domingo el 24 de junio de 1950.

Aunque figuró mas como abogado que como escritor, con alguna frecuencia llegaba al campo de las letras, dedicándose a los estudios sociológicos, a la gramática castellana, a la narración, algunas de ellas leídas por él en actos culturales.

Publicó una Sintaxis de la lengua española, 1951; y Consideraciones jurídicas sobre el artículo 113 del Código de Comercio, 1909.

Militó en nuestras contiendas civiles y figuró con relieve en la llamada Revolución desunionista, en el ataque a San Pedro de Macorís. Fué Secretario de Estado y luego Juez del Tribunal de Tierras.

El cuento reproducido se publicó en la valiosa revista Sangre Nueva, de La Vega, edición 5, del 15 de diciembre de 1922.





DE LA GUERRA

El ideal, en nuestras cruentas luchas intestinas, puede decirse que casi fué letra muerta. Se mataba, se pillaba, se incendiaba, se llevaban a cabo estupendos hechos de guerra que demostraban valor y arrojo en alto grado, se cometían, en una palabra, todos los horrores que lleva consigo la guerra, así como todas las heroicidades, sin que al final de la contienda un cambio en lo político y en lo económico viniera a tender uno como manto de felicidad y de bienestar por el cielo oscuro de nuestra República. Salvo un reducido número de personas que militaban en las filas de los partidos que se discutían el poder y que luchaban por conquistarlo con la noble ambición de un mejoramiento en todos los ramos de la administración pública, el resto sólo se debatía a brazo partido, puestas sus miras en sacar provecho de su labor, si la suerte favorecía con el triunfo al bando de sus simpatías.

Y así veíamos a don Fabriciano Sábelotodo desgañitándose en manifestaciones públicas y en acaloradas sesiones con el único *desinteresado* propósito de conquistar con sus grandes ejecutorias una curul de Senador. A Sisebuto Paniaguado dando en las elecciones, con pitos y tambores, algunos puñados de pesos nacionales para resarcir sus dádivas, en triunfando los suyos, con una cartera de Ministro de Hacienda. Al joven Ramiro Chifladura, cuya única hoja de servicio consiste en su grande ignorancia y no menos grande ambición, aparentando saberlo todo, idearlo todo, hacerlo todo y zan-



jarlo todo, con tal de que al fin de la campaña se le invistiera con los arreos de una Diputación. El general Raimundo Bravo se comprometía a colaborar con el éxito de la causa, si se le aseguraba el Ministerio de la Guerra o una Comandancia de Armas. El coronel Fuego al Centro, gesticulando y hablando por los codos, ponía al servicio de la gente honrada todo el arsenal de su prestigio, siempre que se le diera la Jefatura de una Comandancia aunque fuera imaginaria. Este humildísimo personaje, Benito Tarragosa, modesto como ninguno, se contentaba con poca cosa: *Director de Rentas Alcohólicas de San Pedro de Macorís*. Esotro, se metía de lleno en el asunto, si se le aseguraba el nombramiento de Administrador de Hacienda. Quien, con más ínfulas que un mariscal de los tiempos napoleónicos, *daba* su gente, si le prometían, bajo palabra de honor, la Gobernación de tal o cual Provincia. El otro, admirador ferviente de las bocamangas y de los entorchados, se transaba por una Comandancia de Puerto. Y así, sucesivamente, daba gusto ver a cualquier advenedizo desarrollar a plena luz meridiana la potencia de sus facultades y ambiciones, vinculadas en un prestigio de cartón y puestas en evidencia en diferentes ocasiones.

Daba gusto también y hasta cierta compasión risible observar como, regularmente, esos personajes iban poco a poco descendiendo de la torre de sus gigantescas ambiciones, a medida que la realidad los iba poniendo sobre la línea de sus irrealizables pretensiones. Entonces era de ver con la facilidad con que el individuo tal, que soñaba con una Gobernación, venía a conformarse con ser teniente de la Guardia Republicana; al general cual, que pensaba y ansiaba grandes cosas, resignarse a la postre con una simple Inspectoría de Estampillas o con

ser Alcaide de la Cárcel, etc., etc.

Ese era, con poquísimas excepciones, el proceso evolutivo de nuestro ideal en la serie de revoluciones que aclararon el país.

Lo que acaso no me sea a mí posible conseguir con la pluma y que pone de manifiesto la verdad de lo que vengo relatando, lo dirá al lector con grandiosa elocuencia, el diálogo que se desarrolla al final de este cuento.

Eran los días subsiguientes al 26 de abril de 1902. Después de grandes preparativos y no menos grandes afanes, logró la revolución reunir un buen contingente de tropa para enviarla a la Capital, único baluarte que quedaba del Gobierno del Presidente Jiménez.

Para poder reunir ese contingente de tropas, tuvieron los jefes del movimiento que echar mano de toda clase de gente: individuos aspirantes a altos y mantecosos empleos, muchos de los cuales no iban a exponer su vida al capricho de una bala, sino sólo a formar número y a ejercer presión moral en el ánimo de la tropa; y pobres infelices que, aparte de la insignificante diaria ración, se conformaban, al fin de la inútil y desastrosa lucha, con una muda y una frazada, como premio a su cooperación en el triunfo, cuando no, tenían que irse para sus respectivas casas *limpios de polvo y paja*, sin volverle a ver la cara a los jefes del movimiento. Infelices, repito, que cual manada de ovejas, eran llevados al sacrificio sin importarles un ardite las causas y con-causas que motivaban las revoluciones ni tratar mucho menos de averiguarlas.

Con las peripecias propias de esa clase de jornadas habían llegado las tropas a las cercanías de la Capital. Mientras acampaban en un lugar que no recuerdo se

suscitó entre dos de los revolucionarios el siguiente diálogo:

En cuantico lleguemo a la capitai le vua pedí ai viejo un pai de zapato.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Adió, eso que oite: que en cuantico lleguemos a la Capitai le vua pedí un pai de zapato ai viejo.

El otro, de seguro sospechando algo y que parecía menos carne de cañón, le pregunta:

—¿A qué viejo?

—*Unjú, a cuai va sei: ai viejo Jimene.*

—Pero si es a ese a quien vamos a tumbar.

—¿Cómo, a ese viejo e que vamo a tumbai? *Po se fuñó Jimene.*



MAX HENRIQUEZ UREÑA

Nació en Santo Domingo el 16 de noviembre de 1885. Hijo de dos grandes figuras intelectuales de la América, del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal y de la poetisa Salomé Ureña de Henríquez, y hermano del humanista Padre Henriquez Ureña. No se atuvo a esa gloria y él mismo forjó la suya, en el cultivo de su brillante inteligencia.

Su obra abarca, pasmosamente, multitud de campos: la poesía, la novela, el cuento, la historia, el derecho, la oratoria, la crítica literaria, la crítica de arte —música—, el magisterio, y, además, la diplomacia y la política.

En la literatura narrativa ocupa entre nosotros sitio privilegiado, como lo atestiguan sus Episodios dominicanos: La Independencia Efímera, 1938; La Conspiración de los Alcarrizos, 1941; El Arzobispo Valera, 1941; El Ideal de los Trinitarios, 1951; y sus Cuentos insulares, publicados en 1947 que resumen el proceso histórico-político de Cuba, uno de los cuales se incluye en la Antología de Sócrates Nolasco, La Conga se va, que éste considera "cuento cumbre del realismo por la vitalidad, el colorido y movimiento de muchedumbres".

De su extensa bibliografía, enriqueciéndose cada día más, baste apuntar aquí, además, Rodó y Rubén Darío, 1919; El retorno de los galeones, 1930; Los yanquis en Santo Domingo, 1929; Panorama histórico de la literatura dominicana, 1945; y Breve historia del modernismo, 1954.

El cuento reproducido pertenece al segundo volumen de Cuentos insulares, inédito, y corresponde a lo que podríamos llamar Cuentos del Parque Colón, que gozó de tanta fama como mentidero de la política dominicana del pasado.



BORRON Y CUENTA NUEVA

—Ya dieron las ocho... ¡Ahí va don Melitón!

Todas las noches, con precisión cronométrica, lo veían pasar a la misma hora los habituales usufructuarios de aquel banco situado al centro del Parque Colón, en la vieja ciudad de Santo Domingo de Guzmán, frente a la estatua que perpetúa la figura del Descubridor del Nuevo Mundo, que con el brazo extendido y el índice recto señala el advenimiento de la tierra prometida.

Don Melitón cruzaba a pasos lentos por una de las avenidas que forman el marco cuadrangular del parque. Noche a noche recorría ese cuadrilátero unas cuantas veces, y al cabo de media hora, cumplido ese rito higiénico, se retiraba por una de las esquinas del parque.

Don Melitón iba siempre solo, callado, como quien obedece a internas cavilaciones. No era el único paseante que se consagraba a ese ejercicio, pero sí el más puntual y exacto, pues los demás no hacían gala de igual regularidad, ni llegaban a hora fija, ni eran paseantes solitarios. Con alguna frecuencia aparecían don Julián y don Fermín; apareados, daban alguna que otra vuelta al cuadrilátero, y como don Julián era alto y delgado y don Fermín era grueso y ventrudo, el humorismo criollo los había equiparado al más popular anuncio de la Emulsión de Scott: antes de usarla y después de usarla. Pero don Julián y don Fermín solían interrumpir su recorrido para conversar con algún transeún-



te. Don Melitón, no: cuando más, aminoraba su marcha si alguien voceaba:

—¡Adios, don Melitón!

—¡Buenas noches!,— contestaba él, volviendo la vista, sin detenerse, hacia el lado de donde partía el saludo; y seguía su recorrido hasta cumplir la media hora de ejercicio.

El nombre de ese paseante solitario de todas las noches se había ido rodeando de misterioso prestigio. Algunos lo consideraban como un excéntrico; pero, para los más, era un hombre de superior capacidad e inteligencia, que no gustaba de perder el tiempo en charlas insustanciales: la talla mental de ese transeúnte ensimismado adquirió de ese modo categoría excepcional.

La curiosa personalidad de don Melitón era tema frecuente, casi obligado, en todos los ámbitos del Parque Colón, que a lo largo del tiempo se mantenía como sabroso mentidero a cuyo influjo se hacían y deshacían reputaciones, se derribaban gobiernos y se fraguaban juegos florales.

—¿En qué irá pensando don Melitón?,— preguntaba Toño, uno de los concurrentes invariables del banco situado frente a la estatua de Colón.

—Eso es lo que muchos querrían saber, —apuntaba Gasparito— ¡Qué hombre más raro!

—Nada tiene de raro—, terció don Patricio, que en razón de sus años solía hablar en tono de oráculo ante la que él mismo condescendía en llamar “juventud dorada” —Don Melitón es un cerebro bien equilibrado, sabio en economía política, experto en los negocios... En algo serio irá pensando...

—Bueno... Es un agente de negocios... como hay otros, pero nunca he oído decir que esté metido en

grandes empresas...

—Es que él sólo busca negocios seguros y limpios, porque detesta las combinaciones turbias... No ha hecho gran fortuna, aunque disfruta de cierto bienestar, pero de que sabe, sabe...

—Mi papá dice que es un verdadero economista, y que ojalá hubiera aquí muchos hombres como él,—apuntó Feilo, otro de los jóvenes para quienes aquel banco era un club.

—Pero no habla con nadie, y siempre va solo....

—¡Claro! —ripostó don Patricio—. ¿Con quién va a hablar, si nadie se dedica, como él, a profundos estudios económico? Recibe las mejores revistas de la materia, tanto de Europa como de los Estados Unidos, y esas son sus lecturas. ¿Con quién las va a comentar?... Yo apenas lo conozco, porque él es hombre retraído, pero sé lo que vale. Sería un gran Ministro de Hacienda, pero estoy seguro de que, si le ofrecieran ese cargo, no lo aceptaría, porque no transige con las indecencias de nuestra política, que están llevando el país a la ruina. Y si aceptara, tendría que soltar la cartera a las pocas semanas, porque no lo dejarían desarrollar un plan científico y serio para enderezar nuestras finanzas...

Al retirarse Toño esa noche, acompañado de Gasparito, que tenía que seguir el mismo rumbo, se mostró contagiado con el entusiasmo de don Patricio:

—La verdad es, Gasparito, que si tenemos un hombre de esa talla, es una lástima que no haya un gobierno sensato que lo llame al Ministerio de Hacienda...

Gasparito soltó la carcajada:

—Pamplinas, Toño, pamplinas. Yo no creo en sabios que guardan actitudes de esfinge. Don Patricio lo admi-

ra, pero nunca ha cambiado con él más que el saludo; y nadie, que yo sepa, le ha oído dar una opinión que valga la pena. Le conozco sólo una virtud: saber callar; pero yo siempre he pensado que los que callan no tienen nada que decir. Ese hombre está vacío por dentro, no hay quien me quite eso de la cabeza.

—Pero ya oíste que el papá de Fello dice que don Melitón es todo un economista...

—El papá de Fello está cortado con la misma tijera que don Patricio, y no serán pocos los que estén en su caso. Somos muy impresionables: nos seducen las apariencias; y calificamos de sabio a un hombre como ése, a quien no es posible atribuir ninguna tontería, porque, como se calla, no tiene ocasión de decirla.

A la noche siguiente, cuando iban para el parque, Toño propuso a Gasparito:

—No está de más que hagamos un sondeo, a ver qué piensa de don Melitón la gente que viene por aquí todas las noches...

—No es necesario, Toño. Como don Patricio hay muchos...

Empezaron los dos su indagatoria, yendo de grupo en grupo y de banco en banco. Sin discrepancias, sólo oyeron elogios para don Melitón.

—Qué tal sería como Ministro de Hacienda? —preguntó Gasparito.

—Estupendo; pero no hay gobierno que lo consiga. Don Melitón está muy por encima de nuestra política...,— decía uno.

—Es un hombre superior. Este medio le resulta chiquito...,— afirmaba otro.

—Nadie como él para enderezar esto, si lo dejaran...,— reconocían los más.

—Ahora mismo, —saltó el de más allá,— si ese hombre se decidiera, podría arreglar en un santiamén la desastrosa situación de nuestras finanzas...

En eso, dadas las ocho, se aproximaba don Melitón, que iniciaba sus vueltas al parque. Gasparito, acuciado por su espíritu travieso, se decidió a abordarlo, marchando a compás con él!

—Perdóneme la libertad que me tomo, don Melitón, pero ¿ve usted una solución a la situación actual de nuestras finanzas?

—¡Ah! ¿Pero es que nosotros tenemos finanzas? —contestó don Melitón sin detenerse—. Y con una sonrisa escéptica cortó en seco la cuestión.

La pregunta que don Melitón formuló como respuesta a Gasparito circuló rápidamente por todo el parque y provocó cálidas expresiones de admiración.

—No. Si la verdad es que en cuatro palabras ha dicho más que otros con cien discursos...

—¡Qué seguridad y qué aplomo!

Y don Patricio, atrincherado en su banco predilecto frente a la estatua, no pudo menos que reincidir en su perorata de la víspera en loor de don Melitón: no había otro hombre como ése.

Gasparito no pudo contenerse:

—Dispéñeme, don Patricio, pero por más vueltas que doy a lo que dijo, no le encuentro sentido.

—¿Quieres más?

—Sí, porque eso de que somos un país sin finanzas, que es lo que, en resumen, quiso apuntar don Melitón, me parece una mentecatada...

—¡Mentecatada! Si esa es la disección más severa que puede hacerse del momento actual... ¡Qué fina ironía!

—Bueno, don Patricio, pero convengamos en que esa ironía es una forma cómoda de evadir la cuestión que yo planteaba...

II

Pasó el tiempo. Don Melitón seguía dando sus paseos higiénicos, noche a noche. Todos lo veían pasar con respeto. Su frase: “¿pero es que nosotros tenemos finanzas?” corrió fortuna y se hizo popular. Y un día ocurrió lo que tanto se había predicho: a don Melitón le fue ofrecida la cartera de Hacienda por un gobierno en bancarrota, y don Melitón la rechazó.

El coro de alabanzas fue unánime:

¿Cómo iba a aceptar eso don Melitón? ¡Un hombre de su saber y su prestigio! ¿Qué se había creído la gente del gobiernito ése? ¡Este don Melitón era mucho Melitón!

Estalló la revolución que venía incubándose hacía rato, y se impuso un cambio de decoraciones en la administración pública: caído el “gobierno bancarrotero”, como se dio en llamarlo, se estableció un gobierno provisional que en vano quiso equilibrar el lamentable estado de la Hacienda. La voz pública proclamaba que el único hombre que podía sanear el tesoro nacional era don Melitón.

—¡Y esta vez sí que no debe negarse a servir, porque la revolución se ha hecho para salvar el país! —vociferaban muchos partidarios de la nueva situación política.

—¡Hay que exigirle ese sacrificio! —gritaban otros.

—¡No le harán caso ni lo dejarán poner en planta sus ideas! —sostenían los del otro bando político, de-

fensores del gobierno recién caído.

En igual forma estaba dividida la opinión de los llamados "neutrales", pues, como de costumbre, había *neutrales* de un bando y del otro bando, pero, en sustancia, la personalidad de don Melitón resultaba enaltecida por todos esos comentarios.

Al fin, cediendo a la presión de la opinión pública, el gobierno provisional ofreció a don Melitón la cartera de Hacienda. Y en medio de la expectación general, don Melitón aceptó.

Cuando, prestado el juramento de rigor, se encaminaba don Melitón a tomar posesión de su elevado cargo, no faltaron aplausos y vivas a su paso por las calles; y a la entrada del Ministerio, donde abigarrado gentío esperaba verlo llegar, un hombre del pueblo se cuadró frente a él y lanzó un estruendoso "¡Viva el salvador de la Hacienda Nacional!", que fue coreado en forma delirante por la muchedumbre allí aglomerada.

Don Melitón subió la escalera principal del edificio, guiado diligentemente por el subsecretario del ramo, e hizo su entrada en el salón que desde aquel momento iba a ser su despacho ministerial. De pie frente al escritorio que le estaba reservado, ordenó a los conserjes que hicieran pasar el personal del Ministerio. Y cuando el salón se vio repleto de funcionarios y empleados, mientras en los pasillos inmediatos se apretujaba compacta muchedumbre de curiosos, dijo secamente:

—Las palabras sobran. Desde este momento empezamos a trabajar, que es lo que hace falta; pero antes quiero que el Contador general de Hacienda me resuma brevemente cual es el estado del tesoro público.

El Contador, veterano en esas lides, avezado a situaciones semejantes, pues había servido en el mismo

puesto a doce gobiernos en continuo déficit, insinuó:

—Señor Ministro, nuestro déficit es ya proverbial. El Estado debe...

Don Melitón no lo dejó continuar:

—¿El Estado debe? ¡Malo! Y si el mal es endémico, peor. ¡El Estado no debe deber!

Un trueno de aplausos coronó esas palabras. Del público amontonado en los pasillos brotaron voces exaltadas:

—¡Este sí que es un gallo de pelea! ¡El Estado no debe deber! ¡Qué elocuencia! Esa frase es un monumento!... ¡El Estado no debe deber! ¡Qué turpén!... ¡El Estado no debe deber!

Y la categórica sentencia de don Melitón seguía repitiéndose de boca en boca.

Calmada esa tumultuaria demostración de entusiasmo, don Melitón agregó:

—¡El Estado no debe deber! he dicho y lo repito. Y para conjurar la situación reinante, desde hoy pagaremos al día los gastos presupuestales, y lo atrasado lo arreglaremos más adelante. Queda terminada la reunión.

Gasparito, que estaba en los pasillos en unión de don Patricio y Toño, no pudo menos que exclamar en alta voz:

—¡Este es un Ministro de borrón y cuenta nueva!

—Cállate, muchacho! le recomendó don Patricio; pero, merced a la veleidad característica del público callejero, la frase de Gasparito encontró, como antes la de don Melitón, quienes la repitieran con fruición, mientras el gentío abandonaba el edificio.

—¡Borrón y cuenta nueva! ¡valiente panacea! ¡Borrón y cuenta nueva!

Esa noche, don Patricio creyó de su deber echar en cara a Gasparito su actitud de burla y sarcasmo para con el gran economista que había de salvar el país de la bancarrota.

—Si es así, don Patricio, —contestó Gasparito,— esperamos el resultado de la política económica que él anuncia. Pero yo no veo salvación ninguna en el hecho de convertir en deuda flotante el déficit existente, porque eso y no otra cosa es lo que anunció don Melitón como medida *salvadora*. Don Melitón va derechamente al fracaso. Al segundo mes no podrá pagar al día los sueldos y gastos del presupuesto. El déficit continuará y aumentará.

—¿Cómo te atreves a sostener eso?

—Porque el déficit no podrá desaparecer si no se suprimen las causas y concausas que lo han provocado. Se impone una revisión integral de nuestro sistema tributario y de nuestras erogaciones presupuestales....

—¿Y tú crees que don Melitón no tiene en cuenta todo eso en el plan regenerador que anuncia para nuestra Hacienda?

—No lo creo. Don Melitón gozará de un triunfo ilusorio cuando, a últimos de este mes, pague con puntualidad los sueldos, pero no podrá cubrir totalmente los gastos y a la vuelta de un par de semanas un nuevo déficit se habrá acumulado. No creo en la política simplista de don Melitón, que pasará a la historia como el Ministro del borrón y cuanta nueva, y no me arrepiento de haber sido el que lo bautizó así.

III

Dos meses después presentó su renuncia don Melitón.

—Se va *Borrón y cuenta nueva*, y deja un déficit mayor que el que encontró. ¡Qué fracaso! —tal era el comentario callejero.

Pero esas críticas fueron atenuándose a poco. Las fuerzas de oposición tomaron pie en la renuncia de don Melitón para atacar al régimen existente.

—¡No lo han dejado desarrollar su plan de regeneración económica! Sólo estorbos encontró en su camino. Con un gobierno así cualquier hombre superior tenía que fracasar.

Don Melitón seguía dando vueltas al parque, con la cabeza más erguida que nunca. En el andar de los días, su personalidad crecía en estatura, en vez de disminuir. La reacción a su favor ganaba terreno. Era un incomprendido a quien las malas artes de la política habían empujado al fracaso.

Lo que se ha hecho con este hombre es inicuo, —aseguraba don Patricio,— y tu, Gasparito, has contribuido a ello asignándole el mote de “Borrón y cuenta nueva”. Le exigen el sacrificio de su tranquilidad, y no lo dejan hacer nada. Porque eso de “Borrón y cuenta nueva” no es más que una irreverencia tuya, Gasparito. Don Melitón tenía y tiene miras muy elevadas, y sabía lo que había que hacer. Ahí están sus proyectos de decreto, que no aceptó el Consejo de Ministros, porque a toda idea suya le ponían reparos. Pero el hombre está ahí, y no podrá negarse mañana a un nuevo sacrificio en aras de la patria... Hay derrotas que son triunfos...

Gasparito optó por callar. Comprendía que don Patricio era el eco del sentir popular, y que toda objeción era inútil. Por singular paradoja, el hombre de los paseos solitarios alrededor del Parque Colón se agigantaba

con el tiempo. Don Melitón era ya el símbolo de una aspiración nunca satisfecha. El pueblo no se resignaba a dar por fallidas sus esperanzas de buen gobierno. Equivocado muchas veces con otros hombres a lo largo de la historia, se aferraba a esta nueva ilusión como un náufrago que cree encontrar en un débil madero su tabla de salvación.

Días después comentaron los periódicos, con grandes elogios, unas declaraciones que un reportero arrancó a don Melitón en uno de sus paseos por el parque:

—Confieso que me equivoqué, —dijo don Melitón—. No basta con llevar a cabo una reforma en nuestra Hacienda. El país lo que necesita es una reorganización integral. Sí, esa es la palabra: in-te-gral... Así como suena...

—¿Sabes lo que quiere decir eso? —preguntó Gasparito a Toño—. Que don Melitón trueca su papel de economista por el de estadista. Las aspiraciones que ha venido rumiando para sus adentros en tantos años de dar vueltas al Parque Colón, son ahora más altas. Y como el pueblo se ha dejado embaucar por ese hombre que sabe cultivar el arte de no hablar o de hablar poco, ya lo veremos, uno de estos días, en la Presidencia de la República...



AGUSTIN AYBAR

El celebrado cronista santiagués Agustín Aybar nació en Sabaneta el 3 de abril de 1902 y murió en Santiago el 24 de mayo de 1959. Hijo de Francisco Aybar y de Mercedes Diez.

Desde temprano aficionado al cuento, publicó en 1922 Gotas de tragedia, en que recogió ocho breves cuentos de relativo mérito. Mas tarde, en 1932, publicó su obra Pencas de palma, episodios de la intervención norteamericana, cuentos criollos y charlas políticas, a las que pertenece la charla que se reproduce en este libro. También dió a la luz Minutos, Ensayos humorísticos, en Santiago, sin indicación de año.

Aybar usaba, en la prensa de Santiago, el seudónimo de Parlero.





SOR DE MOCA...

Dice un adagio que "a cada puerco le llega su San Martín" o que "a cada santo le toca su día".

Y así es en todos los órdenes.

Nadie debe reirse de la desgracia de nadie, porque nadie sabe cuándo le toca al otro reirse del que de él se ríe ahora.

Lo mismo:

Nadie en la desgracia se desepere por la felicidad de otro, porque no se sabe cuándo el feliz de ahora, debatiéndose en medio de la desgracia tendrá que envidiar al que por desgraciado despreció ayer.

Eso no es más que filosofía, impepinable.

Porque así ha sido, es y sigue siendo.

En la política ocurre lo mismo que ocurre en todo los órdenes de la vida.

Al que ayer vimos orondamente pasear en la cima del bienestar político, hoy lo vemos, cabizbajo, astroso, lacrimoso y acobardado, caminando de prisa y como quien teme a las miradas de los demás.

Y viceversa:

El que ayer fué un derrotado en todos los órdenes, el que ayer no tenía que comer, ni qué vestir, y que tenía que ir por las calles pidiendo cigarrillos, con el calzado muriéndose de risa y enseñando como lengua el dedo grande del pié, ahora lo vemos en carro "pescuezo largo", y teniendo en sus manos, aún flácidas y temblorosas por las miserias pasadas, todos los medios del buen vivir.

Por eso es que se dice, en medio de todas las desgracias, la gran frase del optimismo: "No hay que apurarse" agregando aquella gran exclamación: ¡quien sabe!...

Los pueblos, por ejemplo, se quejan muchas veces de los gobiernos que los han tenido en completo abandono mientras otros han sido objeto de todas las atenciones oficiales.

Por ejemplo, en el gobierno de Horacio Vásquez, Moca y San José de las Matas fueron pueblos favoritos.

Para Moca y para San José de las Matas hubo de todo. El tren de empleados públicos era en su mayoría mocano y para San José de las Matas hubo todo el adelanto apetecible para una aldea de su categoría.

Los mocanos llenaban todas las oficinas públicas de la Capital y gran parte de las otras ciudades.

De ahí que no había mejor recomendación para adquirir un destino público, que repetir la célebre frase: *Sor de Moca*.

Nos recordamos de que una vez desembarcó en Santo Domingo un vegano que había pasado más de seis años en el extranjero.

Al llegar y encontrarse con tantos mocanos, en el muelle, en el hotel, en el restorán, en el parque Colón, en el teatro, y como todos eran viejos conocidos suyos, y como el recién llegado ignoraba que se trataba de un gobierno favorable a los mocanos, llegó un momento en que dudaba de encontrarse en la Capital, y para salir de su duda le preguntó a uno:

—“Oye viejo, y perdona, pero como tú sabes, uno se va al extranjero y cuando vuelve lo halla todo cam-

biado, así es que tú me vas a hacer el favor de decirme si la Capital la mudaron a Moca”.

Y el preguntado fué más ocurrente porque contestó:

—“No, lo que pasa es que a Moca la mudaron para la Capital”.

Y así las cosas, hasta que cayó Horacio Vásquez.

Con la ida de Fellito Estrella Ureña al poder, le llegó a Santiago su San Martín, o sea, le tocó su día.

Ahora los santiagueros están en alza. La Capital fué desalojada por los mocanos para dejarles el puesto a los santiagueros y por todos los confines de la República está la semilla del santiaguerismo regada. “Sor de Santiago” es ahora la frase victoriosa.

Pero como los navarreteiros no son ningunos tontos, y como ellos también son santiagueses, puesto que también ellos son de Santiago, tienen perfecto derecho a reclamar su parte.

Y a ellos les ha tocado la Policía Municipal y el Cuerpo de Serenos de esta ciudad.

Para ser policía o para ser sereno, no hay nada más efectivo que decir:

—“Yo taba con la revolución, poique como yo no soy má que Fellito Etrella, y además, como yo sor de Navarrete”....

—¿Usted es de Navarrete?....

—¡Qué si soy!.... Mi papá e de Barrancón, mi mamá e de Pontón, yo nací en Elaguacate y mi padrino son del mismo pueblo e Navarrete....

Adió, si usted quíe sabeí má detalle, pregúnteselo a Juan Caridá y a Cholo, que son mismamente como familia mía....

—No hay que hablar más; Secretario, anote a éste

para sereno... porque es del campo, si hubiera nacido en el pueblo, fuera policía.

Uno que oyó ese detalle, alegó: yo nací frente a frente a la iglesia y me crié, como quien dice, en la tienda de don Ricaido Canaida y na meno don Elía, que en pa descanse, jue mi padrino, poreso era que mi papá y él eran compadre e sacramento....

—No hable más....¿Cómo se llama usted?

—Yo..... ¿yo mismo?.....

—Sí, usted mismo.....

—Yo me ñamo Cayetano e la Cruz, pero a mí como me conocen en to Navarrete e como Tano.... Pué preguntáiselo a Juan Caridá....

—Secretario, anote a ese hombre como sargento primero!....

I N D I C E

	Págs,
	—
<i>Introducción</i>	7
 <i>José Ramón López</i>	 35
Al pobre no lo llaman para cosa buena	37
Népotismo	41
Hacerla a tiempo	45
Siéntate, no corras	49
¡Pa' la caise!	53
La política no tiene entrañas	57
Las mujeres políticas	61
El General Fico	63
Moralidad social	77
La Política cimarrona	83
 <i>Joaquín M. Bobea</i>	 87
La opinión de Marmota	89
Los gobiernistas	93
Cómicos y acróbatas políticos	97
Le coté	99
Cohetes tirados	103
Yo no conozco a nadie	107
El que mas patea	109
 <i>Lorenzo Justinano Bobea</i>	 113
Contrariado	115
 <i>Victor M. de Castro</i>	 119
La huelga	121
 <i>M. de J. Troncoso de la Concha</i>	 125
Una decepción	127

C O L O F O N

**Este libro acabó de imprimirse
El día 17 de octubre del 1963
en los talleres de la Editorial
“Librería Dominicana” en San-
to Domingo, República Domi-
cana.**

